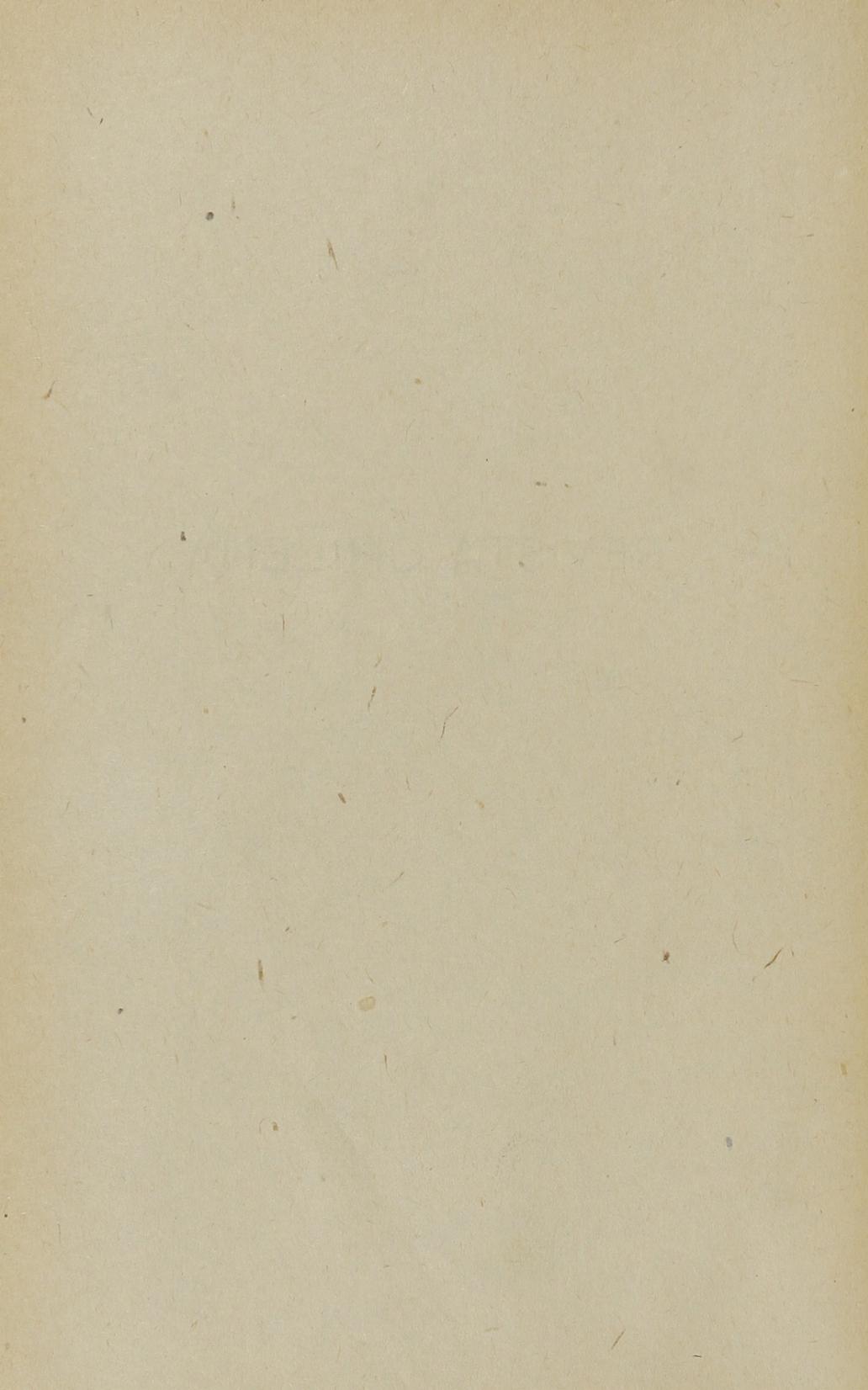


REVISTA CHILENA



REVISTA CHILENA

DIRECTOR:
ENRIQUE MATTA VIAL

TOMO XII

SANTIAGO DE CHILE
1921

LOS PLANES DE NAPOLEON I

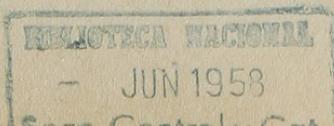
Para subyugar primero y luego para independizar la América

Tan pronto como Napoleón, que seguía atento el estado de las cosas de España, imaginó ya asegurada la conquista del reino, pensó en las dificultades que podían venirle del lado de la América, donde se operaría talvez un movimiento favorable a la dinastía destronada, o quizás se abrirían las puertas a los empeños de conquista que la Inglaterra había manifestado ya llevar a cabo y probablemente volvería a intentar, aprovechando circunstancias más favorables que las que en ocasiones anteriores fueron obstáculo para sus proyectos.

Para evitar lo primero decidió el Emperador que se enviaran allí agentes provistos de los despachos convenientes para las autoridades americanas, a quienes pedirían su adhesión al nuevo orden de cosas establecido en España, y que explicaran a los pueblos cómo se habían operado los sucesos que habían traído como consecuencias las renunciaciones de Carlos IV y de Fernando VII, la designación de José Napoleón para rey de la España y de las Indias, y como todo ello se había verificado por la voluntad libre y espontánea del pueblo español que esperaba su felicidad y grandeza de la nueva dinastía real que gobernaba la Península.

Para obtener la seguridad de que lo segundo no se realizaría, quiso Napoleón que, sin pérdida de tiempo, se preparase una fuerte expedición marítima, y que, como él mismo lo escribía a Murat, se enviaría a Buenos Aires.

«El *Santa Elena*, el *San Fermín*, la *Venganza* y la *Magdalena* están armados, decía en carta de 19 de Mayo, pero, estos cuatro buques no pueden llevar más que 1,500 hombres. Es preciso enviar inmediatamente al Ferrol para armar seis na-



víos y tres fragatas. Esos seis navíos y tres fragatas llevarán tres mil hombres que, desembarcados en Buenos Aires, pondrán a la América al abrigo de todo evento. Es preciso que el Ministro de Hacienda encuentre dinero, y que hasta empeñe los diamantes de la corona. Esto no importa nada: se los rescatará cuando lleguen los pesos fuertes de América. Que se procure setenta millones de reales, cerca de quince millones de francos, una parte de los cuales servirá para pagar a los empleados y la otra a la marina. Haced sentir la necesidad de hacer cualquier esfuerzo para socorrer las colonias y que el comercio esté interesado en ello...»

Dicha expedición no pudo llevarse a cabo, por consecuencia del levantamiento general de la España contra la imposición napoleónica; pero sí, alcanzaron a enviarse, a fines del mes de Mayo tres embarcaciones pequeñas que salieron de Bayona con agentes para Caracas, Buenos Aires y México y encargados de obtener la adhesión de estos países al régimen imperante.

Estos agentes no encontraron la acogida que esperaban en los lugares donde se presentaron. Los sucesos de Bayona habían producido en toda la América un mismo e idéntico sentimiento contra el Emperador que de manera tan osada se había apoderado de España, ocupándola sorpresivamente con sus ejércitos, apoderándose de sus reyes, arrebatándoles con alevosía y violencia la corona e internándolos después en tierra de Francia, y, por fin, imponiendo a la España y a la América un rey intruso que pretendía recoger el fruto de tantos crímenes políticos. Los arraigados sentimientos de obediencia y de lealtad, sobre los que y a manera de dos columnas fuertes, se asentaba la dominación española en estos sus dominios, se habían como levantado para protestar contra el Emperador y para cubrir como con un manto de inmensa simpatía, así los sufrimientos de España, como los de sus príncipes en duro cautiverio. No podía ser, por consiguiente, peor escogido el momento, en que los agentes del rey José se presentaron en Caracas, Buenos Aires y otros puntos.

Una carta del capitán Deaver, de la marina real inglesa, escrita en la Guaira a sir Alexander Cochrane, en 19 de Julio de

1808, pinta la situación de uno de los emisarios del rey José que llegó a Caracas a cumplir la misión que se le había confiado en Venezuela, y los sentimientos de los habitantes al tener noticias de lo que había sucedido en España.

«Ocurren actualmente en la provincia de Venezuela, dice la carta referida, acontecimientos de muy grande importancia. He juzgado necesario despachar a usted, sin pérdida de tiempo, el *Serpent*, corbeta tomada últimamente a los franceses, a fin de que conozca, tan prontamente como sea posible, los acontecimientos que han sucedido ya, y de que pueda formarse una opinión sobre los que probablemente seguirán».

«Entré el 15 al puerto de la Guaira, y en el momento que me disponía para ir a tierra, noté que llegaba un bergantín con pabellón francés al fondeadero; éste había venido la tarde anterior de Cayena con despachos de Bayona, y echado el ancla a cosa de dos millas de la ciudad de la Guaira. Separado de ese buque por una distancia de cinco millas, no pude acercarme a él lo bastante para tirarle una descarga; y el haberse refugiado bajo las baterías españolas me impidió perseguirlo.

«En el momento en que me preparaba para partir a Caracas, el capitán del bergantín francés se retiraba de esa ciudad, muy descontento de la recepción que se le había hecho en ella.

«Llegué a las tres a Caracas, y presenté los despachos de Ud. al capitán general, quien me recibió muy fríamente, o, por mejor decir, con mucha descortesía; haciéndome la observación de que yo llegaba a una hora muy incómoda para entreambos, y de que haría muy bien en ir a buscar dónde comer, y volver dentro de dos horas.

«Al entrar en la ciudad, noté gran efervescencia entre el pueblo. Creí ver aquella agitación que precede o sigue a una conmoción popular; y cuando llegué a la gran casa municipal, fuí rodeado por habitantes de casi todas las clases.

«Supe que el capitán francés llegado la víspera, había referido la noticia de todo lo que había pasado en España de una manera favorable a la Francia; que había anunciado el advenimiento de José Bonaparte al trono de España, y traído órdenes para los agentes del Gobierno francés.

«Púsose en armas inmediatamente la ciudad. Diez mil habitantes rodearon la morada del capitán general, y pidieron se proclamase a Fernando VII rey de España. Se les prometió ceder a su voto al siguiente día; pero, poco satisfechos con esta promesa, hicieron ellos proclamar a Fernando VII, desde la misma tarde, por medio de heraldos de armas, y colocaron su retrato iluminado en la galería de la casa del Cabildo.

«Los franceses fueron públicamente insultados en los cafés, de donde se les obligó a retirarse; y el capitán del bergantín se retiró de Caracas secretamente, a las 8 de la noche, escoltado por un destacamento de soldados. Más tarde habría perecido, porque a las diez el populacho pidió su cabeza al gobernador; y cuando aquél supo que había partido, le siguieron trescientos hombres para darle muerte.

«Aunque fríaente recibido por el gobernador, fuí perfectamente acogido por los principales habitantes de la ciudad, la cual me miraba como un libertador. Las noticias que les dí de Cádiz fueron devoradas con avidez, y excitaron gritos de entusiasmo y reconocimiento por la Inglaterra.

«Al volver a la casa del gobernador, pedí que la corbeta francesa me fuese entregada, o, al menos, que me fuese permitido tomar posesión de ella en la rada, en razón de los motivos que la habían hecho entrar en ella. El gobernador me rehusó positivamente ambas cosas, y tampoco quiso él apoderarse de la corbeta. Dijome, por el contrario, que había dado órdenes para que ese buque se hiciese a la vela inmediatamente. Hícele conocer entonces las que yo había dado para que la cogiesen, a fin de que las aprobase; y al mismo tiempo le dije, que si la corbeta no estaba en poder de los españoles a mi regreso, yo mismo iría a cogerla. Contestó que él enviaría al comandante de la Guaira la orden de hacerme fuego, si me tomaba la libertad de ejecutar semejante acción. Repliqué entonces que las consecuencias de semejante orden recaerían sobre él; añadiendo que la recepción que me hacía me parecía más bien de un enemigo que de un amigo, y que tenía motivo para sorprenderme de su conducta hacia mí, al traerse la noticia de haber cesado las hostilidades entre la Gran Bretaña y la España, mientras que él trataba a los franceses como amigos,

sabiendo que la España estaba en guerra con la Francia. Sostuvo él que la España no estaba en guerra con la Francia, y le pregunté cómo consideraba la cautividad de la familia real y la toma de Madrid. Respondió solamente que el gobierno español no le hablaba de eso y que mis despachos no eran oficiales...»

No tuvo una mejor aceptación el emisario del rey José en Montevideo y Buenos Aires. Barros Arana, siguiendo la relación de Julien Mellet sobre el viaje de *Le Consolateur*, y otros documentos de la época, hace una descripción bastante detallada de lo que podrían llamarse las aventuras del agente de Napoleón en el Plata.

«Napoleón, dice Barros Arana, había puesto especial interés en el envío de un comisario al Río de la Plata. Con este objeto compró en Bayona un bergantín de comercio llamado *Le Consolateur*, lo armó en guerra bajo el mando de dos oficiales de la marina imperial, y mandó embarcar en él una carga considerable de armas y de municiones. Cuando pedía a España los despachos oficiales que debía llevar ese buque, Napoleón hacía a Murat las siguientes prevenciones: «Haceis presentar las comunicaciones del Jeneral de Liniers. Acordadle todos los ascensos que ha pedido. Enviad también algunas cruces (de las órdenes de caballería) a los principales habitantes de Buenos Aires. Enviadme los duplicados de todo ésto, yo los enviaré de los puertos de Francia». El cargo de comisario fué confiado a un oficial francés llamado de Santenay. Terminados todos estos arreglos, *Le Consolateur* salió de Bayona el 30 de Mayo.

«Después de dos meses de navegación, ese buque llegaba al Río de la Plata en los primeros días de Agosto. El comisario de Santenay desembarcó en el puerto de Maldonado con un aspirante de marina y con el cirujano de la embarcación, y de allí se trasladó a Montevideo por los caminos de tierra con una escolta que le suministraron las autoridades del lugar. Durante su ausencia, el buque francés fué descubierto por dos cruceros ingleses, que llegaban a fondear en las inmediaciones. El primer intento de los franceses fué evitar el combate tomando la fuga; pero, perseguidos por el enemigo, dispararon algunos cañonazos, y en seguida se arrojaron a nado para ganar la tie-

rra abandonando su embarcación. Los ingleses se apoderaron de ella en la mañana del 8 de Agosto, y después de descargarla cuidadosamente, le prendieron fuego.

«Cuando los franceses llegaron a Montevideo, ya se sabían las últimas noticias de España, la abdicación forzada del rey y del príncipe, y el cautiverio de éstos en el territorio francés por medio de un engaño tan desleal como atentatorio. «El pueblo, instruído de estos sucesos, dice uno de aquéllos, cayó sobre nosotros y nos escupió prodigándonos los epítetos más injuriosos. Yo no sé hasta donde habría ido su venganza y su furor, si el gobernador, don Francisco Javier Elío, no se hubiera creído en el deber de prevenir las consecuencias que podía ocasionar este imprevisto acontecimiento. Así, sea para librar-nos del peligro con que nos amenazaba un populacho irritado y ávido de la sangre de unos cuarenta desgraciados franceses que miraba como traidores, sea por cumplir los deberes que su cargo le imponía, nos hizo arrestar y tratar como prisioneros de guerra».

«Desde que el virrey Liniers tuvo noticia del arribo del comisario francés, encargó al gobernador de Montevideo que los sustrajera a él y a sus compañeros de los excesos de la ira popular y que los tratara con benevolencia. Ordenó, además, que el agente de Napoleón fuera enviado a Buenos Aires para darle audiencia. Liniers, francés de nacimiento, era objeto de la desconfianza del pueblo que se había pronunciado ardorosamente contra los franceses, y tenía por esto que proceder con mucha cautela. «Habiendo llegado a esta capital (Buenos Aires) el emisario francés M. de Santenay el 13 de Agosto con pliegos para el gobierno, dice un documento de esa época, el virrey no quiso recibirlo por sí solo, atendiendo a ser de una nación extranjera, e hizo llamar al fuerte (casa de gobierno), a los alcaldes ordinarios y fiscales de la real audiencia con el Ministro sub-decano de este tribunal; y habiendo concurrido con sola la diferencia de que en lugar del alcalde de primer voto (don Martín de Alzaga) asistió el regidor decano, mandó S. E. entrar al dicho emisario que, a presencia de todos, abrió la maleta donde venían los pliegos, y reconocidos todos, eran las instrucciones dadas por Napoleón, el pasaporte del Emperador a dicho emi-

sario, las renunciias de nuestro rey Fernando, de su padre y de los príncipes a favor del Emperador, impresos unos y otros en Francia, y autorizados del Ministro de relaciones extranjerias; los oficios de este mismo Ministro, algunos de ellos sin firma, manifestando la elección que había hecho o trataba de hacer Napoleón de su hermano José, rey de Nápoles, para la corona de España, y las cortes que se habían mandado congregar en Bayona para exigir el consentimiento de la nación bajo el concepto de su independenciam e integridad. Venían pliegos sellados y cerrados de los secretarios de España para los gobernadores de este virreinato y el de Lima, y algunos para México, Santa Fé e islas Filipinas; una carta reservada del Ministro de Hacienda; dos órdenes de los Secretarios de Hacienda y Guerra, con una real provisión que incluían del Consejo de Castilla, comunicando la declaración de la nulidad de la abdicación del rey padre y la voluntad de su hijo Fernando para que aquél volviese a ocupar el trono que ya había reasumido».

«A la primera vista de estos pliegos, se mandó salir al emisario; y reflexionando sobre lo que debía hacerse en un caso tan extraordinario, se adoptó desde luego el parecer de que convenía tener a dicho emisario incomunicado, y hacerle reembarcar inmediatamente que hubiese proporción... Se le llamó de nuevo, se le preguntó si había entregado papeles a alguna persona o comunicado el estado de la Europa. Contestó que ningún papel había dado, pero sí las noticias al gobernador de Montevideo. Después se le dijo que era necesario partiese a Europa inmediatamente, y se le previno que sería tratado con todo rigor si no callaba absolutamente todo lo concerniente al estado de cosas». Como Santenay manifestase que la captura e incendio de su buque lo había dejado sin recursos y hasta sin equipaje para volver a Europa, el virrey le ofreció generosamente los auxilios que pudiera necesitar. «Tratando de recoger la maleta en que condujo los pliegos, se reconoció y hallaron en la otra división varios ejemplares impresos en francés y español de un anónimo sedicioso, que se recogió y se hizo quemar posteriormente, quedando los demás pliegos y papeles encerrados en una caja, cuya llave se entregó por S. E. al regidor decano, a pesar de las instancias que hizo con el alcalde de se-

gundo voto para no recibirla, teniendo una justa consideración a la persona del C. S. virrey y a la confianza que de ella debía hacerse». Santenay fué despachado para Montevideo, y allí se embarcó con algunos de sus compañeros en un buque español que volvía a Europa. Muchos de los marineros que formaban la tripulación de *Le Consolateur* hallaron trabajo en aquella plaza.

«Mientras tanto, en Buenos Aires, desde que se supo el arribo del emisario francés reinaba una gran excitación. La parte española de la población, creyendo perdida para siempre la causa de los reyes de la casa de Borbón, y persuadida de que cualesquiera inquietudes no harían más que aflojar los vínculos que unían a las colonias con la madre patria, pedía el reconocimiento de José Bonaparte, y aun preparó por las noches pobladas para apoyar estas aspiraciones. En cambio, los criollos, que después de los gloriosos sucesos de los dos últimos años habían adquirido la conciencia de su valer, se oponían a que se reconociese al rey extranjero. Todo inclinaba a Liniers y a sus consejeros a adoptar el primer partido, que, vista la autenticidad de los acontecimientos de España y de los documentos emanados de las autoridades de Madrid, no importaba otra cosa que el obedecimiento al gobierno legal y el reconocimiento de un hecho que podía ser doloroso, pero que estaba irrevocablemente consumado. Al fin, después de dos días de vacilaciones y conjeturas, en que nadie sabía cuál era la resolución del gobierno, el virrey, temiendo más hondas perturbaciones, se decidió a hablar. En un manifiesto publicado el 15 de Agosto daba cuenta de las últimas ocurrencias. «De todos los pliegos recibidos, decía, resulta que el Emperador de los franceses se ha obligado a reconocer la independencia absoluta de la monarquía española; así como también las de sus posesiones ultramarinas, sin reservarse ni desmembrar el más leve ápice de sus dominios; a mantener la unidad de la religión, las propiedades, leyes y usos, con que se asegure en absoluto la prosperidad de la nación». Anunciaba además que Napoleón había convocado Cortes en Bayona, que aplaudía los triunfos que los hijos de Buenos Aires habían alcanzado contra los ingleses, y les ofrecía todo género de socorros. Liniers, al paso que ocul-

taba cuidadosamente la proclamación de José Bonaparte, recomendándola a sus gobernados que ahora, como en la guerra de la sucesión del siglo anterior, esperasen «la suerte de la monarquía para obedecer a la autoridad legítima que ocupe la soberanía». A pesar de estos antecedentes, convenía en que se hiciese la proclamación y jura por no hallarse «con órdenes suficientemente autorizadas que contradigan las reales cédulas del Supremo Consejo de Indias».

«Todo en aquel manifiesto dejaba ver las vacilaciones del virrey, sus secretas simpatías por la causa de los Bonapartes, y el cuidado que él y sus consejeros ponían en no comprometerse declarándose en pro o en contra del orden de cosas creado en España por la invasión francesa. Liniers, los Oidores, como muchos de los funcionarios españoles en América, estaban dispuestos a reconocer al que triunfase y les asegurase la conservación de sus puestos. Pero esta conducta vacilante e incierta que atraía sobre aquellos funcionarios los reproches de la opinión de estos pueblos, no podía dejar de producir la intranquilidad y de acelerar las complicaciones que comenzaban a aparecer. La actitud firme y resuelta de los americanos se había hecho sentir en todas partes sobreponiéndose a las primeras inclinaciones de sus gobernantes, de tal manera que en ninguna parte de estas colonias se alcanzó a proclamar al soberano extranjero que en Bayona y en Madrid había sido reconocido y jurado por los altos funcionarios y por los cortesanos. Los emisarios de Napoleón regresaron a Francia contando lo que habían visto en América, esto es, que el pueblo condenaba la usurpación del trono consumada con tanta perfidia, y que en ningún caso reconocería al rey impuesto por los invasores de España. Impotente para intentar siquiera vencer tan espontánea resistencia, Napoleón disimuló su despecho declarando más tarde que reconocía el derecho que tenían a su independencia los pueblos que no había podido someter».

El emisario encargado de llevar a México la noticia de los sucesos de España y exigir la adhesión de aquella provincia de Indias al nuevo orden de cosas establecido, no cosechó en su misión frutos más agradables que los que se habían recogido

en Caracas y en el Plata por los que allí habían ido con los mismos designios.

El historiador mejicano don Lucas Alamán, refiere en su *Historia de México*, la manera cómo fueron recibidos en Veracruz y México los portadores de los pliegos por los cuales se participaba la exaltación de José Bonaparte y se exigía para él la obediencia de las autoridades de Nueva España.

«Llegó a Veracruz, dice el autor citado, el bergantín *Centinela*, por el cual recibió el virrey comunicaciones de Murat, dándose a conocer por lugarteniente general del reino, las cuales el virrey quemó por su mano en el salón de su palacio, delante de varios jefes, y dejó por varios días la ceniza para que todos la viesan. Algún tiempo después arribó al mismo puerto la goleta francesa de guerra *Vaillante*, procedente de la Guadalupe, conduciendo un pliego del Ministro de Relaciones Exteriores del imperio frances, fecho en Bayona en 17 de Mayo y dirigido al intendente general de la Veracruz (empleo que no existía), por el que se le comunicaba el llamamiento al trono de España de José Napoleón, se confirmaban en su nombre todas las autoridades, aun las eclesiásticas, y se le encargaba la custodia de estos dominios, haciéndole responsable de la obediencia y quietud de ellos. La llegada de este buque causó un motín en Veracruz, pues el pueblo creyó que había venido en él don Miguel José de Azanza, que fué virrey de Méjico, y era actualmente ministro del rey José, y que estaba oculto en la casa del capitán de puerto don Ciriaco de Cevallos, quien por otros motivos era aborrecido, y en esta ocasión su casa fué invadida y saqueada, perdiéndose las cartas que tenía trabajadas para el depósito hidrográfico de Madrid, y a duras penas pudo salvar su persona en el castillo de Ulúa, de donde pasó a los Estados Unidos, habiendo sido necesario que el cura sacase el Santísimo Sacramento para sosegar la asonada, con cuya demostración y un aguacero que oportunamente cayó, se disipó el pueblo, que quería matar a Cevallos y a los franceses venidos en la goleta. La correspondencia venida por este buque tuvo la misma suerte que la recibida por el *Centinela*, habiendo sido quemada por mano del virrey; pero cuando éste fué preso, se halló entre sus papeles el nombramiento que le mandó Murat

y que no quemó con los demás, sin duda por tener esta carta a ese palo...»

Puede decirse, en vista de la anterior, que los planes del Emperador para subyugar la América y que no se perdiese para la soberanía de España, sufrieron un fracaso completo. En los tres puntos principales a que sus agentes se dirigieron, pudieron éstos comprender que todo podría lograrse de los súbditos de la corona allende el océano antes que la aceptación de la usurpación. La locura fernandina habíase allí apoderado de todos los ánimos por un doble sentimiento, de compasión inmensa por las desgracias del monarca destronado y de tremenda indignación contra el autor de tamaña desgracia. El amado Fernando, el adorable Fernando, el mejor de los príncipes, el más amable de los reyes, eran las expresiones con que en boca de todos se hablaba del cautivo de Valencey. Y todavía, el mónstruo de la Europa, como se llamaba a Napoleón, pretendía que la América se le sometiese. No se podía haber escogido un momento más desgraciado para que tal empresa tuviese el buen resultado que el Emperador se proponía y creía fácil de conseguir. Así sus previsiones y sus cálculos sobre la fácil conquista de España comenzaban a fallar y a obligarle a concentrar en este punto de la Europa la atención que repartía sobre el mundo entero.

El Emperador resolvió, pues, cambiar de plan respecto de la América, que de la manera dicha se negaba a aceptar la imposición.

Era indudable que, si este continente era hostil al imperio de Bonaparte, llegaría a convertirse en apoyo y fuente poderosa de recursos para los que en España ya levantaban la bandera de la rebelión, reuniendo en las ciudades del mediodía numerosas partidas de resistencia; por lo cual debía pensarse en aislar a la Península de sus dominios de ultramar, pero de modo que aquélla y éstos se hostilizaran mutuamente y aun se comprometieran en guerra abierta, si posible era.

No se estimaba imposible, o muy difícil, realizar esta idea, por la creencia que había en Francia, de que existía en América un fuerte y numeroso partido por la independencia del continente, que ya había conseguido su objeto en los Estados

Unidos, y que no esperaba talvez sino un momento oportuno y la ayuda necesaria para levantar la bandera de la autonomía continental en todas partes.

Las predicaciones del general Miranda al través de las cortes de Europa en busca de socorros para la revolución de Venezuela; la abortada sublevación de Tupac Amaru, que sin duda había dejado en el Perú, según se imaginaba desde lejos, un grueso sedimento revolucionario; el alzamiento de los socorrenos de Nueva Granada contra las contribuciones que pretendiera imponerles Pineres y que había sido manifestación clara de que la sumisión impuesta a esos pueblos no era ley que no pudieran desobedecer ni yugo que no quisieran sacudir; la conspiración de Gual y de España para levantar a Caracas, y otros sucesos que en muchos puntos habían tenido lugar, hacían creer en la realidad de la existencia de ese partido, de esa fuerza política que en todas partes luchaba ahogándose, pero esperando la hora de la expansión violenta, que cualquier suceso extraño podía provocar y hacer incontenible.

Esa misma oposición que los emisarios del Emperador habían encontrado en el pueblo, que no en las autoridades, para aceptar un rey extranjero, pero poderoso, como José ¿no era talvez una prueba de que la América española, como lo había conseguido la América Inglesa, no deseaba otra cosa que la autonomía y la independencia?

Decidió el Emperador, con estos antecedentes que obraban en su ánimo, la independencia de la América española y se puso a la obra, enviando a varias partes emisarios con instrucciones detalladas acerca de los procedimientos que emplearían para cumplir con la voluntad de Su Majestad Imperial; los cuales harían su labor bajo la dependencia de un comisionado general que recibiría órdenes directas de la superioridad y la daría cuenta y noticia al propio tiempo de la marcha de los sucesos.

Nada puede dar idea más clara y completa sobre el particular que las mismas instrucciones enviadas al respecto a Mr. Desmoulard y que aparecen firmadas por José Napoleón.

DOCUMENTO

Instrucciones

El único objeto, en los momentos actuales, debe ser persuadir a los criollos de que Su Majestad Imperial y Real no tiene otro fin en dar la libertad a la América española, sumida en la esclavitud hace tanto tiempo, sino el de obtener por precio de tamaño favor la amistad de los habitantes y el libre comercio con los puertos de ambas Américas, y el de independizar la América española de la Europa. Su Majestad ofrece todos los auxilios necesarios de tropas compuestas de valerosos guerreros, respecto a lo cual se ha entendido Su Majestad con los Estados Unidos del Norte de la América. Cada comisionado o agente en jefe se contraerá a conocer el distrito en que lo fije su misión, así como el carácter de sus habitantes, con los cuales no experimentará entonces dificultades en la elección de las personas más propias para recibir las instrucciones necesarias con el objeto de captarse la afección del pueblo y hacerle conocer todas las ventajas de la independencia; le hará observar que las inmensas sumas que van a consumirse en Europa, circularán entonces en las provincias de la América, y aumentarán sus recursos, su comercio y su prosperidad; y por último, que sus puertas se abrirán a todas las naciones. Se apoyarán en la ventaja que debe proporcionar la libertad de la agricultura y del cultivo de todos los objetos actualmente prohibidos por el gobierno de España, como el azafrán, el vino, las aceitunas, el lino, el cáñamo, etc.; los beneficios que alcanzarían del establecimiento de manufacturas de toda especie, de la abolición del monopolio sobre el tabaco, la pólvora y las estampas, etc. Para alcanzar su objeto con más facilidad y por estar civilizada la mayor parte de esos pueblos, los agentes procurarán agradar a los gobernadores, intendentes, curas y prelados; no economizarán dinero ni medio alguno de captarse su cariño y amor, especialmente de parte de los eclesiásticos; deben inducir con habilidad a estos últimos a que cuando hayan de con-

fesar a sus penitentes, aprovechen la ocasión favorable de asegurarles su independencia, aprovechando las ofertas del Emperador de los franceses; que Napoleón es el enviado de Dios para castigar el orgullo y la tiranía de los Monarcas, y que sería un pecado mortal e irremisible resistir a su voluntad. Los agentes aprovecharán todas las ocasiones de recordarles la opresión que experimentan de parte de los europeos, y el desprecio con que son tratados por ellos; traerán también a la memoria de los indios las crueldades de los primeros conquistadores de la América, los infames tratamientos que prodigaron a su legítimo rey; detallarán los actos de injusticia a que se hallan expuestos diariamente los indios de parte de los funcionarios indígenas nombrados por los virreyes y los gobernadores en perjuicio de los que tienen derecho a los empleos y recompensas; dirigirán la atención del pueblo hacia los talentos superiores de algunos criollos que quedan olvidados, hacia las personas de mérito de la clase obscura y le harán notar el contraste con los oficiales públicos y los eclesiásticos europeos, incapaces de sostener el paralelo; le harán conocer la diferencia que existe entre los Estados Unidos y la América española, el bienestar de que gozan aquellos americanos, su progreso en el comercio, la agricultura y la navegación, el placer de ser libertados del yugo europeo y de no depender sino de un gobierno constituido por ellos mismos; asegurarán que la América una vez separada de la España, llegará a ser legisladora de la Europa. Todos los agentes, tanto superiores como subalternos, deben llevar nota de los que se declaren amigos de la libertad; los agentes subalternos transmitirán sus listas a los agentes superiores, para que éstos hagan sus informes a mi enviado en los Estados Unidos, el cual me transmitirá el suyo, a fin de que yo pueda recompensar a cada individuo. Mis agentes se abstendrán de declamar contra la Inquisición o la Iglesia, insistiendo mas bien en sus conversaciones sobre la necesidad de este santo tribunal y la utilidad del clero. La bandera insurreccional llevará estas palabras: «*¡Viva la religión católica, apostólica y romana! ¡Perezca el mal gobierno!*—Harán, además, notar a los indios cuán felices serían, cuando, vueltos a adueñarse de su país, serán libertados del tributo tiránico que pagan a un

monarca extranjero. En fin, dirán al pueblo, que su pretendido monarca está en poder del restaurador de la libertad y legislador universal, Napoleón; en suma, esos agentes no deben omitir medio alguno para mostrar al pueblo las ventajas que le proporcionará el nuevo gobierno.

Preparada así la revolución y ganados todos los principales miembros que deben tomar parte en ella, en las ciudades y provincias, será necesario que los jefes y los agentes subalternos aceleren la insurrección, a fin de que la revuelta estalle el mismo día y a la misma hora en los diversos puntos; este será un punto esencial, que facilitará sobre manera la empresa. Los agentes principales, en cada provincia, y los subalternos, en los lugares que les sean asignados, se ganarán a los criados de los gobernadores, intendentes y demás personas poderosas, y por su medio, envenenarán a los que éstos les parezcan opuestos a la empresa. Esta operación debe preceder a la revolución, a fin de remover todo obstáculo. La primera cosa de que hay que ocuparse, será de detener el envío del tesoro a la Península; lo que podrá efectuarse fácilmente, teniendo buenos agentes en Veracruz, adonde hacen rumbo todos los buques que llegan de Europa. Será menester encerrar en la fortaleza, sobre la marcha, a todos los oficiales, con equipajes, hasta que la revolución esté muy avanzada. Los agentes transmitirán a mi enviado en los Estados Unidos frecuentes informes sobre el progreso de la revolución. Para este efecto, será necesario reconocer los puntos más favorables de la costa y tener siempre en ellos buques dispuestos a darse a la vela a la primera señal.—JOSÉ NAPOLEÓN.—*A mi enviado Desmolard.*

En los términos de este documento, que parece escrito por verdadera mano florentina, se tomaba, es cierto, en consideración, el verdadero estado de la América en esa época; se consideraban todas las quejas que tenían los americanos contra el gobierno peninsular y que reclamaban indudablemente una reforma general del defectuoso sistema político y comercial a que la Península tenía sometidos sus dominios ultramarinos; se daba satisfacción a las aspiraciones de estos pueblos que anhelaban un cambio de estado y no veían la posibilidad de conseguirlo

por los medios pacíficos de una evolución sabia y tranquila que las ideas de los políticos peninsulares estaban lejos de aceptar; se ofrecía el camino de obtener todo ello por la ayuda poderosa y eficaz que el árbitro de los destinos del mundo ofrecía de la manera más franca y liberal; pero, se olvidaba, para la practicabilidad de la empresa el factor principal, o sea el de la cooperación activa de los mismos pueblos, que no se creía difícil de obtener, pero que no tenía todavía la voluntad suficientemente educada o preparada para convertirse, por el efecto, de la seducción repentina y violenta, en el león que despierta, y que el Emperador suponía ávido de vengar la opresión de siglos.

Es verdad que por toda la América se sentía por entonces palpar algo así como un fluído de animación y de vida que excitaba en la sociedad el deseo general de un cambio de situación que diera a la población criolla alguna libertad comercial e industrial y cierta moderada intervención en el manejo de la administración pública; que modificara las leyes que sujetaban el tráfico entre las colonias y la madre patria y las demás naciones a todas las trabas de un exagerado monopolio, y borrarla las diferencias oprobiosas con que se distinguía a los españoles de los americanos criollos, favoreciéndose siempre a aquellos en perjuicio de éstos, en cuanto a empleos y prebendas y honores y dignidades; que permitiera más libertad para discurrir como de cosa propia en los negocios públicos y privados que afectaban sus intereses y que hasta entonces, y con riesgo de error y de vicio se manejaban desde el Consejo de Indias, y allí eran estimados y apreciados simplemente por las informaciones del empeño y a menudo del peculado; y, todo eso se sentía y excitaba y sublevaba, si la palabra es permitida, el sentimiento general de la sociedad, haciendo pensar a algunos en un movimiento revolucionario que traería una alteración radical de la situación.

Pero ese espíritu de reforma, ese deseo de un cambio, esa voluntad de hacer algo en el sentido del mejoramiento político, social y comercial de la América, era templado en sus manifestaciones y regulado en ellas por sentimientos de lealtad a la Corona y de respecto a sus designios, que estaban honda-

mente arraigados en la sociedad americana y que la hacían por el momento rehacia a todo cuanto fuera o pudiera ser estimado como ofensivo a su rey y a sus mandatos.

Era imposible sacudir una masa humana, modelada por la sumisión y el respeto, con simples proposiciones de mejoramiento social y político, que si es verdad que podían alentar a algunos espíritus superiores y animarlos a proseguir en la tarea en que, más bien que pensaban, soñaban, de independizar la América, no alcanzaban a estremecer el corazón mismo de la sociedad e impulsarla y arrastrarla a las aventuras de una verdadera revolución, que debía, al ser llevada a cabo, trastornarlo todo.

Napoleón erraba al pensar que la sociedad americana era susceptible de trastornos como los que habían sufrido recientemente algunos pueblos de la Europa, trabajados estos en sus descompuestas entrañas por corrientes de odios y sentimientos que no eran ni siquiera comprendidos y mucho menos sentidos por las masas criollas del continente colombiano, en que la pasividad de la raza indígena, por una parte, y los intereses de la raza criolla parecían armonizarse para conservar lo que la España le permitía conservar como de propio peculio; de modo que solamente lo que viniera a herir y trastornar este su habitual estado, era lo que podía sublevar sus ánimos y agitar sus voluntades y hacerlos capaces de tomar participación en movimientos públicos.

Bien pudo advertirlo el Emperador, por la acogida que habían tenido los agentes que había enviado a buscar el reconocimiento de su autoridad y la aceptación del nuevo orden de cosas por él establecido en España.

La propia obra que Napoleón había llevado a cabo en la Península era el mayor obstáculo a sus planes de independencia de la América. ¿De manos de quién iban a recibir los americanos el dón de la libertad y de la independencia? ¿Del que había entrado con engaño sus tropas en la península, ocupándola como país conquistado y arrebatado por la perfidia a los reyes y toda la familia real? ¿Del que a sus ojos aparecía como el monstruo de la deslealtad y que apelaba precisamente a la deslealtad para extender a la América su nefanda obra de per-

turbación y desquiciamiento? El proceso de la revolución americana, aunque influido de un modo indirecto por las ideas que trataba de propagar el Emperador entre los americanos, debía seguir otro curso y otros trámites más conformes con los sentimientos que uniformaban la sociedad colonial.

El resultado que obtuvieron los manejos de Napoleón, en esta parte, es la mejor prueba de su error.

JAVIER VIAL SOLAR.

UN POETA HUMANISTA: DON JULIO VICUÑA CIFUENTES

(A don Diego Dublé Urrutia)

Conocíamos a don Julio Vicuña Cifuentes como uno de los más ilustrados literatos de Chile. Nos lo hacían apreciar como tal, trabajos eruditos de tanta importancia como los que ha dedicado a los romances populares recogidos de la tradición oral chilena. Pero ignorábamos que fuese un poeta, un verdadero poeta, aspecto por el cual nos lo presenta su linda colección titulada *La cosecha de otoño*. y publicadas en Santiago en el año pasado de 1920.

Es un volúmen de doscientas páginas, nítidamente impreso y en el cual hay muestras suficientes para apreciar el fresco y vigoroso numen del autor. Las melosas uvas de esta cosecha otoñal se cultivaron en el jardín de Anacreonte. Son versos de humanista; pero no de aquellos que revelan la afición puramente érudita a reflejar la inspiración de los poetas antiguos. La poesía de Vicuña Cifuentes recuerda la de ciertos poetas del Renacimiento, en quienes la adoración de las formas bellas en el arte, se aliaba a cierta alegría pagana, a una íntima fruición de los goces de los sentidos, tanto más estimados cuanto más rápidamente se amortiguan y pasan. Poesías como *La noche verde* (que como ejecución artística es quizá lo mejor del tomo) revelan un discípulo de Catulo, del lírico latino que por tantos aspectos se aproxima a los modernos; del autor de la poesía *Ad contubernales*; del que hallaba en la idea misma de la noche eterna de la muerte, argumento para solicitar con ansia más viva las caricias del amor de los sentidos: *nox est perpetua una durmienda... Da mini basia mille, deinde centum...*

Pero, a veces el sabor de las ánforas clásicas, se mezcla con el de jugo más recientes, y hay en la cosecha otoñal de Vicuña

Cifuentes versos que recuerdan el humorismo sentimental de Heine o de Campoamor, poetas que, por otra parte, tienen algo de catulianos, por lo menos en ciertos rasgos de lirismo apasionado y agridulce. La nota moderna musical y patética no podía faltar en los versos de quiéu no aspira al lauro de arqueólogo reconstructor de un mundo pasado, sino de poeta actual que da forma artística a sentimientos que comparten sus contemporáneos.

El libro de Vicuña se distingue en la moderna poesía americana, por la elegancia y perfección de sus versos, que reúnen la sólida construcción de la poesía clásica y la variedad de tonos, la flexibilidad rítmica, propia de estos tiempos. El poeta maneja con igual maestría el verso suelto (*Y bien? Parábola*) y combinaciones caprichosas ensayadas en célebres poesías modernas, verbigracia *Vita vana*, que por ciertos toques suscita el recuerdo de la traducción del *Cuervo* de Poe, por Pérez Bonalde, y *Connubio rústico*, canto simbólico en honra de Rubén Darío, orquestado a la manera de la *Marcha triunfal* de éste. Véase una muestra de la manera cadenciosa, sobria y delicada como el poeta de *Noche de vigilia* resucita muertos recuerdos y expresa vagas emociones nocturnas:

Son las doce de la noche. ¿Quién me llama?
 Todo calla, todo duerme. ¿Quién me llama?
 ¿Has sido tú, al pasar,
 Abejorro repugnante, siempre en vela,
 O esa araña, que los hilos de su tela
 Tal vez hizo vibrar?

No es el arpa de la araña,
 Ni el menguado cornetín
 De ese estúpido abejorro que regaña
 Con su música sin fin.

Es la voz casi muda
 de alguien que aquí no está.
 Es una voz crepuscular... ¡Sin duda,
 Es voz del *Más allá!*

Siento el plácido embeleso de los años juveniles,
 Oigo toques de campanas y rumor de tamboriles,
 Y parece que de nuevo soplan brisas de ilusión.
 !Oh Galiana ¡desde el día que tu vida rompió el broche,
 No estuviste más cercana de mi lado que esta noche,
 Y aunque el ánimo se turba y palpita el corazón,
 Siento el plácido embeleso de los años juveniles,
 Oigo toques de campanas y rumor de tamboriles,
 Y parece que de nuevo soplan brisas de ilusión.

La luz astral se desvanece,
 Y más la noche se oscurece
 Y más arrecia mi inquietud,
 Talvez el aire está dormido
 Desde que trajo aquel rüido,
 Voz de lejana juventud.

En otro género, nos parece memorable el siguiente soneto en que Vicuña Cifuentes, como antes lo hiciera Carducci, canta al manso animal, elevado por Homero a la dignidad de la epopeya, como que le sirvió de comparación para ponderar la tenacidad de Ajax. Dice así el poeta chileno:

EL ASNO

En la dehesa, sátiro; en el corral, asceta;
 Paciente como Job, como Falstaff, deforme,
 Con gravedad de apóstol, sobre la frente quieta
 Lleva los dos apéndices de su cabeza enorme.

Ni la hartura le halaga, ni el ayuno le aprieta,
 Con su destino vive, si no feliz, conforme,
 Y prolonga su efigie de contrahecho atleta
 En una innumerable generación biforme.

Vivió noches amargas, tuvo días lozanos,
 Le cabalgaron númenes, le afligieron villanos,
 Unas veces la jáquima, otras veces el freno.

Honores y trabajos tiempo há los dió al olvido,
 Pero siempre recuerda su pellejo curtido
 La presión inefable del dulce Nazareno.

Nos llama la atención este soneto como ejemplar de anotación humorística, coronada con un rasgo de idealidad poética, que sorprende gratamente al lector.

Muy bello es también el soneto de Carducci, aún cuando no tanto como el de *Il vove*, rasgo digno de Lucrecio o de Virgilio. Lo copiamos aquí para que sirva de término de comparación a los aficionados a la poesía italiana.

IL ASINO

Oltre la siepe, o antico paziente
 De l' odorosa biancospin fiorita,
 Che guardi tra i sambuchi a l' oriente,
 Con l' accesa pupilla inumidita?

Che ragli al cielo dolorosamente?
 Non dunque e amor che te, o gagliardo, invita?
 Qual memoria flagella o cual fuggente
 Spemi risprona la tua stanca vita?

Pensi l' ardenti Arabia, e il padiglioni
 Di Giob, ove crecesti emulo audace
 E di corso e d' ardir con gli stalloni?

O scampar vuoi ne l' Ellade pugnace
 Chiamando Omero che ti paragoni
 Al telamonio resistente Aiace?

Hay más lirismo en este soneto; hay un tono compasivo, casi patético. El recuerdo clásico con que finaliza y que tan propio es del gran cantor neopagano, contrasta con la suave reminiscencia evangélica que cierra tan felizmente el soneto de Vicuña.

Honores y trabajos tiempo há los dió al olvido,
 Pero siempre recuerda su pellejo curtido
 La presión inefable del dulce Nazareno.

Nos llama la atención este soneto como ejemplar de anotación humorística, coronada con un rasgo de idealidad poética, que sorprende gratamente al lector.

Muy bello es también el soneto de Carducci, aún cuando no tanto como el de *Il vove*, rasgo digno de Lucrecio o de Virgilio. Lo copiamos aquí para que sirva de término de comparación a los aficionados a la poesía italiana.

IL ASINO

Oltre la siepe, o antico paziente
 De l' odorosa biancospin fiorita,
 Che guardi tra i sambuchi a l' oriente,
 Con l' accesa pupilla inumidita?

Che ragli al cielo dolorosamente?
 Non dunque e amor che te, o gagliardo, invita?
 Qual memoria flagella o cual fuggente
 Spemi risprona la tua stanca vita?

Pensi l' ardenti Arabia, e il padiglioni
 Di Giob, ove crecesti emulo audace
 E di corso e d' ardir con gli stalloni?

O scampar vuoi ne l' Ellade pugnace
 Chiamando Omero che ti paragoni
 Al telamonio resistente Aiace?

Hay más lirismo en este soneto; hay un tono compasivo, casi patético. El recuerdo clásico con que finaliza y que tan propio es del gran cantor neopagano, contrasta con la suave reminiscencia evangélica que cierra tan felizmente el soneto de Vicuña.

En el soneto liminar de la colección, el poeta dice, refiriéndose a sus versos:

Es lo que va quedando de una vida cansada,
Que anduvo siempre a tientas, sin hallar su camino,
Y que ahora regresa, sin haber hecho nada.

Nota triste y desengañada, propia de quien probablemente le pidió mucho a la vida, acarició un ideal altísimo, gustó de todos los placeres que ofrece el mundo; y halla, al fin, un saldo de desengaños.

Está bien que el poeta crea modestamente no haber hecho nada; pues a duras penas se le tolera a Horacio el que proclamara con romana soberbia: *exegi monumentum aere perennius*; pero si el señor Vicuña Cifuentes halla que su cosecha es escasa, puede estar seguro de que es de calidad exquisita, y que de ella catarán gustosos los buenos aficionados, como lo haría el lírico latino con sus mejores ánforas de Cécubo y de Falerno.

ANTONIO GÓMEZ RESTREPO.

FABRE Y SUS «RECUERDOS ENTOMOLÓGICOS»

LA EDITORIAL CALPE acaba de publicar en cinco volúmenes, editados con elegancia y abundantemente ilustrados con dibujos y fotografías, un extracto de los *Souvenirs entomologiques*, de Fabre. ¿Se concibe que sea ésta la primera versión española de una obra semejante; que no haya habido antes un educador ni un industrial capaces de acometer esa empresa tan provechosa como noble? Sin embargo, así es: los *Recuerdos entomológicos* no han existido hasta ahora para la inmensa mayoría de los españoles. Han pasado muchos años sin que se intentase incorporar a la cultura popular española un monumento científico que, por su claridad, su amenidad y su belleza, constituye un elemento educativo de primer orden.

Aprovechemos la grata circunstancia para decir algo de la obra y de su autor; no más que lo necesario para mover a curiosidad al público y, en particular, a los maestros primarios de nuestro país, los cuales podrían hallar en la simple lectura a sus discípulos de los *Recuerdos entomológicos* un medio docente cuyos resultados inmediatos les colmarían de asombro.

*
* *
*

JUAN ENRIQUE FABRE murió hace muy pocos años. Noventa, llenos de trabajo y amarguras, pesaban ya sobre sus hombros. Todavía duraba la emoción que en el mundo civilizado despertó su jubileo, reparación tardía, en verdad, para quien tanto bien había hecho y tanto tiempo había soportado el frío abandono de su patria.

Nació en un pueblo de Provenza, de humilde familia campesina. El futuro revelador de las maravillas del instinto en los insectos tuvo en su niñez por principal ocupación la guarda de

los patos. Pero ¿quién sabe si en otro medio más amable se habría embotado su naciente espíritu de investigación? El contacto continuo con la Naturaleza libre y el trato asiduo con las bestias se le estimulan y esclarecen. Un día—el observador tiene seis años—se queda mirando el sol, meditabundo. Se le ha presentado un problema. ¿Con qué gozamos de esa gloria radiosa, con la boca o con los ojos? «Abro la boca cuanto puedo y cierro los párpados. La gloria desaparece. Abro los ojos y cierro la boca. La gloria vuelve a aparecer. Repito el experimento con el mismo resultado, Es cosa hecha. Ya sé que veo el sol con los ojos. ¡Oh, qué hermoso hallazgo! Por la noche lo cuento en casa. La abuela sonrío; los demás se burlan. ¡Así va el mundo!...»

Siempre habrá gentes que se burlen de este encantador episodio. También las habrá que mediten sobre él. Seguid la vida de Fabre, estudiad sus métodos de experimentación practicados día por día, durante casi un siglo, y veréis que en aquel muchachuelo, espontáneo y candoroso analizador, estaba naciendo el que Darwin, sobrecogido, había de llamar «investigador incomparable».

Cuenta doce años, y ha empezado su educación apenas, cuando, consumada la ruina de su hogar, se alza ante él otro problema más grave y pavoroso: el de vivir por cuenta propia. Piensa en él mientras, mísero y desamparado, camina errante a la ventura de Dios; pero, iluminado por una llama ideal que no ha de extinguirse sino con su vida, va a parar a Avignon, en cuya Escuela Normal conquista una plaza pensionada.

Empieza aquí la segunda etapa de su vida. El pedazo de pan, aunque exiguo y acérrimo, no ha de faltarle. Maestro de escuela a los diez y ocho años, profesor de Instituto más tarde, consagra a la enseñanza los treinta mejores años de su vida. Pero, más que enseñar, estudia. El libro de la Naturaleza, generoso e inagotable, es su texto favorito. Se casa, y su amor conyugal es fecundo, como su amor a la Ciencia. Cada día, una nueva verdad. Cada año, un hijo nuevo. La miserable soldada con que el Imperio francés paga a sus profesores, no le basta. Hay que trabajar más para acrecentarla. Fabre interroga de día a la Ciencia, y de noche escribe lo que la Ciencia le ha dicho.

Ochenta libros de vulgarización, aparte de innumerables trabajos de investigación publicados en la Prensa científica, son el fruto de sus vigiliass en estos treinta años de su existencia. Sus descubrimientos sobre la vida de los insectos le atraen la atención universal. Darwin le consulta; Dufour, el más afamado naturalista de la época, le felicita; Duruy, el Ministro de Napoleón, futuro historiador de Francia, le halaga y le promete premiarle. Fabre no tiene más que una aspiración: la cátedra, la enseñanza superior. No ha de lograrla. En su camino, angosto y rudo camino, que él mismo va labrándose sin más armas que la virtud, el saber y la perseverancia, se ha alzado un obstáculo indestructible: la envidia, la ignorancia y la ingratitud son sus naturales enemigos; y le vencen. Privado de la enseñanza, se retira a su Provenza y se establece en Orange. Allí ha de pasar unos años aún, luchando como un forzado contra la pobreza. Allí comienza a acumular y sistematizar los materiales para su obra imperecedera. Allí empieza a establecer su laboratorio. Vive rodeado de hijos y de insectos. Hasta entonces, se ha analizado el insecto muerto; labor de escalpelo que nuestro investigador desdeña. El necesita *hablar* con el insecto vivo. Ha surgido ya en su mente la idea genial, la que hará de sus observaciones no sólo una colección magnífica de revelaciones sorprendentes, sino un inmortal monumento filosófico: quiere profundizar en el instinto de los insectos y saber qué hay de cierto en la teoría del transformismo que ha venido a sustituir a la de la generación espontánea en el corazón anhelante de sus contemporáneos.

Rotas para siempre sus antiguas ilusiones, sólo una le queda: poseer un rincón de tierra que no quiera nadie, un trozo de campo solitario y hostil, incapaz para el cultivo, pedregoso y erizado de maleza: allí estará su tesoro, porque allí está el paraíso de los himenópteros. Orange se le va haciendo imposible. Cuando sale muy de mañana en busca de alimento para sus pupilos: tiernas mariposillas para sus erupusas, topos putrefactos para sus necróforos, langostas para sus feroces escorpiones, las gentes le miran con extrañeza; pero esta extrañeza se convierte en asco y casi en furor cuando le ven inclinarse en medio de su camino y llenar cucuruchos de papel de la in-

mundicia reciente que ha de dar trabajo y sustento a su colonia de escarabajos insaciables. No; no son estos trabajos para realizados a la vista del transeunte ignaro y bien ajeno a que las manipulaciones inmundas de un vil pelotero pueden servirle al sabio para afirmar o negar la existencia de Dios.

Esta vez triunfa Fabre. ¡Lo que pedía era tan poco! Ya tiene su laboratorio y su Edén. Un cuadro de terreno áspero e inculto, cercado de tapias y enmarañado de cardos y centaureas. Allí, sin testigos ni trabas, va a hablar en alta voz con sus amadas bestezuelas. Estamos en 1879. Aparece el primer volumen de los *Recuerdos entomológicos*. Siempre pobre, aunque sus obras le procuren estrictamente la mísera pitanza, Fabre no puede pensar en gastos; unos tiestos cubiertos de alambreras, unas campanas de cristal y una colección copiosa de cajas de cartón y botes de sardinas o de pimientos componen su instrumental científico. La materia prima no falta: un ejército de tarántulas, una legión de alacranes, un pueblo de escarabajos, una nación de chicharras... Si escasea algún bichejo, los rapaces del pueblo lo buscan por una moneda de cobre. Si se necesitan auxiliares, ocho tiene el entomólogo, ya viejo y cansado: sus hijos y sus hijas le ayudan con su vigilancia y con sus ojos jóvenes, poderosos y brillantes.

¡Cómo se inflama entonces el amor de Fabre por sus animalitos! No se limita a observarlos, sino que los interroga tan hábil y concienzudamente, que ellos siempre le contestan. La procesionaria del pino le cuenta su larga vida de larva en la oscura cámara de madera que ella misma ha horadado, amueblado y adornado; los insectos acuchilladores le revelan el secreto maravilloso de su destreza: cómo se inmoviliza a la víctima hundiendo una, dos, tres o nueve veces el puñal en sus centros nerviosos o comprimiéndoles los ganglios cervicales; los escorpiones le cuentan sus amores, siempre terminados en espantosa tragedia.

Todos los minúsculos habitantes de su laboratorio le muestran el misterio de su arte o de su oficio: unos son cazadores, otros carpinteros, otros escultores, otros enterradores; los hay versados en cirugía y en arquitectura; los hay artistas simple-

mente; hay larvas que conocen el secreto de la vida y descifran el porvenir; hay avispas ancianas que saben ser porteras...

El les exige más y más. Y entonces le desvelan la gran verdad que él buscaba: le dicen que su instinto es maravilloso, superior algunas veces a la razón humana; pero que su inteligencia es nula; es decir, que la razón humana no es sencillamente una herencia zoológica, simple grado de una escala que arranca de las sentinas de la animalidad.

Ante la «sublime lógica que el himenóptero emplea para herir a su víctima o paralizarla por presión del cerebro con una destreza que apenas podría imitar el cirujano más hábil, se ha sentido pequeño y ha exclamado: ¡Ciencia soberbia, humíllate!» Ante la ciega ineptitud de la misma bestia sabia para realizar cualquier acto que requiera un débil fulgor de razón, se revuelve contra las teorías transformistas y las llama brutalidades «filosóficas».

No necesita más: ha vivido otros cuarenta años en conversación con sus insectos, luchando con las dificultades de una existencia ingrata; siempre «con un pedazo de cadena al pie». Escribe el décimo volumen de sus *Recuerdos*, recibe el homenaje de Francia, y muere.

*
* * *

No es posible en un artículo de periódico dar idea de la obra gigantesca de Juan Enrique Fabre, ni es tarea ésa apropiada a mis fuerzas. Algo habría querido decir del estilo literario, tan elegante y tan sencillo, de este hombre, que decía: «La claridad es la suprema cortesía del escritor»... Algo más que claridad hay en sus obras: hay amenidad, ternura, comunicativo calor cordial. Hacen meditar al hombre culto y divierten al niño como si fuesen fábulas. Cuando los niños españoles (enemigos implacables del insecto y otras bestiecillas bondadosas y útiles a quienes consideran horrendas y dañinas por un falso concepto de la bondad y de la belleza o por bárbaras supersticiones heredadas) hayan leído los *Recuerdos entomológicos*, la cultura española habrá cambiado de rumbo.

FÉLIX LORENZO.

ESTUDIOS CRIMINOLOGICOS (1)

Clodomiro Madriaza Latorre

Tres condenas: Primera, por abigeato. Juzgado de Rengo. Condenado a 5 años. Indultado el año 1900. — Segunda, por homicidio. Juzgado de Rengo. Condenado a 15 años. Indultado el año 1917.—Tercera, robo con intimidación. Juzgado de Santiago.

De estatura más bien alta que mediana, fisonomía franca, abierta y simpática, ojos claros, verdosos, con manchas muy oscuras en el iris del izquierdo, frente despejada, con ligeras protuberancias, cabellos castaños, que ya empiezan a blanquear, cortados al rape, grandes bigotes rubios extremadamente cuidados y a los cuales acaricia nerviosamente a medida que habla. Dientes blancos, correctos y cuidados, cutis de color excelente y prolijamente rapado, manos largas y finas con uñas deslumbrantes de brillo y de limpieza.

Al presentarse ante nosotros, viste un sobretodo negro de finísima tela y de excelente corte, pantalón rayado, chaleco de fantasía, cubierto el cuello con una bufanda de lana gris, tocado con un jockey de inmaculada blancura y calzado con zapatones de tela igualmente blancos.

(1) Tomando en consideración que nuestras entrevistas persiguen un fin científico, creemos oportuno decir previamente, que en ellas hemos sacrificado las formas literarias a la verdad absoluta, procurando, ante todo, reflejar lo más exactamente posible, y con las mismas palabras, el relato que se nos hace.

Válganos esto de disculpa a los muchos defectos que seguramente se encontrará en nuestras relaciones. Estas las hemos recogido de boca de los mismos penados, haciendo las anotaciones respectivas, en muchas ocasiones taquigráficamente, para poder obtener la mayor exactitud.

En general su figura es atrayente, su vestir correcto, sus modales fáciles, su hablar despejado.

En el establecimiento observa conducta ejemplar, es trabajador serio, competente y formal. Sus compañeros le estiman y respetan a pesar de ser hasta cierto punto orgulloso, pues no se particulariza con nadie.

Hemos visitado su celda prolijamente limpia y aseada. Al fondo un catre de fierro con un cama mullida, sábanas y frazadas excelentes y en lugar de colcha una rica manta de lana de vicuña, que nos muestra con visible orgullo. En el velador, en improvisados floreros, algunas ramas de boj hacen el oficio de flores. Más allá, sobre una mesa se alinean algunos utensilios cuidadosamente limpios: una cocinita de parafina, las teteras para el té y el agua, una cafetera, una pequeña olla. Luego una rica caja cabine en la que guarda gran cantidad de ropa interior, de excelente calidad. Colgados en la pared, un buen espejo y varios cromos, más allá un paño de manos que, aunque de burda tela, está prolijamente fileteado.

Nació Clodomiro Madriaza Latorre en la ciudad de Rengo el año de 1870, siendo su padre natural de la aldea de Paredones, provincia de Curicó.

En su familia todos eran buenos, honrados, trabajadores y de arraigadas creencias religiosas, pero tenía unos tíos por parte de padre que no eran *gente de buena conducta, pues tuvieron fama de ladrones o aficionados*.

Dice haber nacido en un ambiente de abundancia, porque su padre tenía de sobra con que vivir, sin que le faltara nada. Era lo que se llama un hombre *acomodado*, tenía unas salinas en el lugar de Las Cabeceras, departamento de Vichuquén, y gozaba de muy buena fama por ser honrado y trabajador. Los malos negocios le hicieron perder lo que tenía y le obligaron a trasladarse a Rengo en donde vivió largos años, siempre trabajando con cierto éxito, pudiendo al cabo de algún tiempo comprarse un buen coche del servicio público, en el que el declarante trabajó desde mediano, hasta la edad de 17 años, época en que cometió su primer delito.

Este fué el robo de unos caballos en el que anduvo con muy mala suerte, pues fué descubierto al tratar de venderlos; lle-

vado a la cárcel fué tratado con cierta indulgencia, por su juventud y los empeños del padre que era muy apreciado por su conducta.

Hecho el primer robo y libre de la cárcel, su condición de cochero le había hecho conocedor de locales y caminos, y pudo dedicarse a los robos de animales que empezó de a poco, para ir desarrollándolos después en mayor escala. Se hizo un experto en los caminos de la cordillera, y eligió a la República Argentina como teatro de sus correrías.

Tenía agentes y compadres en varias partes, los cuales se encargaban de juntarle el ganado, ya fuera vacuno, cabalgar o mular, prefiriendo siempre estos dos últimos, por ser de más fácil manejo y de más rápido transporte. Sus asientos principales en la vecina República, eran Cerro Nevado, Las Ramadas, El Alamito, Caña Colorada y las Salinas. Su vía de comunicación preferida, el Cajón del Tinguiririca y las Vegas del Flaco. Su trabajo predilecto, el robo de mulas.

A medida que nos cuenta sus hazañas, su fisonomía se ilumina y nos habla con la cara plácida y sonriente, recordando con placer sus correrías, envanecido de sus triunfos.

Habla con entusiasmo. No es su expresión la de un cínico, no. Tampoco hay en ella la vaguedad o la exaltación de un alienado. Parece más bien un soldado que recuerda sus gloriosos hechos de armas.

Cuando nos habla de sus éxitos en el robo de mulas, se asemeja a un comerciante que explica a sus amigos algún negocio honrado y lucrativo.

—Ah, señor! no hay nada como el *negocio* de mulas, nos dice; es el *trabajo* más bonito y más seguro que puede haber. La mula es sufrida, buena andadora, no hay que andarla cuidando en los malos pasos ni hay temor de que se desbarranque; se alimenta con nada, y tiene muchos interesados que la pagan bien, es oro en polvo, señor!

Yo estuve mucho tiempo trayendo mulas de *la otra banda*, donde me las juntaban poco a poco, hasta enterar piño, y las traía a Chile para entregarlas en los Arsenales, donde me las pagaban al contado. No sé cuantas alcanzaría a entregar, pero

recuerdo que sólo el año 1901, un solo arreo me produjo catorce mil nacionales.

A mis amigos de la Argentina yo les llevaba su parte generalmente en mercaderías, así es que a mí me quedaba una gran ganancia.

Nunca fué amigo del juego ni de la bebida. Su mayor placer era vestir muy bien, manejar buenos caballos y tener buenos aperos para poder presentarse bien entre la gente, y *quedar bien puesto. Le gustaba lucirse.*

Al preguntarle por la educación recibida, nos dice que ésta fué escasa.

No fué apegado a la lectura ni al teatro. Lee y escribe, y tiene algún conocimiento de cuentas. Todo su placer es vestirse con lujo.

—Si yo hubiera tenido buena educación, nos dice, me habría vestido como un caballero, y habría podido *codearme* con los ricos, *ya que no tengo tan mala figura que digamos*, y entonces... entonces, *otro gallo me cantara*, porque habría podido dar muy buenos golpes; pero como no tengo buena educación, ni tampoco buenas amistades, prefería vestirme como un abastero acomodado, lo que al fin y al cabo me costaba mucho más caro.

No es porque yo lo diga, señor, pero el *único* vicio que tenía era el de vestirme como Dios manda, *de modo que nadie me pasara a llevar por delante.*

Manta larga de vicuña o chamanto bordado de donde la Matilde, sombrero fino de pita o de felpa, según el tiempo, mi buena faja de seda de donde los chinos, buen pantalón de cuero respunteado y espuelas de plata.

Buen caballo, de primera, con montura chillaneja o curicana, de cuero de chanco y asiento de carpincho, con lazos trenzados de cogote de guanaco, freno de Peñaflores con copas y *coscojas* de plata pura y riendas talquinas; y, en lo tocante a las armas, en eso sí que me gustaba sobresalir, porque nunca me faltaba un buen revólver Smith y Wesson lejítimo a la cintura, ni tampoco el cuchillo y el machete despalmador a la cabeza del avío.

Yo las armas no recuerdo haberlas usado nunca en ningún sentido, pero me gustaba tenerlas de primera, porque las ma-

las no son sino para desgracias y ya que se manejan, lo mejor es manejarlas buenas.

Al preguntarle nosotros porqué razón se había dedicado a robar, nos mira con sincera expresión de asombro y nos dice: Pero, señor: qué cosa más natural que el robo! y yo les pregunto a Uds, quién no roba! Yo no creo que haya nadie que no robe, o que no haya robado. Es claro que los que necesitan, roban más que los que no necesitan.

Mire, señor, el Gobierno le roba a los empleados y les rebaja los sueldos sin consultarlos y los empleados le roban al Gobierno y le sacan el cuerpo al trabajo cada vez que pueden; los ricos le roban a los pobres, porque los pagan mal y los embrollan en las cuentas, y los pobres le roban al patrón porque si no están *mayordomeados*, se hacen los que trabajan y se van a la *garnacha*, la mujer le roba al marido cada vez que le pillan el bolsillo, porque no le deja *ni cobre*, aunque después la apalee y el marido le roba a la mujer y a los chicos, porque apenas recibe la platita, o la juega o se la toma y no llega con nada a la casa.

Todos roban, señor, roban los médicos porque se hacen los lesos y no curan a tiempo las enfermedades para que el enfermo les dure, y roban los abogados porque aunque los pobres estén perdidos, ellos le dicen que le hacen la defensa y no es nada más que para sacarles plata, y roban los curas que le cobran al pobre que se casa y al que entierran, aunque no haya tenido en qué caerse muerto, y aquí mismo en la Penitenciaría, le roban a los presos el trabajo, porque no le pagan el jornal que verdaderamente ganarían al estar libres, sino una miseria!

Todo el mundo roba, patrón; pero la cuestión es saber robar; saber como se roba y a quien se roba.

Lo que es yo, a mí me gusta robar con delicadeza, mi modo de robar es limpio, y por eso hasta los diarios me han aplaudido; no es porque yo lo diga, pero creo que no hay para esto ninguno más delicado que yo. En primer lugar, a mí me gusta robar plata y ninguna otra cosa. Yo no robo ni prendas ni trapos, esas son tonteras y pirquineos, y es la causa de que a uno lo pillen al día siguiente. En segundo lugar, a mí no me gusta ensuciarme las manos con basuras, si robo, ha de ser una cosa

que valga la pena, porque lo mismo cuesta robar lo poco que lo mucho; la cuestión es que si uno *trabaja*, que el trabajo le rinda, y pueda descansar algún tiempo para gozar del producto.

Además, no hay que andar asustando a la gente, ni con gritos, ni con amenazas, ni balazos. No hay que andar ni con violaciones, porque son tonteras, ni derramando sangre, porque no hay para qué, y lo que con esto se saca es enconar a las personas, y que a uno se la juren y no lo dejen nunca en paz.

Cuando las cosas se hacen, hay que estudiar primeramente como se van a hacer, para que resulten bien hechas, y hay que obrar sobre seguro, siendo lo mejor hacerlas solo, para no tener que echarle la culpa a nadie si no resultan. Y también es muy conveniente no andar metiendo a nadie en sus asuntos, porque a lo mejor resulta que los compañeros lo meten a uno en *un berenjenal*, porque una vez que las cosas empiezan no se contienen y es muy difícil sujetarlos, y si acaso uno los sujeta, le *agarran tirria*, y cuando uno menos piensa, se la juegan, y a uno lo echan al medio.

Lo que es yo, señor, cada vez que he trabajado en compañía, no ha sido sino para disgustos, porque nunca se contentan con lo que uno les da, y para elegir compañero en en esta clase de trabajos es necesario pensar más que para buscar mujer, por lo contagiosa que suelen salir estas amistades.

Continúa que es tan difícil encontrar un hombre de razón, que no sea tomador, porque los curados no sirven sino para hacer averías, y además que sea hombre de corazón, para que no se le hiele y reservado, para que no ande contando lo que vió y lo que no vió.

Le preguntamos si acaso hay en la Penitenciaría alguno de sus compañeros de correrías.

Se sonríe con desprecio y nos dice: aquí, señor, todos los ladrones que hay, no son sino una tropa de *sabandijas*, son unos *piñuflas*, son traperos, hombres sin dignidad, que le tiran a lo que pillan, y se andan ensuciando las manos en cualquier porquería. Yo no, señor, a mi me gusta robar plata, porque toda la plata es igual, y no tiene señales especiales que lo comprometan a uno, y además, me gusta ser delicado y atento con las

personas, porque así a uno no se la juran ni le guardan encono. Una persona puede perdonar que le roben la plata, pero no perdona nunca que la maltraten.

Y para que vea Ud. que yo tengo razón en lo que digo, le voy a contar lo que a mí me ha pasado en varias ocasiones:

Una vez, sabía yo que a casa de unas señoras, habían llevado la plata de unas tierras que habían vendido. En la noche llegué solo a la casa y pregunté por la señora. Me dijeron que se acababa de acostar, porque estaba un poco enferma, y que las demás niñas habían salido de visita. Le mandé decir a la señora que un caballero deseaba tratar con ella un negocio muy urgente, y que me hiciese el favor de recibirme porque le convenía. Me pasaron al dormitorio en donde conversé con ella con toda amabilidad, le pregunté que era lo que tenía y le aconsejé algunos remedios.

En la pieza andaba una niñita como de tres años, hija de la enferma, a quién senté en mis rodillas haciéndola saltar y jugar a los caballitos, y como tenía la carita sucia, se la lavé con todo cuidado, y le puse polvos de arroz que había en el peinador. Después, como el tiempo avanzaba, le dije a la enferma el verdadero motivo de mi visita, le rogué que no se alarmara, y sobre todo, que no fuera a levantarse porque podría hacerle mal, y le pedí me dijera donde estaba la plata, diciéndole que yo mismo la sacaría.

Me dió las llaves de una caja en donde estaba la plata, junto con varias joyas de valor, pero yo solo saqué la plata sin tocar lo demás. Eran 4,200 pesos. Le pedí a la señora que guardara secreto de lo sucedido, porque no había para qué meter bulla ni dar aviso a nadie, pues sólo sacarían echar a perder las amistades, y después me retiré con toda tranquilidad. Las niñas se quedaron calladitas y muy agradecidas de mi modo de portarme, porque había sido muy atento, y no había molestado a nadie ni tomado ninguna otra cosa que la plata.

El que roba prendas, tiene, tarde que temprano, que ser descubierta, porque sino es el ajenciero, que quiere que le regalen las cosas, no falta quién lo denuncie por habérselas visto, mientras que los billetes son todos iguales, y no comprometen a nadie, porque, por lo menos, puede uno habérselos encontrado.

En otra ocasión, dí un golpe en una hacienda cerca de San Vicente, que también me produjo una buena utilidad: Supe yo que el caballero había vendido la mayor parte de una buena engorda que tenía y que se la habían pagado al contado. Al día siguiente, y poco antes de la hora de almuerzo, llegué a las casas del fundo. Pregunté por el caballero y le dije que había sabido por los compradores del ganado, que le había quedado una partida de bueyes, respecto de la cual no habían convenido en el precio, que me habían dado los datos de la clase de los animales, y de lo que pedía por ellos, y que, como yo tenía un compromiso de mandar un ganado de muy buena clase al norte, iba a verlo, pues creía que talvez podíamos hacer negocio.

Debo prevenirle, que yo me había cuidado de presentarme muy bien puesto ante el caballero, y que había sacado a relucir las mejores prendas que tenía, para no despertar desconfianza. Cualquiera que me hubiese visto habría creído, no sólo por mi traje, sino también por las bestias y los aperos que llevábamos tanto yo como el mozo, que era un negociante de ganado de primera clase.

El caballero me recibió con toda amabilidad en su escritorio, y, una vez impuesto de mis deseos, me convidó a almorzar, para que fuéramos a ver la engorda después del almuerzo. Dió orden de llevar mi caballo y el de mi mozo a las caballerizas, de que se atendiera al muchacho por los sirvientes, y nosotros pasamos al comedor en donde almorzamos juntos. Me ofreció de beber, e hizo sacar varias clases de vino que yo no acepté, porque, como le he dicho, no me gusta el trago, y además, porque en estos casos hay que estar bien sereno y con la cabeza en su lugar.

Después de almuerzo, ofrecí un buen cigarro puro al caballero, que me lo agradeció mucho, porque era harto bueno, de primera, y después de fumar y de reposar un poco el almuerzo, salimos para los potreros. Ibamos adelante él y yo, y más atrás, como a treinta o cuarenta metros, mi mozo y el capataz del fundo.

Mi mozo, que era uno de mis mejores compañeros, iba charlando como un loro con el capataz y poco a poco quedándose atrás. Después de haber caminado un buen rato con el caba-

llero, llegamos donde había una mata muy grande de espino, que daba muy bonita sombra. Entonces le dije al caballero, de modo que él solo lo oyera, que yo no seguía más adelante.

—Pero, me dijo él, si el ganado está en el potrero que sigue, a un paso de aquí.

—No, señor, le respondí, yo no he venido a ver ningún ganado, he venido a buscar la plata del que vendió Ud. ayer. El caballero al oír esto, se puso pálido como la cera, y se le cayó el alma a los piés, por lo que yo le dije con toda amabilidad: Si, le he de decir algo para su bien, señor, le diré que no le conviene hacer ningún aspaviento, ni tiene que temer nada. Mi compañero, que está atrás con su mozo, es un hombre muy caballero, y que no hace nada si no le dan motivos y lo que es yo, lo único que le pido es que me entregue las llaves del escritorio, y de la caja de fierro, porque iré yo en persona a buscar la plata.

Mientras yo voy, Ud. se va a sentar aquí, debajo del espino, aparentando que me ha mandado a buscar algo, y mi compañero se quedará allá mas lejos pitando con el capataz.

Yo le aconsejo, señor, le agregué, que no haga ningún movimiento, porque no le conviene, y que no se resista ni haga ninguna demostración, para que su capataz no se imponga de lo que sucede, ni tengan nada que sufrir ni Ud. ni él. Ud. señor, es hombre muy rico, y darme la plata que yo le pido es para Ud. menos molesto que si yo le sacara un pelo del bigote.

El caballero no tenía nada de lesa, y vió que lo que le convenía era entregarse y, haciendo de tripas corazón, metió la mano al bolsillo y me entregó las llaves que yo le pedía. Llamé al mozo y le ordené que extendiera su manta en el suelo para que el caballero pudiera tenderse a descansar, mientras volvía yo de las casas. Así lo hizo, y yo tomé el camino de las casas a galopito corto, porque no convenía demostrar ninguna precipitación.

Llegué a las casas, y ví que en el patio, a la sombra de unos sauces llorones, estaba sesteando la policía de la comuna. Habían desensillado los caballos, y, mientras tuzaban a unos, bañaban a mate a los otros para refrescarlos.

No perdí la serenidad, me acerqué al corredor, me desmonté

y amarré mi caballo a un pilar, y dije en alta voz a la sirvienta, con quien tenía antiguas relaciones, y que era quién me había dado los datos, que el caballero mandaba buscar el lápiz y los anteojos, y que él se había quedado con los mozos rodeando el ganado.

Pude así entrar al escritorio, sin dar a nadie motivos de sospecha. Abrí la caja, pero tuve la desgracia de no encontrar en ella, sino siete mil ochocientos pesos en dinero, que puse en mi bolsillo. El resto estaba en cheques o letras de banco que como les he dicho, son papeles que a mi no me agradan. Había además algunas joyas antiguas de bastante valor que ni siquiera toqué, y después de pedir un vaso de agua para pasar el calor y el desengaño, me volví a los potreros.

Y pensar que había podido tener al alcance de mi mano más de cincuenta mil pesos, fáciles de echarme al bolsillo, y que solo por la mala suerte se me escapaban. ¡En fin, que le íbamos a hacer! Llegué al lugar donde me aguardaban. El caballero fumaba tristemente, sentado en una piedra muy grande debajo del espino.

Señor, le dije, he tenido la desgracia de no encontrar sino siete mil ochocientos pesos en billetes que es lo único que he tomado de la caja, y, como el resto estaba en cheques y letras, lo he dejado allá sin tocar. Tampoco he tocado ni siquiera una sola alhaja de las que Ud. tenía, y, aquí tiene las llaves. Es Ud., señor, un hombre de mucha suerte, porque ahora va a hacer cuenta que Ud. se ha ganado de golpe y porrazo, los cuarenta y tres mil pesos que le han quedado en la caja, y, en lo tocante a las alhajas, esas van de llapa.

El caballero estaba tan contento, que llegó hasta ofrecermé que volviéramos a las casas a hacer onces, pero yo no acepté; le pedí, y el me dió su palabra de honor de no contar jamás lo ocurrido. Nos despedimos, y, mientras el volvía a las casas, yo me apresuré a internarme por Malloa adentro para salir por Popeta a Melipilla, desde donde seguí por tierra hasta Santiago.

Yo he considerado siempre, como una de las cosas que debemos de tener presente los que trabajamos de este modo, que hay que ganarse primero que nada a la servidumbre, sobre todo a las *niñas mujeres*, que son las más fáciles, porque son muy

amigas de recibir regalos. Hay que sembrar para recoger, y si uno tiene la mano abierta para las amigas, no tendrá nunca que arrepentirse.

Las sirvientas son de lo que hay que ver no mas para tener buena ayuda.

Yo talvez, uno de los defectos que pueden sacarme, es la de ser un poco enamorado, pero ésta ha sido una de las razones; pero no vayan a creer por esto que yo tenía relaciones sólo con sirvientas, no faltaba mas. ¡He tenido relaciones..... de amistad, con señoras ricas y de muy buena sociedad, con señoras legítimas, que hasta plata me daban con tal de que no las dejara. Y, al decir esto, la cara de Madriaza se ilumina, y se sonríe, con expresión de sentir íntimo goce.

Nosotros, le decimos, comprendemos, sin que nos lo diga, la razón de todo esto, no hay necesidad de tener larga vista para verlo.

El sigue sonriéndose y agrega: *es claro, como tampoco tiene uno tan mala figura que digamos*, y ya en el tren de su verbosidad prodigiosa, agrega:

—Cuando mi segunda condena, dijeron algunos que yo había muerto a un individuo porque tenía relaciones con su mujer.

Yo mas bien me reía de eso. ¿Qué necesidad tenía yo de matar a un hombre, para quitarle a su mujer, una mujer ordinaria y vulgar, una mujer que no valía la pena?... Mire, señor, para que vea la ridiculez de la acusación, no tengo más que decirle una cosa. Yo, en ese entonces, tenía relaciones *con más de veinticuatro mujeres, y la mayor parte de ellas*, declararon en el proceso que eran mis queridas.

¿Qué necesidad tenía yo entonces de matar a un hombre para quitarle a su mujer, *cuando si había algo que me sobrara eran las mujeres*, y cuando ya le he dicho que me gusta ser quitado de bullas, y que no puedo ni ver eso de andar derramando sangre, que es sólo propio de bandidos sin corazón?

Yo supe entonces quién fué el autor del *hecho* que me achacaron a mí, pero no quise denunciarlo, y además en el proceso no declaró ni un sólo testigo presencial, pero el juez creyó en

lo de las relaciones ilícitas con la mujer del muerto, y eso le bastó para condenarme.

—Pero, le dijimos, Ud. pudo recurrir a la Corte, apelando de la sentencia.

—La Corte, señor, nos repuso, parece que Uds. no fueran abogados. En la Corte no se preocupa nadie de los procesos que no tienen un abogado especial y bien pagado. Los abogados de turno son, señor, dispensándome el modo de hablar, como la carabina de Ambrosio. Todavía no he oído decir de algún abogado de turno que vaya a alegar por ningún reo que no le pague especialmente, y se limitan sólo a presentar un escrito que es igual para todos, y en cuanto a los ministros, poco se preocupan de estudiar las causas de los reos que no tienen un abogado especial, y los condenan en barbecho, sin estudiar los antecedentes. Es por esto que yo tengo rabia con la justicia, porque no hay tal justicia en Chile.

La última condena que yo he sufrido, señor, es una injusticia manifiesta, es una gran injusticia, y en el fallo se ha violado terminantemente la ley, y es por eso que yo deseo ponerme al habla con algún abogado para que consiguiera la revisión del proceso, y si lo obtuviera, señor, yo, cuando saliera a la calle, le demostraría que no era un ingrato.

Y como le preguntáramos qué haría si fuera libre, nos dice:

—Ay, señor! primeramente pagarle muy bien a mi defensor, aunque para esto tuviera que cortarme un brazo. Yo soy muy agradecido, y sé demostrar mis agradecimientos, como ya lo he demostrado en otras ocasiones. Yo haría rico a mi abogado, y no me faltaría con qué. Han de saber que tengo una máquina perforadora de cinco diamantes, que creo no habrá caja, por firme que sea, que la pueda resistir, y además en Chile, si hay algo que abunda es la plata, y, como yo no le tengo apego a la plata, gastaría todo lo necesario para servir a los que se interesen por mí.

Yo, señor, si robo no crea que es por apego a la plata, nada de eso. *A mí me gusta quitar la chochoza al rico para dársela al pobre.* No hay nada que me guste más a mí, que entrar a una cité con los bolsillos llenos de plata sencilla; si encuentro a un chiquillo, allá van dos chauchas hara volantines, si es una vieja:

tome, abuela, esos cinco pesos para que tome mate, o si es una chiquilla, darle para un par de zapatos o para un corsé, y, así, irles dando la plata a todos, para que todos estén contentos. La cuestión es sacarle la plata a los ricos, sobre todo cuando son malos.

Pero no vayan a creer que yo soy un ladrón cualesquiera, nó. A mí no me gusta ensuciarme las manos en una cosa que no valga la pena. Ya le he dicho que a mí me gusta ser como las águilas y no como los chincoles, pero he tenido la fatalidad de no poder encontrar nunca la cantidad que yo deseaba para poder retirarme a descansar.

Mis mayores deseos han sido poder robarme de una sola vez, de cincuenta mil pesos arriba, para poder establecerme en Santiago y llevar una vida tranquila. Cuando muchacho, estuve un tiempo de cortador en una carnicería, y aprendí el oficio. Si yo pudiera robarme cincuenta mil pesos de una vez, compraría con ellos una buena carnicería y en ella trabajaría con toda honradez, y como yo no bebo ni juego, podría acabar mi vida con toda tranquilidad.

Pero nunca he podido encontrar lo que deseo, sino cantidades más pequeñas, que se me han ido por entre los dedos. La vez que mejor me ha ido fué en un golpe que dí junto con Pancho Gaona, en un negocio que tenían unos italianos, en un lugarcito de la Argentina que se llama Ramaditas. Estos italianos tenían una fonda y una hilandería, y además se ocupaban en comprar lanas de vicuña, de guanaco y plumas de avestruz, que enfardaban para mandar a Europa.

Fué una cosa muy fácil, porque en el negocio no había mas que dos hombres ya mayores, y un niño. Las demás eran mujeres. Sacamos dieciocho mil pesos en mercaderías y catorce mil en plata arjentina y extranjera. Yo pedí la plata aunque era menos, pero era mas fácil de gobernar.

Sólo en dos ocasiones he creído poder encontrarme los cincuenta mil pesos que yo quiero, pero las dos veces me ha ido mal:

La primera vez fué en San Vicente, cuando fui a buscar la plata de los animales. Los datos eran buenos, porque había más de los cincuenta mil pesos, pero lo malo estuvo en que só-

lo había poco mas de siete mil pesos en plata, y el resto en cheques, y a mí no me gustan esas cosas.

Si hubieran estado los cincuenta mil en plata, estas eran las horas en que yo estaba tranquilamente con mi buen puesto de carne.

—Y la segunda vez? le preguntamos.

—La segunda vez, nos dice, la segunda vez, fué cuando yo caí por tercera vez en mano de la justicia, para que dieran en mi contra la sentencia mas injusta que se haya dictado por los tribunales. Verá Ud. señor:

Cuando salí de la Penitenciaría, después de mi segundo indulto, y de haber estado en ella quince años, el dinero que tenía economizado, me duró muy poco tiempo, y me ví en la necesidad de tener que trabajar.

Para esto, y para proceder con buenos datos, comencé a instalarme en las cercanías de los Bancos, a fin de ir conociendo el personal de clientes y sus costumbres.

Naturalmente, a los pocos días, preferí la clientela del Banco de Chile, que era la que llevaba o sacaba los paquetes mas grandes.

Pronto me llamó la atención un caballero que llevaba al Banco grandes cantidades de dinero, casi todos los días, y que nunca sacaba nada. Era el hombre que me convenía, porque es mas fácil dar un golpe a uno que va a depositar, que a uno que va a retirar fondos. En el primer caso se corre menos riesgo, porque el golpe se dá en lugar más apartado y con menos público, mientras que en el segundo caso, hay que operar entre medio de toda la gente.

Así, pues, en cuando ví la persona que me pareció más conveniente para mis intereses, lo seguí y comencé a tender mis baterías, para saber si podría o nó ser una buena presa. Supe que era jefe de una Oficina pública que recibía diariamente grandes cantidades que debía depositar en el Banco.

Como preveía un buen golpe, trabajé con todo empeño y con toda paciencia, para entrar en relaciones con algunos empleados que me pudieran dar los datos necesarios para obrar con la mayor seguridad. Yo hacía mis pesquisas con toda prudencia, y sin que llamara la atención, para no despertar sospe-

chas, y tratando siempre de ganarme la confianza de mis informantes.

Por ellos supe, casi día a día, las sumas que debían depositarse en el Banco, las que en muchas ocasiones llegaban hasta cuarenta mil pesos y más. Pude cerciorarme también de que mis informaciones eran exactas, porque, sabiendo día a día, con anticipación la cantidad que se iba a depositar, no me faltaba pretexto para acercarme al mesón e imponerme del monto del depósito.

Yo esperaba, con toda paciencia, que llegara el día en que se llevara al Banco una suma que valiera la pena, porque pensaba que lo mismo me costaría dar el golpe por poco que por mucho. Mientras tanto, día a día, acompañaba a la distancia al caballero, y, sin que lo maliciara, cada vez que iba al Banco. Si la suma era pequeña, la llevaba él solo, y si era grande, se hacía acompañar por un sirviente que le llevara el paquete.

Por fin, supe una vez, que se iban a depositar cincuenta y siete mil pesos, y, por este motivo, me preparé con tiempo para dar el golpe. El caballero era comó un reloj de puntual, y a la hora de costumbre salió con el sirviente, que llevaba un paquete bastante grande envuelto en papel de diarios. Yo los divisé a la distancia, y me adelanté extraviando calles, para poder salirles al encuentro. Pronto los ví venir: el sirviente adelante, y un poco más atrás el caballero. Yo les salí al encuentro desde la vereda del frente, a la diagonal, así como de tajo de pluma, y, al pasar, le arrebaté el paquete al sirviente, sin que este se diera cuenta de quién se lo quitaba, y seguí adelante, a tranco largo, tratando de deshacer el paquete para ponerme en los bolsillos los fajos de billetes.

Yo tenía un auto preparado a corta distancia, para poder arrancar en él para el lado del centro. Mis intenciones eran echarlas a toda máquina y meterme en alguna tienda de las grandes, entrando por una puerta y saliendo por la otra. El golpe, como les he dicho fué dado con toda maestría, y el sirviente se quedó como cortado, sin saber quién le había quitado el paquete. Cuando lo rompí, se cayeron algunos fajos al suelo y yo me agaché a recojerlos. Esto fué lo que me perdió, porque llamaron la atención de algunas personas que me seña-

laron. Al oír las voces, arranqué a lo que me daban las piernas hasta el auto y pude subir en él, pero el chofer, a quien yo creía un hombre listo, era un tonto de remate, un pobre hombre, sin malicia y sin corazón.

A pesar de tenerlo advertido, había parado el motor para ahorrar bencina, de modo que no pudo partir a tiempo, y se demoró no sé decir cuánto en salir. La gente se había juntado a los gritos que daban el caballero y el sirviente; me habían visto correr y me siguieron. Con la demora del auto para salir, alcanzaron a llegar dos guardianes de a caballo que pudieron seguir el auto a la distancia. El chofer perdió la cabeza. En lugar de echarlas para el centro, siguió para el otro lado del río, y, por último se metió en una calle tapada.

Yo ya había metido toda la plata en mis bolsillos, y en cuanto ví que el auto no iba a poder seguir, me dejé caer y me metí en un negocio, desde donde salté para el interior de un conventillo. Pero, señor, cuando las cosas empiezan mal, la mala suerte acompaña hasta el fin.

En el conventillo había la mar de gente, y, lo que es peor, vivían allí dos agentes de la Sección de Seguridad, que por desgracia se encontraban presentes. Ellos mismos se me vinieron encima. Yo me ví perdido, porque en ese momento sentí que los guardianes remataban sus caballos a la puerta. No quise hacer resistencia y me entregué. Me llevaron a la Sección. Me registraron y encontraron conforme toda la plata, no faltaba un solo centavo, eran diez mil cuarenta pesos. Después supe que el caballero llevaba el resto en billetes gruesos, y que lo que el sirviente llevaba era sólo el sencillo.

Las desgracias no vienen nunca solas señor; junto con la plata me encontraron un revólver Smith y Wesson calibre 9. Esto bastó para que todos me acriminaran. Los agentes querían tener gloria barata y declararon que yo los había amenazado y me había resistido; el sirviente también declaró que yo lo había amenazado. Sin embargo, todo era absolutamente falso. Piense Ud. señor, en qué mano podía llevar el revólver para amenazar al sirviente, cuando necesitaba de mis dos manos libres para arrebatarle el paquete que era grande, para poder romperlo y para guardar los billetes. Además, no

se amenaza con revólver en la calle pública, a las once de la mañana y en medio de la gente. Yo llevaba el revólver, porque, como lo he dicho, ésta era mi costumbre, pero mal podía amenazar con él a un infeliz que ni siquiera se dió cuenta en el primer momento de quién le había quitado el paquete.

En fin, señor, Ud. es abogado y sabe la pena que me correspondía por mi delito, que podría ser clasificado o bien como intento de robo o como robo frustrado. La pena que por este motivo me corresponde, es de quinientos cuarenta días cuando más. No había ninguna circunstancia agravante: no fué en despoblado, porque fué en la calle pública, ni hubo amenazas ni lesiones, ni nada. Sin embargo, señor, por el solo hecho de llevar mi revólver, del que ni siquiera pensé en hacer uso, fuí condenado al máximum de la pena del que roba con violencia e intimidación. Fuí condenado a diez años. Esta es la justicia de Chile, señor!

Por este motivo yo les ruego que ustedes interpongan su influencia para que se revise y me saquen en libertad. Pueden ustedes alegar a mi favor de que no hay aquí quién tenga mejor conducta que yo. No es posible que se me tenga por diez años por un delito que ya he pagado más del doble con lo que estoy preso. Yo aquí trabajo en el taller de zapatería, en la máquina centradora, y me porto lo mejor que puedo, pero no me resuelvo a seguir sufriendo un castigo injusto.

Por lo que más quieran, ayúdenme a salir. Yo no seré un malagradecido y les aseguro que no les irá mal conmigo.

Antes de separarnos, le preguntamos cuál es su ideal, qué sería lo que más le gustaría hacer si se encontrara libre.—Pienso un momento, su fisonomía se va iluminando poco a poco, y, por fin, con faz risueña nos dice: «encontrarme en el tren con un candidato a Senador, el día antes de la elección, cuando va bien apertrechado para dar la batalla, y..... después..... poner mi buena carnicería.... y Madriaza estalla en una carcajada que se apaga en los muros de la prisión al cerrarse la puerta de su celda.

OSVALDO MARÍN MUJICA.

LA OPERETA FRANCESA

(Fragmentos de mis *Apuntes sobre la opereta*)

El éxito inusitado que alcanzaron en su solar de nacimiento, empujó a las operetas hacia tierras extranjeras. Triunfantes en Viena, salvaron ellas los linderos austriacos y fueron a resonar en los proscenios de todos los países con singular aceptación.

Principalmente aquellos pueblos que no tenían arte propio, acogieron a la opereta vienesa con simpatía calurosa. Y aquí se tiene uno de los fundamentos que explican la victoria y la difusión continental de semejante género dramático en América y, por consiguiente, en Chile. Aquí, donde el teatro nacional comienza a desarrollarse y donde el lírico-dramático sólo se encuentra en embrión, no había causa alguna para poner cortapisas a la entrada de la modalidad.

Pero así como en Chile y en muchísimas naciones se afianzó fácilmente el predominio de la opereta vienesa sobre las demás composiciones teatrales, en otros puntos no sucedió lo mismo. A pesar de tener al público de su lado, tuvo la opereta que luchar en estos últimos y, en algunos, bravamente. Fué en aquellos países donde podía lesionar intereses de libretistas y de compositores; en aquellos países donde se desenvolvía y prosperaba la semilla de un arte similar.

Por razones de idioma, de raza, de historia, la opereta vienesa se esparció por Alemania sin gran dificultad; pero en Francia y en España se estrelló con la muralla que a su avance levantaron resistencias vigorosas, emanadas, sobre todo, del número incontable de los perjudicados. En Italia, tampoco faltó una fuerza que quisiera detenerla; pero no lo consiguió.

Los autores franceses y españoles, sin ocultar la mueca de un disgusto, se aprestaron a combatir el género vienés. Así sal-

vaguardiaban sus propios intereses y los más altos y sagrados del arte nacional.

París no aceptó las operetas austriacas de buenas a primeras. Y esta circunstancia debe parecer hasta cierto punto extraña, ya que las mejores operetas vienesas tenían a París como el asiento de su acción. En Viena no se dió a la opereta un carácter exclusivamente local. Esto habría impedido la difusión mundial de la opereta, como ha impedido que salga al extranjero casi la totalidad de la zarzuela española. Para quitarle su carácter local, nada más acertado que desarrollar el argumento en París, la ciudad cosmopolita, capital del Universo.

Sin embargo, París y con ésta el resto de las poblaciones francesas, no dieron entrada fácil a la opereta de Viena. Los músicos, principalmente, le opusieron el hombro, presintiendo una catástrofe desquiciadora para su porvenir y sus proyectos. Al peligro común, olvidaron diferencias y contradicciones y, subterráneamente, iniciaron la batalla contra el arte vienés.

Y los músicos franceses tenían razón sobrada para presentir peligros. Según el cronista José Juan Cadenas (1911), los compositores de París y de provincia sólo laboraban partituras mediocres y su producción, en general, se resentía de una falta absoluta de plan, de orientación. El de los vieneses, representaba a la inversa, un trabajo más serio y más consciente, más cuidado y definido. Era el suyo un trabajo que, con tener merecimientos auditivos altamente apreciables, tendía a determinar efectos exteriores de intenso valor óptico.

«Yo no dudo, decía Cadenas, refiriéndose a Francia, que los autores sabrán hacer buenos libros de opereta; pero, en cambio, no creo que los músicos que en la actualidad bullen en París sepan componer una partitura que pueda ponerse al lado de las de Fall, Lehar o Straus...»

De esta manera, la labor a la sazón mediana de los compositores galos, se vió amenazada por el arte vienés. No cabía, desde entonces a éstos más que emprender—de lejos o de cerca—la jornada defensiva.

La falta de una competencia poderosa era la causante de todo y los compositores de París, faltos de tal estímulo, venían conformándose con los tiempos transitorios que le proporci-

naban obras superficiales, que tocaban los límites de la trivialidad.

A pesar de la recepción hostil dispensada al género por los músicos franceses—que quedaban con la entrada de él en el deber de superarse—la opereta vienesa consiguió abrirse paso y desplegar el haz esplendoroso de sus magnificencias en las tablas de París.

Conquistado el público, no decayó la hostilidad de los autores y de los empresarios. Unos y otros continuaron su tarea, a veces franca, de contener la invasión. Solo así puede explicarse el que la opereta de Viena fuera conocida primero en otra parte que en la patria de Corneille. Casi todas las operetas vienesas fueron juzgadas por muchos otros auditorios antes que por el público ilustrado de París. Dígalo, si no, *Un Vals de Ensueño* o *El Encanto de un Vals* (*Ein Walzertraum*), la opereta mejor de Oscar Straus, el músico vienés, y la cual recorrió una prolongada trayectoria de triunfo antes de llegar hasta las luces de la escena parisiense.

En Viena, consiguieron Straus y su obra la más simpática de las notoriedades. El cronista ya citado, escribía: «El autor de *Ein Walzertraum* ha gustado con Franz Lehar las delicias de la popularidad, porque *Un Vals de Ensueño* ha sido la opereta que enloquecía a las vienesas, al mismo tiempo que *La Viuda Alegre* las perturbaba».

La obra le fué pedida a Straus de casi todas las naciones; pero no de Francia. Llegó un momento en que ella había sido representada en todo el mundo, menos en su capital. Esta circunstancia asombró a Oscar Straus, quien, ya célebre, se trasladó a París a gestionar el estreno de su bella opereta en la ciudad de las ciudades.

La actitud de Francia no se la explicaba Straus por la lucha sorda que los músicos franceses habían emprendido contra el género vienés por razones personales, sino porque creía que el recio *boicottage* que el parisién hacía al arte alemán. se extendía a los austriacos por culpa del idioma.

Es de advertir que esto ocurría mucho antes de la guerra principiada en Agosto de 1914.

La Viuda Alegre, la famosísima opereta de Lehar, padeció igual odisea. Se tradujo a numerosos idiomas; fué representada en multitud de teatros de toda clase de nacionalidades, antes de que se la llevara a un tablado de París.

Oscar Straus se reía de lo que le pasaba y le decía a Cadenas, su amigo, que después de haberse visto solicitado por casi todas las empresas del mundo había tenido que ir como un principiante a París, con su partitura bajo el brazo. Lo más grave que pudo ocurrirle fué que recorrió los coliseos parisienes sin encontrar un empresario que aceptara su afamada producción...

Todos se complotaban en contra de la opereta de Austria, todos, todos, menos el público, aquel alegre público de la espléndida Lutecia.

La opereta vienesa encontró a los autores franceses casi desprevenidos. Contrarrestar el avance de aquella no habría sido faena difícil si hubieran contado estos últimos con obras de su estilo y de sus singularidades; pero no las hallaron entre las más modernas del acervo familiar. Entonces, como era lógico, comenzaron a resucitar las operetas francesas de los tiempos idos, aquellas operetas que regocijaron a los buenos parisienes de varios lustros antes.

Y Francia contaba en su haber innumerables operetas. Su vuelo había sido fecundo semillero de semejantes obras en el siglo XIX. Una a una fueron reapareciendo las operetas olvidadas en las tablas de París. El recuerdo de los operetistas franceses despertó comentarios cariñosos en las hojas de la prensa e insinuó secretamente la esperanza de poder detener con las obras nacionales la difusión cada vez más efectiva y extendida del género vienés.

En 1913 el resurgimiento de las operetas antiguas estaba en su apogeo. «La opereta reverdece», decía Adolphe Brisson en *Les Annales* (19 de Octubre), a propósito del reestreno de *Los trabajos de Hércules*, opereta de Offenbach, en el Femina; de la *La Mascotta* en el Apolo y de la resurrección de *La vida parisiense* en el cartel del Variedades.

Pocos países han tenido como Francia mayor suma de operetas. La historia de la opereta francesa arranca desde fines del

siglo antepasado. Su primeros balbucesos son oscuros para Adolphe Brisson; pero parece que la opereta francesa más antigua es *El pequeño Orfeo*, representada el 13 de Junio de 1792 en el proscenio de los Panoramas y cuando se cernía sobre todas las cabezas la amenaza del Terror.

La obra no tiene otro mérito que el que le comunica su primogenitura y se debió a la colaboración del libretista Rouvier-Deschamps; del músico Dechaves y del coreógrafo Beaupré-Riché.

Brisson señala la importancia documental de semejante ensayo, toda vez que él indica cuáles fueron los elementos que integraron originariamente la opereta de Francia. Según ellos, la opereta no podía provenir sino de la refundición afortunada de la antigua ópera cómica y del vaudeville francés.

El paciente género tuvo, desde luego, la aprobación del público. La obra dramática, en conjunto, se tornaba seria y los *couplets* habían sido condenados al castigo de la supresión hasta en las obras de Feydeau. El público del boulevard, que quería reír, dió en extrañar las canciones picarescas y los retruécanos sutiles. Principió a reclamar este lote de alegría. Interpretando, entonces, un sentir que era unánime, Florimon Rouger Hervé (1825-1892), restituyó las unas y los otros. Al hacerlo, vino a dar un impulso vigoroso a la opereta, es decir, a todo un género que aún no abandonaba los pañales de la cuná.

La vida de Hervé no fué otra cosa que un romance incoherente. Transcurrió al comenzar, entre el profesorado de Saint-Roch y el coro de Bicetre. Salió a la esfera pública y sus primeras obras desconcertaron por sus valores estéticos que, al extremar la nota para producir novedades, tomaron directivas hacia la excentricidad.

Para Brisson, lo esencial en los libretos de Hervé, era el uso no interrumpido de despropósitos y dislocaciones, características que apenas excusaba una música juguetona y bulliciosa.

La prensa resistió escandalizada los alardes de Hervé y la afición del público por ellos fué estimada como una debilidad francamente reprochable, como tendencia viciosa que era preciso combatir.

La boga de Hervé no se prolongó por mucho tiempo. Poco después de producida, empezaron a surgir los maestros, los que debían conducir al joven género a su bella plenitud. Ninguno de ellos eclipsó más fácilmente a Hervé que Offenbach. Ambos fueron rivales y cuando el favor público se inclinó por este último, Hervé, decepcionado, marchó de su país para hundir su despecho y su impotencia entre las nieblas de la fría Albión. Allí murió de ciudadano inglés... Sus operetas más famosas fueron *La mujer de papá*, *Mam'zelle Nitouche* y *Mam'zelle Gravoche*.

Todas ellas deberían ser aventajadas por las operetas de los Halevy, de Enrique Meilhac y Jacobo Offenbach.

Luis Halevy, nacido en 1834, fué como su padre, León, un fecundo libretista y en tal carácter colaboró durante varios años con Offenbach, nacido en Colonia en 1819 y muerto en París hacia fines del 80.

Uno y otro, ya separadamente, ya en colaboración, abastecieron por largo espacio los tinglados de París y escribieron obras tan fundadamente aplaudidas como *Madame Papillon*, *El marido sin saberlo*, *La canción de Fortunio*, *El puente de los suspiros*, *La bella Elena*, *Los molinos de viento*.

La labor de Offenbach fué la más nutrida y la más valiosa. Su nombre llenó el ambiente europeo de su época y su jornada culminó gloriosamente con *La gran Duquesa* (1867), con *La hija del tambor mayor* (1879) y, sobre todo, con *Orfeo en los infiernos*, que de vez en vez sigue asomando su alegre mascarita por casi todos los proscenios de la tierra.

Meilhac, Halevy y Offenbach impusieron la opereta y fijaron definitivamente los caracteres del género. Es interesante anotar como Brisson se refiere a la labor de los tres. «Con su tacto delicado y su agudo sentido de la vida moderna, dice, no conservaron de la opereta naciente más que lo que era útil de conservar. Ellos la expulsaron de la bufonería, le imprimieron un giro literario, la sazonaron con lances mordaces y más finos y le dieron un matiz filosófico que modificó su sabor. Aquellos autores no tuvieron respeto ni por los Dioses ni por los héroes; distraían ellos a espensas de la Mitología y de la Historia y ridiculizaban la etiqueta de la Corte, la vanidad de los Ministros

y la fatuidad de los guerreros. Pero la indulgencia irónica de Meilhac, la flemma de Halevy y la vivacidad espiritual de Offenbach indicaron al público que todo aquello no tenía otra intención que la de hacer una broma».

En manos de los artífices citados, la opereta echó por la vereda de las actualidades y recogió los ecos del ambiente nacional. En ocasiones se tornó incisiva, cruel, sangrienta. Hería con la finura de los estiletos. Sobre todo en el período que antecedió y siguió a las desgraciadas aventuras de la guerra del 70, la opereta se tornó temible por lo caricaturesca. En la figura de Bobèche se ridiculizó con ironía penetrante el régimen imperial y en la del general Boum, los arrestos de los jefes presumidos e ignorantes, de los mismos que llevaron a las tropas napoleónicas al abismo de la ruina.

Tanto enfocó la realidad la opereta que Brisson llega a decir: «Existe seguramente una correlación entre la tendencia de la opereta del segundo Imperio y el modo de pensar y proceder de aquellos que la aplaudían». «No se expresaba más en la calle que en la escena», anota más adelante en el mismo documento.

La escena francesa se tornó fustigante i agresiva en Feliciano Mallefille y en Teodoro Barrière. Este último (1823 1877), fué autor fecundo y llegó a ser aplaudido. Obras suyas fueron *Manon Lescaut* y *Filles de Marbre*, estrenada la segunda con un éxito resonante y sostenido en 1853.

Este período de agitación dramática—que para Brisson llega a la cumbre con obras como *Chilperico* y como *El ojo quebrado*—se aquietó poco a poco mediante la acción tranquila de Halevy y de Meilhac.

Ambos sonreían socarronamente en sus obras y todo lo trataban con festiva irreverencia. Pero nó los demás. En 1871 hízose la opereta no solamente demasiado bromista, sino mortificante y esto, a pesar de las calamidades que pesaban sobre Francia. No era prudente que lo fuese en una hora de prueba, en que el país se balanceaba sobre el borde peligroso de las inminencias y la opereta perdió terreno en la adhesión general. Se la atacó y el género buscó el refugio de la vieja ópera cómica.

No debía morir, sin embargo. Resucitó a la manera de las piezas de Feydeau, como una alegre comedia con cantables. Cuando llegaron los días en que Francia comenzó a rehacerse de la gran bancarrota, la opereta, remozada, hizo el efecto de una brisa refrescante. Se necesitaban consuelos; se quería algo sedante y rumoroso que llevara a la tristeza de las almas la misericordia saludable de la reacción.

Offenbach, que había caído envuelto en la censura, se rehabilitó con *La hija del tambor mayor*, estrenada en 1879.

Los operetistas surgieron en número considerable. Luis Varney (1844-1908), se inició con suerte en 1877. Obras suyas fueron *El señor Pulcinella*, *Fanfan la Tulipe*, *Coquelicot*, *Cliquette*, *D'Artagnan*, *Mosqueteros en el Convento* y *París Cascade* (1901).

Félix Agustín Vasseur dió a los escenarios *El timbal de plata*, *La familia Trouillat*, *Los parisienses*, *El cántaro roto*, *Ninón*, *El señor feudal*, *El país de oro* y muchas otras que fueron escuchadas con profunda complacencia.

Edmundo Andrau (1842-1901), hizo también labor altamente meritoria. Su primera opereta la estrenó en Marsella: *L'ours et le Pacha*; pero después brilló en París con obras que se hicieron raramente populares. De ellas han quedado *La Mascotta* y *Miss Helyet* para la posteridad.

Pero ninguno de los operetistas alcanzó mayor aceptación que Alejandro Lecocq, (1832-1918). Fué alumno distinguido de Halevy y consiguió, de los primeros, consumir la reconciliación entre el público y el género. En 1873, la victoria de *La hija de Madame Angot*, consagró al autor y devolvió a la opereta su prestigio primitivo. Un crítico de la época, afirmaba que esta obra de Lecocq, era la primera sonrisa de la Francia después de su desastre.

«Yo tenía la visión de lo que me tocaba hacer, y del sitio que debía ocupar después de Offenbach», decía Lecocq y, sin duda, por eso, se dedicó de lleno a la opereta. Paul Locard, ha dicho en el «Larousse Mensuel» que el propósito constante de Lecocq fué restaurar la opereta, sacarla de las extravagancias de la parodia y de los excesos de la caricatura a que Hervé,

principalmente, la había conducido. Lecocq depuró la opereta y le dió el realce de la misma ópera cómica.

El género, entonces, se adentró demasiado en el corazón francés. A ello contribuyó, indudablemente, la actriz Ana Judic, insuperable intérprete de las obras de su época.

Lecocq tenía todas las facultades necesarias para producir un arte capaz de conquistar las simpatías más esquivas. De un gusto refinado, resbaló noblemente por encima de la vulgaridad y avaloró su música con rasgos de belleza que ni sus enemigos pudieron deprimir.

Locard le reconoce un cuidadoso afán de corrección y conocimientos orquestales superiores a los de Offenbach.

Manteniéndose en su línea de preclara esquisitez, Lecocq supo coger para su música los ritmos del ambiente y más que eso, aquellos que, al decir de Locard, llevaba cada espíritu como aleteo interno e inconsciente, como armonía innata, de origen ignorado. A ese anhelo de Lecocq respondió la gavotte i la lección de solfeo del *Petit Duc*, el coro «Pas de femmes», los couplets de los portugueses, los dúos del corazón y de la mano, del día y de la noche de *La Petite Mariée* y *La hija de M. Angot* entera. Una ingenua admiradora de Lecocq afirmaba que prefería esta última opereta a todas las del mundo, porque en ella no había sino aires conocidos.

De este modo, la opereta de Lecocq resulta extremadamente francesa. Junto al sepulcro del ilustre músico exclamaba Bruneau que la obra de Lecocq hacía «amar lo que hay en nuestra raza de hermoso, de fino, de alegre, de espiritual».

Durante la segunda mitad del siglo XIX, Lecocq acaparó para sus obras los carteles parisienses; pero al dejar la pluma, bajo el fardo de los años, la opereta francesa comenzó a languidecer.

Después de Lecocq nadie pudo reanimarla y fué en ese período de continuada anemia cuando la opereta vienesa llegó a las candilejas de los teatros parisienses. Venció por fin aquella las porfiadas resistencias que a su entrada suscitaron los empresarios y los compositores y para contrarrestar la conquista que hacía del público, a falta de obras nuevas, principiaron

los franceses, como ya se dijo, a aprovechar las producciones de las épocas pasadas.

Naturalmente, al primero que resucitaron como a gloria propia fué a Jacobo Offenbach. Y hay razones para considerar francés, espiritualmente francés, a tan gran compositor. Cierito que nació en Colonia; pero formó su personalidad en la tierra de Bizet. Estudió en el Conservatorio de París; educó su gusto en Francia; aquí escribió sus obras; aquí ejerció influencia y consagró a su patria de adopción todo el vasto y luminoso contingente de sus actividades.

Sin embargo, con ser espiritualmente francés, Jacobo Offenbach no pudo desprenderse de su origen alemán y, por eso, Saint Saens ha declarado que impuso a la opereta el ritmo germánico y que transpuso el acento.

Sea como sea, la memoria de Offenbach fué resuscitada como una gloria nacional. Pero sus mejores operetas, lo mismo que las producidas por sus contemporáneos no consiguieron casi nada. Como las antiguas zarzuelas españolas, tenían la desventaja irremediable de su gran vejez. Habían sido compuestas a la luz de otros principios, para corresponder a ideales y a expectativas diferentes. Muchas explotaban asuntos cuya actualidad había pasado con exceso y no pocas tenían argumentos candorosos y románticos, cuando no mitológicos que no podían, ni con mucho, promover el interés que provocaron en el día de su estreno. Por otra parte, predominaba ahora una tendencia realista, opuesta a las que habían alumbrado el nacimiento de las viejas operetas y la boga triunfal de la película, había determinado conceptos nuevos del teatro y había trastornado la disposición psicológica de los espectadores.

Se comprende, por lo tanto, la mezquina eficacia que pudo haber tenido la representación de las operetas antiguas para repeler las nuevas.

No faltaron tampoco las operetas francesas a la moda vienesa; pero ellas, confeccionadas sin la precisa orientación, no pudieron colocarse a la altura de la producción austriaca. Esta opereta francesa de última hora se presentaba algo así como un amasijo artístico en que los componentes no guardaban la debida proporción y no podía obtener, por consiguiente, el efec-

to causado por las obras de un Lehar. Por eso a Adolphe Brisson le fué dado decir en *Les Annales* que la opereta francesa de 1913 se asemejaba muy poco a la de 1880. Pudo agregar que tampoco se identificaba con la que, desde Viena, iba triunfando de manera clamorosa por todos los proscenios.

Para Brisson, la opereta francesa del día era menos nacional que la antigua. Se resentía del «exotismo que de todas partes nos invade, exalaba un olor de music-hall y aparecía abigarrada y absurda». No tenía de la casa, para el ilustre crítico, más que el fondo del buen humor francés, de ese alegre estado anímico, tan profundo y habitual, que ninguna fuerza extraña podría destruir.

¿Qué opereta francesa moderna sería justo citar? Acaso ninguna. Tal vez la que ha logrado los honores de salir al extranjero ha sido *Champagne-Club* de Robert de Flers, el festivo revistero.

La opereta desarrolla sus escenas en un ambiente de opulencia refinada, circunstancia que presta a la obra una visualidad esplendorosa, tan agradable como sostenida.

De Flers sitúa la acción de su opereta en recintos de riqueza pictórica y hace que pasen por ellos los eternos vividores del salón y del casino, los noctámbulos aristocráticos y las mujeres del gran mundo.

Champagne-Club es así una opereta movida y hermosa, llena de situaciones imprevistas y regocijadas, situaciones que René Jeannin ha sabido comentar con una música juguetona y chispeante.

Fuera de ella podría ser citada *Phi-Phi* obra de Christine, que pasa en París por el más eminente compositor de couplets. Esta obra, carece de coros y tiene un solo decorado; pero ha llenado varios teatros parisienses durante miles de noche, merced a su pornografía.

Ultimamente, en Diciembre de 1920, la opereta ha sido arreglada para la Zarzuela de Madrid y en este coliseo, ha sido su estreno un triunfo de larga resonancia. Restada la pornografía por sus arregladores, esta opereta ha sido todo un éxito para la Compañía hispano-mexicana de Esperanza Iris.

A pesar todos los obstáculos, la producción austriaca pudo triunfar y mantenerse. Conquistadas las simpatías del público, su expansión fué fácil y no sólo fácil: rápida. El género resurgió y al dejar constancia de ello, reconoce Adolphe Brisson que él ha evolucionado y que se presenta con atractivos nuevos al palenque del proscenio.

Si los dioses, decía, han decretado que la opereta reviva, es en esta hora cuando debe levantarse su renovador. Pero este renovador no apareció. También es cierto que la guerra vino al año siguiente a desviar hacia sendas de angustia y de muerte la marcha magnífica que seguía la República.

GUILLERMO MUÑOZ MEDINA.

EL PERRO

No temas, mi señor: estoy alerta
mientras tú de la tierra te desligas
y con el sueño tu dolor mitigas,
dejando el alma a la esperanza abierta.

Vendrá la aurora y te diré: despierta:
huyeron ya las sombras enemigas,
soy compañero fiel en tus fatigas
y celoso guardián junto a tu puerta.

Te avisaré del rondador nocturno,
del amigo traidor, del lobo fiero
que siempre anhelan encontrarte inerme.

Y si llega con paso taciturno
la muerte, con mi aullido lastimero
también te avisaré... ¡Descansa y duerme!

M. J. OTHON.

¿INTENTO LORD COCHRANE RESCATAR A NAPOLEON, ARREBATÁNDOLE DE LA ISLA DE SANTA ELENA CON LA ESCUADRA DE CHILE?

...Paseándose por la solitaria alameda de Concepción el antiguo patriota y fiel ministro del dictador O'Higgins, don Miguel Zañartu, llegado ya a venerable edad, y apoyado en el brazo de su hijo primogénito y de su mismo nombre, (quién, rodeado de justa estimación, aún existe) en un día de 1850, al caer la tarde junto con su vida, que pronto se extinguiera, díjole estas palabras:

—¡Lo que son las cosas del mundo! Cuantos y cuán interesantes volúmenes se han escrito y publicado sobre Santa Elena y la cautividad de Napoleón el Grande! Y sin embargo, no se conoce todavía la página más noble y más romántica de aquella isla y de su fama.

--¿Y cuál fué esa, padre? preguntóle el mancebo que todavía recuerda el lance con la viveza de una impresión profunda y duradera.

—El proyecto atrevido que Lord Cochrane propuso al gobierno del general O'Higgins, para dirigirse con la escuadra de Chile, después que barrió el Pacífico hasta del último trapo español, a la isla de Santa Elena, y allí, por astucia, o a viva fuerza, sacar a Napoleón de su cautividad y traerle a Valparaiso sano y salvo.

Y bien! Nosotros desde la primera niñez habíamos oído también el vago rumor de esa misma versión heroica comunicada por el anciano e íntimo consejero del gobierno del general O'Higgins a su hijo; y desde entonces hémosla guardado con la misma fidelidad de recuerdos que el tierno paseante de la Alameda de Concepción.

Más todavía.

Aquel intento osado y casi grandioso, aquel rapto del Prometeo moderno a quién los leopardos ingleses roían lentamente las entrañas sobre su solitaria peña; aquel viaje aventurero, y, sobre todo, aquel reto sangriento a la Inglaterra, carcelera del genio y que acababa de condenar a la vergüenza del pilori al más bravo, pero al mismo tiempo al más insubordinado e insolente de sus almirantes, era en todo propio de Lord Cochrane y de su alma.

Cochrane por su osadía valía un Bonaparte.

El admiraba a Napoleón tanto como Fox o como Sidney Smith, marino y aventurero como él.

El aborrecía desde el fondo de su alma, no ciertamente a su patria, sino al gobierno implacable que le había perseguido, acusado, destituido, deshonrado, y por último, obligado a venir como náufrago a las playas de Chile.

Su venganza hasta esa altura era, por lo tanto, legítima y bien elegida.

Por otra parte, Lord Cochrane, como en muchos hombres de genio, había algo de infantil y atolondrado que se prestaba maravillosamente a sus grandes y felices empresas.

Casi siempre agolpábanse las más atrevidas concepciones a su mente como de asalto, y de asalto las realizaba.

Explicanse así sus dos más grandes hazañas en el Pacífico: —la captura de la *Esmeralda* y la toma de Valdivia.

Referíanos a este respecto hace 23 años el general Miller, que el pensamiento de ir a atacar con un solo buque, que amenazaba cada hora irse a pique, las fortalezas que en aquel tiempo se juzgaban más formidables en el litoral occidental de la América Española, le vino de súbito, frente a Valparaíso, cuando en Enero de 1820 regresaba desazonado y violento por su segundo fracaso delante del Callao.

Miller era su capitán de desembarco y el hombre de toda su confianza a bordo. Y en cierto momento, cuando la *O'Higgins* se hallaba a la altura de Valparaíso y se preparaba a virar de bordo para entrar al puerto con sus banderas enlutadas por el fracaso, llámole a su cámara el almirante y trabóse entre ellos el siguiente diálogo que repetimos tal cual conservábalo fielmente la memoria del anciano capitán inglés:

—¿Qué diría Ud., capitán Miller, si en vez de entrar desairados a Valparaíso fuésemos a tomarnos a Valdivia?

—Diría, milord, que los chilenos creerían que Ud. se había vuelto loco, contestóle el sesudo subalterno.

—¿Por qué?

—Porque los castillos de Valdivia están defendidos por mil veteranos españoles y trescientos o cuatrocientos cañones.

—Y bien. Por lo mismo debemos ir a atacarlos. La guarnición, confiando en su propia fuerza, está descuidada, y llegando de repente sobre ellos, los tomamos. Si fueran pocos, no iría ni valdría la pena de ir.

—Entonces, haremos lo que su señoría mande.

Y así se hizo, en efecto, con admirable resultado, tomándose un castillo en pos de otro en la memorable jornada del 4 de Febrero de 1820.

Con igual resolución a aquella, propuso algo más tarde el arrojado lord de Escocia al Director O'Higgins destronar a San Martín y proclamarle emperador del Perú.

Y de la misma violenta manera quiso echarse sobre su odiado émulo cuando éste, vencido por su propia apatía, regresaba a Valparaíso, camino del ostracismo y de Europa. (1)

Por otra parte ¡qué tentación para aquella alma de fuego doblemente apasionada del resplandor del oro y de la gloria! Qué tremenda impresión no causaría aquella liberación por nadie esperada en todo el mundo! Cuál temblaría la Europa delante de aquel solo anuncio!—«Napoleón otra vez libre!» Y si redoblando su hazaña en los mares y en continentes, lograrse arrojarlo vivo, en hombros de los chilenos captores de la *Esmeralda*

(1) Parece aún que lord Cochrane intentó aprisionar a San Martín dentro de la bahía de Valparaíso, (como había pretendido libertar a Napoleón en Santa Elena), según consta del siguiente párrafo de carta escrita el 26 de Octubre de 1822 (al día siguiente de la llegada del ex-Protector del Perú) por el general Zenteno, gobernador a la sazón de Valparaíso, al director O'Higgins.

El párrafo es gráfico sobre el carácter, índole y disposición de ánimo de lord Cochrane, y dice así:

«Desde el principio se hallaba fondeado el bergantín *Galvarino* cerca del castillo de San Antonio, y yo no había querido darle ningún grano de pólvora, bajo varios pretextos, porque tenía desconfianza de este buque: en esto llega el *Belgrano* con el general San Martín y fondea por la Cruz

en el suelo calcinado de su patria, ¡cómo habrían resucido raudas las águilas de Austerlitz y rugido de rabia los leones de Waterloo!

Y bien. Un hombre que pensaba de esa suerte que había emprendido todo aquello, y en el cual la temeridad y la avaricia (cosa extraña!), fueron los dos rasgos saliente de su existencia; ¿pudo o no pensar en ir a romper bajo la estrella de Chile los hierros del cautivo de Santa Elena?—Y en su arrogancia desbordada ¿llegó a proponerlo al cuerdo y sensato gobierno de este entonces apartado y pobre suelo?

Indudablemente que lo pudo, y casi debe tomarse como cosa cierta que lo intentara desde que dignatarios tan íntimamente ligados con los sucesos y los misterios de aquella época, lo recordaban en su vejez como una tradición viva.

Agregaba sobre este preciso particular el más querido confidente del dictador O'Higgins, que el gobierno había tomado en «seria consideración» la atrevida y casi insensata pero a todas luces heroica y verdaderamente homérica proposición del osado británico.

Mas esa consideración seria no pudo tener otro resultado que el rechazo inminente de semejante heroica locura, sin causar con ello agravio al susceptible y no poco atrabiliario lord escocés.

Chile miraba entonces a Inglaterra como su verdadero *palladium* contra España, y por motivo alguno se habría prestado a ofenderla. Todo lo contrario. Consta de la historia, aunque el hecho no se ha publicado todavía, que el día en que de repente se apareció lord Cochrane con su mujer, su cama y su glo-

de Reyes, cuando en la media noche del día de su entrada se mueve de su fondeadero el *Galvarino* sin conocimiento mío y amanece sobre la popa del *Belgrano*, habiendo en esa noche recibido a su bordo nueve quintales de pólvora que le hizo pasar Cochrane.....

«Nuestro Cochrane en muchas de sus cosas no pasa de la esfera de niño atolondrado. Eran las oraciones cuando se marchó de aquí el general San Martín, yo traté de cortejarlo reuniendo una buena cantidad de oficiales y vecinos, con que salí acompañándolo hasta el pié del Alto: pues al enfrentar nosotros a la casa de Hoscason, se oyeron grandes aclamaciones de *viva el emperador!* Yo ni San Martín las oímos, pero sí todos los que venían atrás, quienes conocieron a Cochrane que las daba medio embozado, junto con tres o cuatro más. ¿Qué dice Ud. de esta miseria?».

ria en la rada de Valparaíso, a bordo de la *Rosa*, buque de comercio, y contratado sin aviso previo por Alvarez Condarço, hubo en Santiago una grave reunión secreta en el palacio del Director, para resolver si se aceptaría la espada de semejante auxiliar, o si en obsequio de la amistad con el gobierno inglés, se llegaría hasta desairarlo con una triste repulsa. Consta este hecho curiosísimo, y tan poco conocido como el del rescate de Santa Elena, de una carta del general Zenteno o del ministro Zañartu al director O'Higgins, recordando a éste tan grave incidente a propósito de las turbulentas y acres disidencias que el almirante tuvo después con San Martín en el Perú, cuya carta existe inédita en nuestros papeles, sin que tengamos ahora los medios de verificarla.

Esto había sucedido respecto de lord Cochrane en Noviembre de 1818; y he aquí lo que, como confirmación, Irisarri, ministro de Chile en Londres, escribía a O'Higgins desde esa ciudad el 1.º de Enero de 1820, con motivo de ciertas frases irónicas de una arenga de lord Cochrane en que hacía alusión al odio que le traía proscrito—«La enemistad personal de estos ministros con nuestro almirante debe no hacernos mucho provecho, principalmente cuando se le juzga con el mayor influjo entre nosotros».

Copiaba en seguida el ministro, de la *Gaceta* ministerial de Chile, número 99, las palabras alusivas del lord, y agregaba—... «Estas indirectas del padre Cobos, no se escapan, no, a la agudeza de estas gentes».

Es cosa digna de notar, por incidencia, que a tan eminente gramático y filólogo como Irisarri se le escapase en su carta escribir el nombre del padre Cobos con la siguiente ortografía:—*Padre covos*.

Y más extraño que esto es todavía que para agradar al inglés, el célebre guatemalteco propusiera paladinamente al Director de Chile cederle, sin remuneración alguna, la Isla de Juan Fernández o Valdivia...

Resulta, entretanto, de todo lo dicho que si la idea extraña, romántica, y por lo mismo anti-chilena, del lord que vino al mundo entre las nieblas de Escocia y pobló los océanos con su

fama, llegó a tomar una fama tangible, fué sólo para recibir de las buenas gentes de aquel tiempo un perentorio—*No ha lugar*.

De lo cual, sin duda, vino que, muerto Napoleón en Santa Elena el 5 de Mayo de 1821, Lord Cochrane la emprendió con el rescate del Brasil y de la Grecia, cuya libertad anunciaba al Director de Chile en carta autógrafa que de él tenemos a la vista con fecha de Marsella, Noviembre 4 de 1826.

Lord Cochrane no rescató así al cautivo de Santa Elena; pero contribuyó a dar libertad al Perú, a Chile, al Brasil y a la Grecia, y esto, sin el atractivo de lo extraño, lo osado y lo romanesco, asentó su verdadera gloria bajo bases más durables en el reino de la inmortalidad.

(1883).

B. VICUÑA MACKENNA.

PSICOLOGIA DEL CONQUISTADOR ESPAÑOL DEL SIGLO XVI

(Conclusión)

HEROISMO DE LOS CONQUISTADORES.—La sed de oro, su propia impulsividad, la ambición de imperio, la necesidad psicológica de dominar en aquellos que nacieron dominadores, y la emulación de igualar, cuando no superar, las empresas heroicas y las fortunas de otros guerreros, convierten a los primeros conquistadores en héroes legendarios. Y no debe admirarse menos la virtud heroica en sí, porque no la ennoblezcan preocupaciones morales o la excelsitud de un ideal.

Cierto día, por ejemplo, arriba corto número de aventureros blancos a la laguna de Tamalameque, en Tierra-Firme. Los indios, conocedores ya del arcabuz y la crueldad europeos, huyen a una isla, recogiendo las canoas, las curiaras, las piraguas. Se creen en salvo y lo parecen. Pero no cuentan con la bravura de la codicia. Los conquistadores han visto relucir el oro en las «chagualas» y «orejeñas» de los indios; se lanzan a lo profundo del lago, lo atraviesan a lomo de animal, como sobre cómodos navíos, y cometen una carnicería de marca mayor. Otras veces la crueldad no resulta heroica sino cobarde, como el asesinato premeditado y alevoso de tres mil cholultecas, cometido por Cortés en Cholula, encerrando previamente a sus víctimas en los patios de los cuarteles, o cazándolos, inermes, en las calles, en los aposentos domésticos; y erigiendo, además, para completar el exterminio, hogueras inquisitoriales.

El heroísmo que despliega el conquistador español del siglo XVI en América, aunque obscurecido a menudo por la crueldad, no encuentra fácil parangón. Los ingleses, raza más práctica y menos idealista que la española, van al Nuevo Mundo, pero no lo descubren. Sólo colonizan las costas. Cuando avanzan, al interior del continente norteamericano, es poco a poco, sobre seguro. Los españoles irrumpen América adentro y encuentran y subyugan sin preparación y en una continua realización de imposibles, imperios y razas exóticos. Mucho antes

de haberse internado los ingleses en las soledades de Norte América, ya hubo españoles que, en parte, las recorrieran.

Hablar de heroísmo y de Conquistador parece redundancia. Aducir ejemplos, sería citar la vida de todos y cada uno de ellos. Escójase cualquiera de los documentos de probanza de méritos y servicios que cualquiera de los más oscuros conquistadores, en cualquiera de las más oscuras comarcas de América, eleva al Rey para suplicar gracias y mercedes: se advertirá como fluye de aquellas hojas mal redactadas por torpes escribanos coloniales, una fuente inextinguible de virtudes heroicas. Y se advertirá también que aquellas virtudes heroicas de toda una generación que pasa a América ha sido puesta en juego a cada día, a cada noche, durante una vida entera (1).

El Estado se aprovechará con el tiempo de la obra heroica y espontánea de poderosas individualidades sueltas que han obrado por sí y ante sí. Porque una de las características de la conquista es que los conquistadores actúan, por lo general, espontáneamente, sin comisión del Estado español, o con vagas autorizaciones, concedidas en Europa en la más cabal ignorancia de lo que se concede. Más tarde, por permiso de algún Virrey o alguna Audiencia, para recompensar servicios.

El caso de la conquista del Perú es, como todo lo atañedero a este imperio incáico, después virreinato español, interesantísimo. En vista de la hostilidad del gobernador de Panamá contra la expedición al Perú, Pizarro se dirige a Madrid a obtener recursos y facilidades para acometer la empresa en asocio de Diego de Almagro y del clérigo Fernando de Luque. Lo atendieron pronto. No perdió más que un año antes de que la Corona lo desechase. La reina gobernadora, en ausencia de su marido el rey, recibe a Pizarro y pacta con él la conquista del reino fabuloso del Perú. Pizarro, más que soldado regular es un aventurero, un jefe de bandas, para no decir de bandidos. La soberana lo oye con agrado: hace y recibe promesas. Pizarro promete tierras y oro a los monarcas; la reina ofrece títulos de adelantado, gobernador de fortaleza y obispo a los tres socios de la empresa: Pizarro, Almagro y Luque. Tropas regulares no le da. Le permite hacer pregones, preconizando las riquezas del Perú, para enganchar algunos mozos codiciosos. También le ofrece veinticinco yeguas y veinticinco caballos, si se pueden conseguir en Jamaica, de los que allí posee la Coro-

(1) Para comprender estas vidas dinámicas y heroicas no será necesario leer la crónica de Francisco Jerez secretario de Pizarro, ni la de Bernál Díaz del Castillo, capitán de Cortés. Baste para formarse idea, algo mucho más modesto. Véase por ejemplo, la representación del capitán Alonso Díaz Caballero a Felipe II en la obra «Probanzas de mérito y servicios de los conquistadores del Tucumán», I, pág. 428 y siguientes.

na. También ofrece trescientos mil maravedises, que se debían abonar en Castilla del Oro, con dinero de aquellas tierras, para artillería y municiones, y doscientos ducados para los gastos de transporte de la artillería.

Aunque las cifras parecen altas, la cantidad es irrisoria: el maravedí español, como el rey lusitano, es una moneda de valor infinitamente microscópico. Pero ni esos fantásticos dineritos salían de las tesorerías españolas.

La Corona no entregaba oficialmente ni un soldado español ni un maravedí del erario de la España europea para aquella empresa que iba a realizarse en nombre y para beneficio de España. Con razón ha dicho un mordaz escritor de México que la Corona española, para la conquista del Perú, sólo contribuyó en definitiva con la Bula de Alejandro VI que le concedía potestad sobre tierras americanas. Pizarro, Almagro y Luque ya tenían gastados treinta mil pesos de su peculio en anteriores incursiones armadas a las costas del Perú.

Porque el conquistador, a menudo, no sólo expone su pellejo, sino el dinero que ha conseguido cuando se lanza en nuevas empresas, descubrimientos o conquistas. Juega con su dinero y con su vida a una especie de lotería. ¿Ganará? ¿Perderá? Los subyugadores de pingües territorios son los gananciosos de premios mayores; otros alcanzan pequeños premios; otros, pierden.

Un conquistador, el capitán Nicolás de Heredia, que guerreó en Tierra-Firme, Perú, Río de la Plata, es decir en toda la América del Sur, salió a la postre perdidoso. Participó por su cuenta en la «entrada», como entonces se decía, al Río de la Plata, con Diego de Rojas y Felipe Gutiérrez, entre los años 1542 y 1546. La «entrada» fué infructuosa. En ella gastó treinta mil pesos de su propio peculio para organizar la expedición conquistadora y en sostener hombres de armas. Algún tiempo después, cuando la insurrección de los Pizarro, moría a manos del tremendo Francisco de Carbajal, contraamaestre de Gonzalo. Después de matarlo, Carbajal lo robó. Los hijos quedaron en la inopia.

En la petición de mercedes que presentó en la Audiencia de Lima, el 23 de Diciembre de 1558, Joan Belasco de Heredia, hermano del capitán, en nombre propio y en nombre de los hijos de éste, se ruega abrir una información respecto a servicios, desembolsos e infortunio del capitán (1).

(1) El documento dice al pie de la letra. «Iten si saben que el dicho Capitan Niculas de heredia sirbio ynportantemente a su magestad en la entrada del rrio de la plata que hizo juntamente con los capitanes diego de rojas e felipe gutierrez en la cual jornada gasto en servicio de

A veces obra el conquistador contra las autoridades del Estado, o de sus representantes en América. Contra la voluntad de autoridades establecidas, realiza Cortés la conquista de México. Contra la voluntad de Pizarro; Belalcázar se dispara sobre los Andes de Quito. Sin autorización de Gonzalo, descubre Orellana el Amazonas.

En España se conocen muchas de las conquistas y a muchos de los conquistadores cuando aquellos audaces gerifaltes dan cuenta de sus proezas y exigen que se les reconozca o legalice la conquista y se preste sanción oficial al gobierno de facto que ejercen. Cortés va a España a que le reconozcan y lo den a reconocer por descubridor y señor de vastos territorios. Con el mismo objeto van a la Corte o envían comisionados Pizarro, Valdivia, Alvarado y otros.

Los envíos de grandes cantidades en oro a la corona tienen por principal objeto congraciarse con ella. Todos son fieles en el cumplimiento de mandar el quinto de los tesoros de que se apoderan a la corona de España. Y la corona gradúa la grandeza del conquistador según el oro que manda. Y según el oro que manda, concede gracias. Al oro de Atahualpa, a las minas del Perú, debe Pizarro, más bien que a su heroísmo y a sus servicios, el título de Marqués. Suele encontrarse en las cuentas de los conquistadores partidas que son casi cohechos. Así por ejemplo, «seis onzas de pedrería que se compraron para la reina»; o bien: «tres talegonos de perlas enviados a S. A».

El Estado, a la postre, se apodera y beneficia exclusivamente de la obra espontánea e individual de los conquistadores.

DINAMISMO DEL CONQUISTADOR.—Aquellos hombres, en presencia de lo maravilloso asequible sienten un dinamismo, una impetuosidad, una sed de aventuras, que los hace renunciar a lo seguro por lo desconocido y aleatorio. Así, por ejemplo, Cortés desdeña su gobierno de Barahona, en Cuba, y se lanza a la conquista de México. Pizarro envía para que se encargue del gobierno de Piura a Belalcázar, su lugarteniente. ¿Acepta Belalcázar de su poderoso protector aquella relativa sinecura? No. Sueña en rivalizarlo y, en cierto modo, lo rivaliza: se lanza a los Andes de Quito, y conquista reinos y funda ciudades. Los gobernadores de Tucumán, en Argentina, como los gobernadores de Coro, en Venezuela, como otros gobernadores en otras regiones, organizan jornadas, luchan contra los indios, fundan nuevos pueblos lejos de sitios seguros, y crean defensas a la vez que centros de pelea. No permanecen en su capital.

« su magestad mas de treynta mill pesos y de la dicha jornada salio des-
« baratado y destruydo porque hizo a su costa la dicha entrada y pago
« la gente de guerra dello». Probanzas, I. pág. 146.

En el dinamismo de aquellos hombres hay algo que corresponde a la época, como lo testimonian la empresa misma de Colón y otros navegantes no españoles; el encontrar Colón aventureros que lo acompañasen en su empresa, y el ser la América explorada en mucha parte y colonizada por portugueses, ingleses, holandeses, dinamarqueses y franceses. Pero el dinamismo en los conquistadores españoles de América fué máximo, fué único; fué, además, esencial para descubrir y someter la mayor porción de Continente, desde California hasta Tierra de Fuego, en tan corto espacio de tiempo: menos de cincuenta años.

A esa inquietud activa se deben los grandes descubrimientos y los grandes viajes de entonces: desde los viajes y descubrimientos de Colón y del magnífico energético Magallanes, hasta el viaje complementario de Juan Sebastián de Elcano, cuya paciente y audaz odisea de circunvalación probó prácticamente la esfericidad de la Tierra. La necesidad de vuelo, el espíritu de mudanza, el gozo de inquietud en aquellas almas lo manifiestan las palabras de Ponce de León en La Florida: *Gracias te sean dadas, Señor, que me permites contemplar algo nuevo.*

Algunos de esos viajes en el Nuevo Mundo representan, aún sin necesidad de derrocar imperios aborígenes, ni pugnar con tribus errantes, ni chocar con otros europeos, el máximo de energía física y moral a que puede llegar el hombre.

Desde luego no olvidemos que aquellos hombres en esos viajes se aventuraban a lo desconocido. Aunque no los embargase ni ennobleciese la emoción científica que a Colón, eran en cierto modo, pequeños Colonos de tierra y pequeños Colonos fluviales, lacustres, marítimos, oceánicos.

Los descubridores podían ser unos y los conquistadores podían ser otros. Pero a menudo se alían en un solo individuo, a esta curiosidad del descubrimiento, la decisión del guerrero que parte dispuesto a combatir, no a un enemigo, sino contra el obstáculo que se presente y en la magnitud y forma que asuma. El obstáculo puede ser vivo, inerte o incorpóreo: puede ser un ejército, una cordillera, una peste, una plaga, el mar.

Hombres, clima, tierra, frutos, fieras, insectos, enfermedades: todo allí resulta desconocido y casi todo hostil. Hasta para comer una fruta, la más rica y beneficiante, precisa cierto ímpetu audaz. ¿Conocían, por ventura, su nombre, su forma, su sabor, su acción?

Para subsistir tuvieron los españoles a veces que comer hasta carne humana. Así, en la historia de Venezuela, por ejemplo, los casos de canibalismo que se conocen con precisión fueron

practicados por españoles de la conquista, según el testimonio de ellos mismos.

Después de una matachina de indios en las cercanías de Maracaibo y Santa Marta; después de apoderarse de una cantidad de oro, algunos aventureros españoles y alemanes que se dirigen a Coro, a las órdenes del capitán Gascuña, se extravían en la selva. Concluidos los víveres, el hambre apretó. Ya sin fuerzas, se despojaron de su inútil oro, lo enterraron. Víctimas del hambre y de la selva, no tardan en matar a los indios y comerse los. El caso es conocido, verídico. Varios cronistas dan fe de ello; y hasta se conoció la referencia de un soldado actor de la canibalesca escena.

Oigase cómo expone lo ocurrido un religioso, historiador y contemporáneo de aquellos hechos y de aquellos hombres:

«Gascuña y su gente enterraron estos sesenta mil pesos al pie de una ceiba, árbol muy grande y señalado de aquella comarca, y casi dejando sus corazones soterrados con aquel metal, comenzaron a caminar por aquellas montañas a ver si podían hallar algún género de comida de cualquier suerte que fuese; y viendo que no le hallaban y que las naturales fuerzas casi del todo les iban faltando, comenzaron a matar a algunos indios e indias de los que consigo llevaban para comer de ellos. Comían de aquellas carnes humanas tan sin asco ni pavor como si se hubieran criado en ello y para ello» (1).

Muchos días se estuvieron alimentando de carne humana. A los indios se los iban comiendo, «cada día el suyo», dice otro contemporáneo, Fray Pedro Simón (2).

Se dividieron los hombres blancos, temerosos de comerse unos a otros. Cuatro españoles siguieron con Gascuña, al través de las selvas ignoradas en busca de Coro, en la costa atlántica. Vieron estos cuatro soldados de Gascuña, desde la ribera de un río, a algunos indios que navegaban. Los llamaron, les pidieron que comer. Los indios trajeron abundancia de maíz, legumbres, etc., a los cinco soldados. El recuerdo del hambre pasada y el temor del hambre futura fueron tan poderosos que correspondieron a la liberalidad de los indios apresando a uno y matándolo; luego lo asaron en barbacoas. es decir, en puyas

(1) FRAY PEDRO DE AGUADO. *Historia de Venezuela*, tomo I, cap. VIII. pág. 66, edición oficial venezolana.—Caracas, 1915—del manuscrito que conservan los archivos de la Real Academia de la Historia, en Madrid. Fray Pedro de Aguado escribió su obra en 1581.

(2) Fray Pedro Simón, de acuerdo en este punto con Fray Pedro de Aguado, cuya obra casi seguramente no conoció porque ha permanecido inédita hasta ahora, publicó sus famosas e interesantes *Noticias históricas de la Conquista de Tierra-Firme*, en Madrid, en 1627.

de palo al rescoldo de un fuego vivo. Comieron una parte y conservaron lo restante para días ulteriores.

Los cronistas de la época, testigos y actores algunos de ellos, de la epopeya fragmentaria de la conquista, traen a menudo detalles interesantísimos que prueban como en algunas ocasiones, en ésta por ejemplo, el conquistador tuvo necesidad de convertirse y se convirtió, no sólo en antropófago, sino en «más que bruto y carnicero animal», según la enérgica pasión de Fray Pedro de Aguado.

Se iban habituando aquellos hombres con hambre a comer carne humana, y ya no hacían asco a lo más asqueroso.

«...Estando haciendo puestas o pedazos el cuerpo muerto del indio para dar a cada uno su parte—dice el mismo cronista—le quitaron el miembro genital, como cosa más inmunda y echáronlo a mal, lo cual, como viese Francisco Martín, arremetió a él, y alzándolo del suelo, sin esperar a ponerlo en el fuego, se lo comió así crudo, como se había quitado del cuerpo; que fué cosa, por cierto no de hombre, sino de más que bruto y carnicero animal. No cuento la diligencia que todos ponían en que no se perdiese cosa ninguna de lo que en un cuerpo humano hay. La sangre no era menester llegarla al fuego, porque en abriendo el muerto con las manos la sacaban y se la bebían y, aun como suele decirse, se quedaban lambiendo las manos» (1).

Otros viajes de conquistadores por el corazón de América, entonces virgen para los europeos, fueron, si menos canibalescos, dramáticos en sumo grado, y hubieron menester de virtudes enérgicas. Así la expedición de Gonzalo Pizarro en 1539 al país de la canela, y el viaje del extremeño Francisco de Orellana desde el Perú, Amazonas abajo y Atlántico arriba, hasta las islas venezolanas de Cubagua y Margarita. Había descubierto y navegado el río mayor del mundo. Luchando contra la naturaleza y con los indios, en completa carencia de elementos, realizó Orellana, con un puñado de audaces compañeros, el prodigio pintoresco de su odisea.

Recorrido semejante, aún mas dramático y más teñido en sangre, cumplió en 1560 uno de los más vigorosos y másculos rebeldes de aquel tiempo: el neurótico Lope de Aguirre, apellidado como otros insurgentes de entonces, Tirano. Lope de Aguirre se precipitó en son de guerra contra Felipe II y sus representantes en América desde el Perú hasta Venezuela, Des-

(1) Obra citada, tomo I, cap. IX. pág. 69. «Era tanta la hambre rabiosa de un soldado llamado Francisco Martín—refiere por su parte Fray Pedro Simón—que como perro arremetió y lo cogió y se lo engulló crudo (el miembro genital).» *Noticia segunda*.

cendió, como Orellana, el Amazonas, cometiendo tropelías, al frente de sus rebeldes, nombrados marañones. Por Amazonas entró en Río Negro uno de los afluentes del corriente mar de agua dulce, y por Río Negro remontó el Caño Casiquiare, que pone en comunicación fluvial a Río Negro con Orinoco. De Orinoco salió al Atlántico, atravesando la costa norte de Tierra Firme, y se internó en el occidente de Venezuela buscando el camino de Nueva Granada. Había descubierto la comunicación fluvial de media América al través de grandes ríos: el Orinoco, el Río Negro y el Amazonas.

Hubo cientos de estas expediciones audaces e interesantes, ya de descubrimiento, ya de guerra, ya de guerra y descubrimiento a un tiempo. La expedición de Almagro, por ejemplo, desde Perú hasta Chile, trasponiendo la Cordillera nevada, y su vuelta al Perú atravesando el desierto de Atacama, la de Pedro de Alvarado, desde Guatemala al Ecuador; la de Alejo García al país de los Charcas; la de Diego Pacheco, desde Chile a Paraguay. Un hombre solo y extraviado en los desiertos de la América norteña, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, anduvo diez mil millas. Pues, bien, esa proeza fué eclipsada por un oscuro soldado, Andrés Ocampo, que anduvo veinte mil, durante nueve años de aventuras y penalidades.

Las expediciones de los descubridores y conquistadores de Venezuela, ya españoles, ya alemanes, cuentan entre las más pintorescas, hazañosas, luengas y difíciles. Ambrosio Alfinger, en 1529, expedicionó durante ocho meses hacia el lago Coquivacoa, hoy Maracaibo; Nicolás Fredermann sale por primera vez de Coro hacia el centro de Venezuela, en Septiembre de 1530 y regresa a las costas en Marzo de 1531. Por segunda vez sale Fredermann de la costa venezolana, atraviesa los Andes y arriba a la altiplanicie de Bogotá. El gobernador Hoermuth y Felipe de Hutten, ambos alemanes, salen de Coro en Mayo de 1535 con 361 infantes y 80 caballos. Van a descubrir el Dorado. Al cabo de tres años de correrías regresan: quedaban sólo 86 hombres de infantería y 24 jinetes.

A buscar de nuevo el mitológico Dorado parte de nuevo Hutten con Pedro de Limpias, Sebastián de Amescua, Martín de Arteaga y uno de los Welser. A los cuatro años y medio de aventuras perecen aquellos caudillos a manos del español Juan de Carvajal, usurpador del Gobierno de Coro.

La mayor parte de estas expediciones no fueron inútiles. Las exclusivamente guerreras, como la de Olid, desde Mexico a Honduras, dieron su resultado inmediato. Otras de descubrimiento de países o reconocimiento de costas, como la expedición marítima de Grijalba al litoral de México, y las de Alonso

de Ojeda y Diego de Ordaz por el de Tierra-Firme, también lo dieron. Cuando menos, servían de información o preparación para futuras empresas definitivas.

Casi todas demostraron, además de la inquietud heroica para llevarlas a término, algún resultado práctico, en mayor o menor grado, para la geografía, la política, la agricultura, la minería, el comercio.

Belalcázar, Quesada, Fredermann, realizan el más épico encuentro en las altiplanicies de Bogotá, en el país de los Muiscais. Los atrae el Dorado. Buscaban oro, perlas, esclavos. Encontraron la continuidad del continente. Fredermann había salido de Coro; Quesada, de Santa Marta; Belalcázar, de Quito, viniendo del Perú. Desde la costa atlántica de Venezuela y de Colombia hasta el Perú, hasta Chile, continuación geográfica del Perú, existía, pues, un territorio sin solución de continuidad.

CONCIENCIA DEL PROPIO VALER.—DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD.—La conciencia del propio valer llega en el conquistador a desarrollarse en el máximo. Su personalidad no reconoce trabas en leyes divinas ni humanas. Católico sincero, no le embaraza la ley divina ni la pleitesía debida a la Iglesia cuando se oponga a su interés o a sus pasiones, o las interpreta de un modo *sui generis* cuando lo embarazan. Lo que hacían Carlos V y Felipe II en Europa, sin dejar de ser católicos, con los Papas, lo repiten en pequeño, sin dejar de ser católicos, o están prestos a repetirlo, muchos conquistadores. Lope de Aguirre, por ejemplo, perseguía sistemáticamente a los curas. Lo común es que la espada se apoye en la cruz. Ambas realizan fraternalmente la dominación.

Aunque fervoroso realista, desobedece el conquistador al Rey cuando así le peta o le conviene: «la ley se acata, pero no se cumple», dice con arrogancia Belalcázar, héroe del país de los Chibchas. Algunos llegan hasta alzarse en armas abiertamente contra la Sacra Real majestad, como Gonzalo Pizarro o el tremendo vizcaíno Lope de Aguirre. La carta que envió en son de desafío Lope de Aguirre a Felipe II es uno de los documentos más osados del siglo XVI español.

Y no sólo choca la personalidad del conquistador con la Naturaleza que lo limita y con el aborigen que la combate, sino también, y muy a menudo, contra el compañero peninsular que, por la mera circunstancia de existir, aun en la vasta América, la cohibe.

Las peleas de los conquistadores entre sí son muy sabidas. Se inician con el desconocimiento de Colón, en Santo Domingo, por sus propios tenientes y favorecidos. Se diría que el in-

menso continente desierto no resulta bastante grande para unas cuantas docenas de ambiciosos que lo pueblan. Les venía estrecho a los conquistadores para su inquietud, su heroísmo y su ambición aquel ancho mundo. Carlos V, por ejemplo, concede a Pizarro 270 leguas de tierra al sur de Santiago (1° 20" latitud Norte) y a Almagro otras 200 leguas de tierra, a contar desde el extremo sur de la concesión de Pizarro. Les parece poco. Por la posesión de una ciudad ensangrientan en lucha fratricida la tierra de sus conquistas. González Dávila y Hernández de Córdoba pelean en Honduras. En la misma Honduras y por su posesión pelean Dávila y Cristóbal de Olid. En Panamá chocan Pedrarias y Balboa. Las luchas del Perú son clásicas. ¿Dónde no cruzaron el arma los españoles, unos contra otros? El desarrollo de cada personalidad es monstruoso y choca con el de esas monstruosas personalidades. América fué desde entonces el continente de la anarquía.

A aquellos hombres les pesa la sujeción de toda dependencia o disciplina. A Cortés lo dispone Velázquez para conquistar a México: Cortés, sin escrúpulo alguno, se emancipa de Velázquez y lo desconoce. Cortés, a su turno, envía a Cristóbal de Olid, su teniente, a descubrir tierras de Centro-América: Olid desconoce a Cortés y obra por cuenta propia. Pedrarias Dávila envía a Hernández de Córdoba hacia las tierras de Nicaragua: Hernández de Córdoba trata de abandonar a su jefe y es víctima de la felonía y de las iras de Pedrarias. Así otros.

La guerra, sea contra los indios, sea de unos conquistadores con otros, es para ellos un sport, un placer. «Las guerras —dice Lope de Aguirre en su cartel de desafío a Felipe II— para los hombres se hicieron». Carbajal, el demonio de los Andes, goza en guerrear. Valdivia, en cuanto sabe que facciones ferales dividen el Perú, deja el gobierno de Chile y va a tomar parte en las querellas sangrientas del reino vecino. García de Paredes vuelve de España en 1563 con el cargo de gobernador de Popayán. Arribado a la costa de Venezuela, que nada tenía que ver con su gobernación, halla medios de chocar con los indios, y allí pierde la vida.

Aunque por extremo individualistas los conquistadores realizan obra social. Echan, sin proponérselo, las bases de un imperio.

CRUELDAD.—Como iban pocas mujeres de España, máxime con los primeros conquistadores, el amor de la mujer falta en la epopeya (1). La dulzura de este sentimiento es nota ausente

(1) Las *Leyes de Indias* (Libro IX, Título XXVI, Leyes XVII-XXIV y otras) prohibían la emigración de españolas solteras a América. Los fran-

en aquellas aventuras y entre aquellos aventureros. Otras pasiones substituyen al amor. La sensualidad satisfecha con indias da origen a la raza mestiza,

La crueldad culmina. La crueldad no se encuentra allí templada por una vida social estable, ni por la presencia de la mujer y la dulzura que infiltran en el carácter más bronco la vida del hogar y las relaciones de sociedad.

La codicia exasperada es, por otra parte, aguijón de la crueldad. Satisfaciéndola, imagina el conquistador que va a echar un puente de metal precioso entre su áspero vivir presente y una futura vida de regalo, cuando pueda establecerse con tranquilidad en la pacificada colonia o regresar a Europa. Se ha criticado mucho, y con sobra de justicia, el sistema de encomiendas: no lo inventó un español, sino un italiano: Colón.

Desprecia la sangre propia y la ajena el conquistador. En lucha con razas que considera inferiores y tratando de imponer su fe religiosa y su dominación política sobre cobrizos bárbaros de mitos barbáricos, escribe el conquistador con la punta de la partesana y subraya con las patas de los caballos, los dientes del dogo y la fulguración del arcabuzazo—todas tres cosas nuevas en los campos y entre las naciones indígenas del Nuevo Mundo—la superioridad del blanco sobre el cobrizo, del cristiano sobre los ritos autóctonos, del arcabuz sobre la flecha, de Europa sobre las Indias. Instintivamente se establece al primer contacto la lucha de civilizaciones, la lucha de razas.

Respecto a crueldad, no vale la pena insistir. España, y principalmente Castilla, ha sido y es pueblo cruel con los demás y consigo misma. Tiene los defectos que corresponden, como reverso, a sus virtudes. Raza heroica por un lado, carece por el otro de sensibilidad. Es la misma en sus guerras civiles del siglo XIX que en sus guerras de conquista del siglo XVI. América quedó casi despoblada, Razas enteras desaparecieron. Existe un ejemplo que se aduce amenudo: el de la despoblación de la primera tierra conquistada en el Nuevo Mundo: la Isla Española. Las Casas calculó la población de esta isla—cómputo que se ha creído exagerado—en 3.000.000 de habitantes. (*Historia*, III, 101). Ya en 1508 la isla sólo contaba 60.000. Seis años después, en 1514, apenas alcanza a 14.000. (LÓPEZ DE VELASCO, *Geografía y Descripción*, 97). En 1548 se

ceses, por el contrario, favorecían la ida de las mujeres, máxime de mujeres alegres, a sus posesiones del Nuevo Mundo:

Van a poblar la América de amores,

decía el verso. En cuanto a los ingleses, enviaban mujeres a los Estados Unidos en calidad de cargamento y en calidad de cargamento las compraban los yanquis. En 1620, las mujeres del primer cargamento, se pagaron a 75 libras de tabaco por persona.

dudaba que quedasen 5.000. (OVIEDO, *Historia General*, I 71). Ciudades maravillosas como Cuzco quedaron destruidas. De los imperios indios no quedaron apenas vestigios. Se ha dicho, sin mucha exageración, que se sabe hoy más de los asirios, por ejemplo, que de los imperios indios de México y Perú. ¿Qué se sabe de la civilización de los muiscas, de los mayas? ¿Qué de los antiquísimos aymaraes? Tabla rasa hizo la espada española. Los fueros de la humanidad, el honor de la civilización cristiana y el recuerdo de España, comprometidos por tanto desalmado sin escrúpulos, al principio, y luego por un régimen férreo y casi irresponsable—a pesar de múltiples trabas legislativas que la España Europea imponía a la España americana—los salvaron algunos religiosos a cuyo frente es necesario colocar al ilustre protector Las Casas; algunos conquistadores como Hernando de Soto; algunos prelados como el arzobispo Toribio Alfonso Mogrovejo; algunos religiosos, más o menos anónimos, que estudiaron las lenguas aborígenes; algunos civilizadores que divulgaron artes benéficas; y, andando el tiempo, entre los administradores, algunos virreyes.

No debe exagerarse, con todo, la nota sentimental o de injusticia. Con Hermanas de la Caridad no podía realizarse la conquista de América. ¿Hubieran otras naciones europeas, en igualdad de circunstancias, obrado más benigna y humanitariamente? Cabe dudarlo. Los ingleses y sus hijos los yanquis, que tienen la preocupación de las razas inferiores en grado mayor que España, han exterminado a los Pielas Rojas, si bien es cierto que los nórdicos Pielas Rojas no existían en el mismo número que las naciones indias del sur, ni su rudimentario alcance de evolución social había logrado el esplendor de las civilizaciones incásicas, muisca y azteca.

Hubo un pueblo en Europa, Alemania, algunos de cuyos elementos contribuyeron con los españoles a descubrir y conquistar, en el siglo XVI, la parte de Sud-América conocida hoy por Venezuela. ¿Fueron los alemanes de la conquista venezolana menos crueles que los hijos de España? No lo fueron. Rivalizaron con ellos en crueldad, y aun algunos alemanes sobrepasaron en este punto, a muchos españoles. Con una diferencia en contra de los alemanes: los españoles destruían, pero fundaban; los alemanes no fundaron ni un solo pueblo en diez y siete años de dominación (1529-1546) sobre la provincia de Venezuela (1).

(1) La fecha de la capitulación por la que Carlos V concede licencia para que los hermanos Ehinger (Enrique, Ambrosio y Jorge) y Jerónimo Sayler, puedan descubrir, conquistar y poblar la costa de Venezuela, entre el cabo de la Vela y Maracapana, es de 27 de Marzo de 1528. Pero

«Los diez y ocho años que Venezuela estuvo bajo la dominación de los Velzares (Welsler)—escribe el historiador clásico de Venezuela,—causaron en su territorio una despoblación tan grande, que por doquiera se elevó contra el gobierno de aquellos extranjeros un grito general de indignación. Yermos estaban los campos; Coro convertida en mercado de esclavos; los indios que escapaban a la servidumbre, huídos en los montes. Ningún asiento de origen alemán se había hecho en parte alguna, los españoles se veían divididos entre sí y el odio contra la compañía era causa de infinitos desórdenes». (R. M. BARALT: *Resumen de la historia de Venezuela, desde el descubrimiento de su territorio hasta el año 1797*. Pág. 169, ed. de Paris, 1841).

Algunos de los caudillos alemanes como Alfinjer y como Fredermann no resultan ni menos codiciosos ni menos crueles que los españoles. Alfinjer principalmente podía competir con los peores. «A poderado de su alma un furor insensato que degeneraba en frenesí, señaló por todas partes su pasaje con el robo, el homicidio, el incendio. Debía morir quien no podía ser esclavo; debía quemarse la casa que le había servido. Detrás de él nada debía quedar ni con vida ni en pie» (1).

Nada, sin embargo, exculpa la destrucción de las Indias,

sólo en Febrero de 1529 llegaron a Coro los militares Alfinjer y Bartolomé Sayler con 780 hombres, muchos de ellos tudescos. En 1531, por otra capitulación, pasa la licencia a otros alemanes: los Welsler (Antonio y Bartolomé), banqueros de Ausburgo. En 13 de Abril de 1556 se les suspendió a los Welsler en los derechos concedidos sobre la provincia, por incumplimiento de las cláusulas de concesión. En realidad, desde 1546, época en que fueron asesinados en la ciudad de Tocuyo los alemanes Felipe de Hutten y Bartolomé Welsler, cesó la dominación de los alemanes en Venezuela.

(1) R. M. BARALT: Ob. cit., pág. 151. Este juicio de Baralt, inspirado en los cronistas conocidos de la época, confirmado por la historia inédita hasta 1915 de Fray Pedro de Aguado, contemporáneo también de aquellos tudescos, parece exacto, aunque se suponga que los cronistas españoles recargasen las tintas por tratarse de un alemán a quien, por alemán y por émulo de los conquistadores españoles, no querían. Al través de un trabajo de Nicolás Fredermann, otro de los exploradores alemanes de Venezuela, trabajo publicado en Haguenau en 1557, vertido luego al francés, y en 1837 editado por Henri Ternaux, y por último, puesto en castellano por el doctor Pedro M. Arcaya, (Caracas, 1916), se descubre la dureza férrea de los alemanes de la conquista, algunos de los cuales pagaron con la vida su crueldad. De que Alfinjer fué un hombre tan malo como los peores no cabe duda. Otros lo fueron poco menos. En 1553 ventilábase un litigio del pueblo de Coro, que se quejaba por vía judicial de los agravios y perjuicios que le habían inferido los alemanes. Si los indios jirajaras, caquetios, axaguas, cuibas y otros de otras naciones hubieran podido presentar pliegos de agravios contra los alemanes de la conquista, la lista de agravios aparecería, de seguro, cien veces mayor que la de los españoles de Coro.

desde sus emperadores hasta los últimos vestigios de su original civilización. No olvidemos, para ser justos, que en la lucha de dos civilizaciones prevalece la superior, que fué lo ocurrido en América. No olvidemos que en el mismo seno de España bregaban la espontaneidad barbárica y cruel de los conquistadores con la previsión humanitaria de los hombres de gobierno y de letras. Las *Leyes de Indias* son un monumento de filantropía y de sabiduría. Españoles las redactaron; el espíritu español las inspiró. Es verdad que casi siempre fueron letra muerta y que no impidieron la desgracia, la servidumbre, la muerte de la raza indígena, ni la destrucción de su pasado como raza histórica; pero ello ¿qué significa? Significa que, gracias a la distancia y a otras circunstancias, en que intereses y codicias no eran lo menos, la parte mala y subalterna de la nación y del espíritu españoles velcían a la parte generosa, filosófica, selecta. Algunos de los mejores entre los elementos intelectuales y entre los dirigentes exculpaban y aun apologizaban las violencias de los conquistadores. Tal es el caso del escritor Sepúlveda. Pero recordemos que su obra fué desautorizada y no se permitió que circulase.

OBSCURAS NOCIONES DEL DERECHO Y QUERELLAS ANTE LA MAJESTAD DEL REY.—Soberbios y atrabiliarios los capitanes de la conquista, tenían apenas nociones obscuras del deber y carecían de nociones del ajeno derecho. No respetaron nada en los vencidos, ni siquiera el honor, ni siquiera la desgracia. A Atahualpa, preso, pongo por caso, le arrebataron sus mujeres, que fueron repartidas entre capitanes y soldados, y soldados y capitanes se solazaban con ellas a presencia del Inca.

Tampoco respetaban muchas cosas entre sí los conquistadores. Deben hacerse, sin embargo, distingos al mencionar a los conquistadores, entre la chusma o soldadesca y los capitanes. Estos pueden alzarse, por escepción, hasta la altura moral de Hernando de Soto; los de la chusma o soldadesca pueden retrogradar hasta complacerse en la antropofagia, como aquel Francisco Martín de los cronistas y aquel Gonzalo Guerrero que en Yucatán se volvió más indio que los indios, e hizo la guerra con los indígenas contra los conquistadores. Pero la noción del derecho es turbia en todos.

El primer oro que llega a Europa no es oro de minas, ni oro de trabajo, sino oro de saqueo y despojo. Los conquistadores no tienen sombra de duda en apropiárselo, y el rey tampoco tiene empacho en aceptar su parte de botín. Repartido el oro demandado al Emperador incáico por su rescate, quedaron ricos Pizarro, sus hermanos, sus tenientes, sus clérigos y sus sol-

dados; todos sin excepción ricos. Al rey de España se le mandó su quinto, que aceptó de buen grado.

El 9 de Enero de 1534 arriba a Sevilla la nave *Santa María del Campo*. No era la primera que llegaba con oro del Perú. En otras se habían restituído a España, ya poseedores de fortuna, clérigos poco antes miserables, como Juan de Sosa, y soldados como el valiente capitán Cristóbal de Mena. La *Santa María del Campo*, donde viaja Hernando Pizarro, conduce trescientos mil pesos oro y trece mil quinientos marcos de plata que pertenecen principalmente a Francisco Pizarro y a sus deudos. También conduce ciento cincuenta y tres mil pesos oro y ocho marcos de plata para Su Majestad.

Ocurre muy a menudo entre los conquistadores conflictos de jurisdicción que ensangrientan la historia de la conquista. El más memorable de estos conflictos de jurisdicción, que concluye en choque sangriento, fué el de Pizarro y Almagro. Pero hubo cientos.

A menudo irrespetan los unos, descubrimientos y demarcaciones de los otros; y ocurre entre ellos altercados, rifirrafes, combates. Al principio dirimen las contiendas con la espada; suelen más tarde acusarse mutuamente ante el Rey, llenar pliegos y pliegos con sus querellas.

Así, vemos, por ejemplo, en los documentos tucumanos que el capitán Juan Núñez de Prado, fundador de la ciudad del Barco, en el Norte argentino, acusa de agravios (1551-1553) al capitán Francisco Villagra, otro fundador de ciudades: «Paresco ante vuestra merced—expone el capitán Núñez de Prado—e digo que yo tengo necesidad de hazer una probanca ad perpetuan rei memoriam de lo sucedido en esta tierra después que a ella bine...».

¿Qué fué ella? Que después de trabajos suyos por fundar pueblos y reducir indios, lo despojaron. El capitán Francisco Villagra, contra quien depone, derribó las cruces con que habían marcado los de Núñez de Prado la toma de posesión de una comarca, persiguió a los indios y a los cristianos, y detentó el territorio a que Núñez se creía con derecho. Obra Villagra en nombre de su jefe el gobernador de Chile, Pedro de Valdivia.

Un teniente de Núñez, dice éste, «tomó posesión en mi nombre desta ciudad y que fuese termino y jurisdicción de ella poniendo cruces en los dichos pueblos haziendo entender a los caziques e yndios que como tuviesen aquellas cruces no les arían mal los cryptianos.. ».

Pero llega Villagra, echa abajo las cruces, preguntando qué garabatos son aquellos, maltrata a los indios, aunque estos le

hacen y presentan repetidas veces el signo de la cruz, y despoja a los indios y a los cristianos «...honze xrystianos—denuncia Núñez de Prado—abían entrado robando los yndios e matando quitando la cruz que estaba puesta e no embargante que les hazían cruces (*los indios*) como les abían hecho entender los mataban e robaban e quemaban... (Tomo I, página 68-69).

Si así emplean la violencia entre ellos los conquistadores, si a tal punto carecen de la noción del derecho, ¿qué mucho que procedieran con los indios como procedieron? ¿Qué mucho que a Atahualpa, pongo por caso, le ofrezcan vender la libertad por oro, y después que entrega el oro, en vez de libertarle lo bauticen y lo maten? ¿Qué mucho que destruyeran los templos de Uatatlán, los alcázares de México, los acueductos de Tlatelolco, los palacios de Cuzco, los cuarteles de Cholula, los ídolos de oro de los muiscas, casi todos los vestigios de aquella civilización que no comprendieron ni les importaba comprender? ¿Qué mucho que acabasen con la raza indígena, por el hierro o por la esclavitud?

Casos análogos al de Villagra, que despoja a Núñez de Prado, podrían citarse durante la conquista muchos. Pleitos judiciales de los conquistadores entre sí suceden a los que dirime la espada y preceden a los ridículos y eternos pleitos que sostendrán unos contra otros y todos entre sí virreyes, oidores, arzobispos, órdenes religiosas, oficiales de la real Hacienda, regidores, encomenderos. Hasta los ciudadanos pleitean ante la autoridad judicial por el derecho a llevar el estandarte en la procesión, a vestir el uniforme tal, a sentarse en tal o cual sitio en las ceremonias públicas. Las Audiencias no toleran que virreyes y capitanes generales les mermen autoridad; ni estos que aquellas se impongan más allá de la cuenta.

Tales rencillas entre el Poder judicial y el ejecutivo dependían de la independencia que la legislación les acordaba y que ni unos ni otros querían ver aminorada. Aunque en ocasiones también tuviesen visos de ridículas, parece que esas querellas deberían redundar en beneficio de los pueblos y garantizarles una sombra de libertad. No fué así. Lo común era que pleiteasen unos contra otros los poderes; pero que todos se pusieran de acuerdo contra el criollo y para dominar el país. La fe tampoco aminoraba ni menos desaparecía porque las órdenes religiosas se odiasen. Todas esas rencillas, ¿qué significan, en suma? Significan que, en cierto modo, se mantiene latente el espíritu de combate y agresividad que toma otro cauce que el guerrero, en una evolución social más en desarrollo y menos épica y rudimentaria. La vanidad, el interés, otras pasiones, son también parte a mantener vivos aquellos altercados y resque-

mores. Pero en los primeros tiempos del período administrativo que sucede al período exclusivamente guerrero, las querellas entre los conquistadores son restos claros de combatividad.

Los conquistadores, como se ha visto, no se paraban en pelillos.

Eran camorristas, ambiciosos, y desoían toda voz que no fuera la de sus pasiones y sus intereses.

No olvidemos, con todo, los tiempos. Sería absurdo juzgar a los hombres del siglo XVI con el criterio del siglo XX. Unas son nuestras normas morales y filosóficas y otras las del hombre de aquella época. El concepto del Derecho entonces, no puede equipararse al concepto del Derecho en nuestros días. Existe en cada época una moral diferente. Pero en toda época existen héroes morales.

Y admiramos con respecto a estos varones por cuanto la mayoría de los hombres es incapaz de alcanzar ni merecer semejante heroicidad (1).

FIN DE LOS CONQUISTADORES.—El Estado concluye por tomar posesión definitiva de la obra espontánea y múltiple de tantas voluntades heroicas.

Cuando pasó el ardor juvenil, o cuando no hubieron fortuna en la guerra o cuando perdieron la que habían, los conquistadores ocurren al Estado, acaparador de la obra que ellos, a pecho limpio y por modo espontáneo, realizaron. El Estado era el Rey. Ocurren, pues, al Monarca en demanda de gracias y mercedes aquellos mismos que hicieron a los reyes la merced y la gracia de casi todo un fabuloso continente.

Para alcanzar la merced a que aspiran, exponen por ante autoridad judicial y con testigos y comprobantes los hechos de guerra que un tiempo realizaron y los servicios que a la Sacra Majestad del Rey habían prestado, según el derecho de entonces. El derecho de entonces confundía o asociaba las ideas de patria y de Estado con la persona y los intereses del Monarca.

Poco a poco se fueron extinguiendo.

¿Cómo se extinguieron los conquistadores? Aquella generación violenta, sanguinaria, heroica, que había vivido con el hierro en la mano murió, puede decirse, con el hierro en el pecho, ya en guerra contra los indios, ya en guerras de unos contra otros, ya ajusticiados por el gobierno español.

Los más felices, aunque no los más ilustres, fueron artimañosamente puestos a distancia de toda actividad política y militar. Otros pasaron el resto de su vida oscuramente, solicitando

(1) De estos héroes morales, por decirlo así, son prototipo en la historia de América, Sucre en primer término y, en menor escala, Washington.

mercedes reales y probando, para tratar de obtenerlas, los méritos contraídos durante la conquista.

El Estado español, en el ejercicio de su obra civilizadora, por una parte, e injusto y acaparador por la otra, quiso pronto substituir aquel régimen de violencia y a aquellos hombres de ímpetus y pasiones sin freno por un orden estable de administración y por los eternos áulicos y aurócratas de todo cesarismo.

Ya centralizado el Gobierno en manos del Monarca y de sus representantes, fueron arrumbados o perseguidos los descubridores y conquistadores que no se sometieron. Desde temprano a Colón y a Cortés la Corona les pagó mal. Ambos fallecen en Europa dolidos de la regia ingratitud. Balboa muere asesinado jurídicamente por Pedrarias; Almagro también jurídicamente asesinado por los Pizarro; Francisco Pizarro a golpes y a tiros de compatriotas en rebelión. A un hermano de este, Hernando, lo mantiene el Rey preso en Madrid y Medina del Campo, durante veinte años (1540-1560). Fallece Valdivia, a manos de los araucanos; García de Paredes, a manos de los caribes. Fajardo, conquistador mestizo de Tierra Firme, asesinado por Alonso Cobos; Alonso Cobos ahorcado por los amigos de Fajardo. A Gonzalo Pizarro, lo victiman los representantes de la regia autoridad. Lope de Aguirre declara la guerra a Felipe II, creyendo y diciendo que tiene tanto derecho sobre las Indias como el Rey. Entre los soldados del Rey y los propios marañones del tirano lo asesinan y despedazan en Barquisimeto. En el Tucumán argentino, querella Juan Núñez de Prado contra Francisco Aguirre, y este con Villagra; Castañeda riñe con Pérez de Zorita; el gobernador Abréu ejecuta a Gerónimo de Cabrera, su antecesor, y a su vez Hernando de Lerma hace dar muerte a Abréu, para morir luego miserablemente en España. Un largo período de anarquía entre los conquistadores y de rebeliones contra toda autoridad, había seguido a la conquista.

Los odios de los conquistadores entre sí eran tremendos, y contribuyeron, primero, a lo azaroso de su vida, y luego, a su exterminio. Caído preso Almagro se le asigna por guardián a un hombre llamado Alonso de Toro, enemigo del vencido. Un cronista pone en boca de ellos el siguiente diálogo que, por lo menos en esencia, debe de ser exacto:

—Por fin vas a beber mi sangre—le dice Almagro.

—Y esa es la mayor fortuna que Dios me concede—contesta Alonso de Toro.

La lealtad no andaba con más cautela que el odio. Hallándose acostado Francisco de Almendras, un soldado cruelísimo de Pizarro, se presentó su amigo íntimo y compadre Diego Centeno, vendido al bando de La Gasca. Almendras invocó la

antigua amistad y el compadrazgo para pedir la vida. Centeno lo mandó degollar. Luego uno de los parientes de Almendras envenenó a Centeno.

Pedro de Puellas sirve al virrey Blasco Núñez de Vela. Insurreccionado Gonzalo Pizarro, Puellas se pasa al campo de éste, traicionando al Virrey. Después traiciona a Gonzalo y se pasa al nuevo Virrey. Muere asesinado, i su cabeza la colocan de escarnio y ejemplaridad en el mismo sitio donde él colocara la del virrey Blasco Núñez.

Martín de Robles, como Pedro de Puellas, traicionó al Virrey. Después, cuando la estrella de Gonzalo declina, traiciona a Gonzalo. Lope de Aguirre, hombre de poco fiar, que mudaba de bando con la mayor facilidad, firmó desde que dió muerte a su jefe Pedro de Urzúa: *Lope de Aguirre, el traidor*. Lo que luego dirán otros de mí lo diré yo antes, pensó con cínica lógica.

Muy pocos de ellos, muy pocos, se restituyeron a vivir en calma, felices, en Europa. ¡Cómo iban a resignarse a vivir en la estrechez de sus pueblos, en Europa, una vida sedentaria, regular, tiranizada tal vez por mísero alcalde, ellos que habían dominado razas y paseado continentes! Aunque en Europa nacidos, dieron lo mejor de su esfuerzo, de su vida, su muerte y su progenie a América. Son nuestras figuras representativas de entonces, apenas obscurecidas en la admiración popular, tres siglos más tarde, por los libertadores.

Los conquistadores y colonizadores son nuestros abuelos. A ellos se debe, en primer término, el origen caucásico de las modernas sociedades de América. Los descendientes directos de aquellos hombres formaron en América, sin proponérselo, una suerte de oligarquía o aristocracia. Durante siglos enteros fué timbre de orgullo descender de los conquistadores; y en aquella sociedad, dividida en castas durante el régimen español, hasta se solían fraguar ingenuas y fantásticas genealogías para probar que se entroncaba con los primeros civilizadores llegados de Europa. Pocos sintieron el orgullo de originar en los grandes caudillos indios. Esa es la suerte de los vencidos: el desprecio.

Ser nieto de conquistadores por ambos lados era patente de limpieza de sangre. Hijos, nietos de conquistadores, ¡qué altiva satisfacción! Olvidábase que los primeros mestizos fueron también hijos de los primeros conquistadores. Equivalía, además, el descender de conquistadores, o suponérselo, a pertenecer por derecho propio a la casta de los dominadores. La aristocracia de la espada fué siempre preocupación en la América de habla castellana, hija de España, país guerrero.

R. BLANCO FOMBONA.

LA ENSEÑANZA DEL CASTELLANO Y LA REFORMA DE LA GRAMÁTICA

(Memoria presentada al Honorable Consejo de Instrucción Pública)

§ 1. En Diciembre de 1894 el Consejo de Instrucción Pública, a indicación del Rector de la Universidad, don Diego Barros Arana, resolvió repartir la enseñanza del Castellano en el Instituto Pedagógico en tres cátedras distintas: primer año, Historia Literaria y Literatura Preceptiva a cargo del Profesor don Enrique Nercasseau; segundo año, Lingüística Castellana, entregado al autor de estas líneas; tercer año, Castellano antiguo y Gramática Histórica, encomendado al doctor don Federico Hanssen (1). Era el objeto de esta medida amoldar la enseñanza superior del idioma patrio a las exigencias de los nuevos Programas de Instrucción Secundaria del año de 1893 que, en vez de las antiguas asignaturas del análisis gramatical y lógico y de la literatura preceptiva, habían introducido la asignatura general de «Castellano». Muchos profesores del ramo en aquella época no comprendían (y personas que han hecho sus estudios según el «antiguo sistema» hasta hoy a veces no comprenden) que se trataba de algo más que de un simple cambio de denominación o de distribución de la materia (2).

§ 2. En conformidad con los adelantos de la pedagogía alemana se trataba de introducir también para el idioma patrio los «rumbos prácticos» de la enseñanza directa, en vez de la abstracta gramatical y teórica; de poner el libro de lectura en el centro de toda la instrucción escolar, en vez del tratado de «análisis gramatical», así como se había hecho ya años antes,

(1) Algunos años más tarde se repartieron las mismas tres cátedras sobre los tres años de estudios, lo que permite mejor la asimilación a los alumnos.

(2) He tratado ampliamente la cuestión fundamental de este trabajo en la conferencia «Para qué estudiamos gramática?» (Anales de la Universidad, tomo 131, págs. 241-257 y 453-474; cito las páginas de la reimpresión en folleto, Santiago, 1912). Compárese también «Sobre el Estudio de Idiomas», Anales, tomo 142; folleto, Santiago, 1919. No puedo repetir aquí todos los argumentos.

con la introducción en la enseñanza primaria del *Lector Americano* por don Abelardo Núñez. Mientras en Francia e Inglaterra la *grammaire* y el *parsing* mantenían su posición medieval en la enseñanza de la lengua patria, en Alemania la gramática se aprendía casi exclusivamente en las clases de latín. Recuerdo sólo que en la preparatoria se nos ha hecho aprender mecánicamente algunos esquemas de declinación y de conjugación y listas de las preposiciones ordenadas según el caso que rijen. En los años inferiores y medios del gimnasio las clases de alemán se ocupaban casi exclusivamente en ejercicios de lectura con análisis material, reproducciones orales y escritos, dictados y composiciones. Lo que había que saber de análisis gramatical para comprender, por ejemplo, las reglas de puntuación, lo conocíamos en las clases de latín. En los años superiores de humanidades (séptimo a noveno) dedicamos una parte del tiempo al estudio histórico de la lengua, interpretando trozos de la biblia en gótico, algunas obras de alemán antiguo y sobre todo leyendo muchas páginas de las epopeyas alemanas de la edad media (Nibelungen, y otras más) y de poetas líricos como Walther von der Vogelweide. Tales lecturas ofrecen mucho más dificultades para el alemán moderno que el Poema del Cid o Berceo para un castellano. Sin embargo, los alumnos del gimnasio, acostumbrados al análisis de textos difíciles latinos y griegos, suelen entusiasmarse por la interpretación de los trozos de alemán antiguo y medio. En cambio, no recuerdo nunca haber estudiado en el colegio reglas detalladas de la sintaxis moderna del alemán, que para el extranjero es muy complicada.

§ 3. El aprendizaje del correcto manejo oral y escrito de la lengua literaria, al cual se atribuye en Alemania a lo menos tanta importancia como en Francia y en los países españoles, se consigue exclusivamente por el ejercicio práctico, que, en efecto, constituye el único medio eficaz para adquirir el libre uso de la palabra en cualquier idioma. Por esta razón, también se ha adoptado el «método directo» para la enseñanza escolar de las lenguas extranjeras, y en esta materia Chile mostró el rumbo al mundo entero, pues ha sido el primer país que ha prescrito oficialmente este método como obligatorio para toda la enseñanza escolar. Sería un absurdo que no se reconociera definitivamente que la lengua patria se debe aprender, y se puede aprender únicamente por la práctica, lo mismo que los idiomas extranjeros. Los que creen que el estudio teórico de la gramática tiene importancia mayor para conseguir el dominio sobre la lengua literaria, según mi opinión, están simplemente equivocados. Los clásicos, Cervantes, Lope, Calderón, etc., no pu-

dieron saber gramática castellana por la sencilla razón de que en aquel tiempo no existía ninguna gramática que valiera la pena, en el sentido moderno de la palabra, que enumerara siquiera los hechos fundamentales de la sintaxis española. Por esta razón, también abundan en sus escritos (como Cejador lo demuestra respecto a Cervantes más de una vez) visibles descuidos, aun de concordancia y régimen, que los gramáticos modernos tildarían de incorrecciones si se encontraran en autores de nuestros días.

El lenguaje de los clásicos es todavía en gran parte una «lengua natural», aprendida por la pura práctica y libre de especulaciones conscientes gramaticales. Sobre la base de los rasgos comunes a todos los clásicos, dejando a un lado las influencias dialectales (regionales) que constituyen el fondo de las particularidades individuales de cada uno, se forma el modelo de la lengua común literaria, tanto con respecto a la gramática como en el diccionario. Si la formación de la lengua literaria castellana hubiera estado bajo la férula de profesores latinizantes, no habrían podido imponerse al uso general construcciones tan anti-gramaticales y anti-lógicas como: «A las ambiciones personales es a las que se deben tantas revoluciones» (Bello, Gram. § 813) en vez de «Las ambiciones son lo a que se deben...» Y, sin embargo, tales construcciones monstruosas para cualquier extranjero son hoy correctas en castellano, porque correcto no es lo que pide la lógica o a la gramática latina, sino todo lo que el uso común ha aceptado.

§ 4. Aunque, como lo he explicado más detenidamente en el trabajo ya citado (1), el conocimiento consciente de la gramática teórica es completamente superfluo para «hablar» cualquier idioma; tiene utilidad el estudio de la «teoría del lenguaje» (o gramática) cuando se trata de «escribir», y en mayor grado, cuando se trata de aprender en el colegio una lengua extranjera. Para que se puedan hacer ejercicios metódicos acerca de los puntos más difíciles, que son precisamente aquellos en que la gramática del idioma extranjero es distinta de la patria o la lengua literaria del dialecto vulgar, es conveniente poder comparar la teoría de las dos lenguas para que los niños comprendan la razón por qué las palabras o formas de la una no corresponden a las de la otra.

§ 5. Pero este conocimiento de los principios generales de la lengua patria que es posible dar a niños menores de trece o catorce años, es necesariamente muy superficial. No se olvide que análisis de la lengua quiere decir análisis del pensamiento

(1) *¿Para qué estudiamos gramática?*, págs. 24 y siguientes.

humano, y ¿quién se atrevería a hacer una clase de lógica o de psicología a niños de tan corta edad? Los alumnos de los años inferiores del Liceo pueden aprender más lo menos mecánicamente las «denominaciones» de las partes de la oración y de sus funciones y formas variables, pero no pueden *comprender* sus «definiciones científicas» (1). Para esto es indispensable estudiar a lo menos los elementos de lógica y psicología, lo cual se alcanza sólo en los últimos años de nuestra enseñanza secundaria.

§ 6. Es extraño hasta qué grado nuestros profesores están equivocados respecto a la comprensibilidad de las materias que desde siglos se enseñan rutinariamente o a niños chicos y que éstos suelen aprender con la misma docilidad con que aprenden su catecismo. Pero la gramática es una ciencia y las ciencias no deben *creerse* como los dogmas de la fe, sino que deben ser *comprendidas*; de lo contrario producen una indigestión mental que puede ser para el niño de efectos mas graves de los que produciría en su estómago una comida sólo adecuada para la asimilación de un adulto sano. A menudo los profesores que obligan a sus alumnos a hablar de los sustantivos neutros del castellano, de la diferencia entre un comparativo y un superlativo, del significado de los tiempos y modos de la conjugación, ellos mismos se verían en grandes apuros si tuvieran que explicar qué cosa es el género de los sustantivos, la gradación de los adjetivos; si tuvieran que dar una definición clara de lo que es un tiempo y un modo. Las definiciones científicas de las partes de la oración y de sus funciones son mucho más complicadas y difíciles de lo que creen los profesores de castellano que consideran como única base de su enseñanza la antigua *Gramática de la Lengua Castellana* por la REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (es decir, las ediciones publicadas hasta 1913; de la última «Reformada» hablaré más detenidamente en la continuación de este estudio) o la *Gramática de la Lengua Castellana destinada al uso de los Americanos* por don ANDRÉS BELLO.

§ 7. Es necesario conocer las obras fundamentales de la lingüística moderna para comprender cuánta distancia hay desde la *Grammaire Générale et Raisonnée*, editada en Port Royal en 1660, que dió el molde para los estudios gramaticales de los últimos siglos (2), y la grande obra del filósofo alemán WILHELM WUNDT, que salió por primera vez en 1900 con el título *Sicología étnica, investigación de las leyes del desarrollo del lenguaje, del mito y de las costumbres*, y que puede considerarse

(1) Véase *ibid.*, pág. 27.

(2) Véase *¿Para qué estudiamos gramática?*, pág. 9.

como la última palabra de la ciencia hasta hoy, pues resume sobre la base más amplia los resultados de los estudios de los autores que durante el siglo XIX se han dedicado a la lingüística general: GUILLERMO VON HUMBOLDT, H. STEINTHAL HERMANN PAUL, FEDERICO MÜLLER y otros. Wundt siempre trata de averiguar cómo se explican los fenómenos del desarrollo lingüístico a la luz de la sicología moderna empírica y experimental, de la cual él mismo es el representante más genuino. Pero esta relación entre la lingüística y la sicología es mutua: no sólo la sicología explica las leyes de la gramática general, sino que también la lingüística contribuye con abundantes tesoros a la formación de la sicología (1).

§ 8. Cuando, hace veinticinco años, me hacía cargo de la nueva cátedra de castellano, ésta, a indicación mía, no se denominó simplemente «gramática moderna», en oposición a la cátedra del señor Hanssen, que era la «gramática histórica» (aunque figura hasta hoy en el presupuesto con el nombre demasiado estrecho de «castellano antiguo»), sino que se le dió el nombre de «lingüística castellana». Con esto deseaba dar a comprender de antemano que no me proponía sólo adiestrar a los futuros profesores del ramo en el «análisis gramatical y lógico», como lo enseñaba, por ejemplo, don Sandalio Letelier, según el «antiguo sistema» en su cátedra de «gramática castellana» en el Instituto Nacional. Siguiendo el modelo que HENRY SWEET había dado en su fundamental obra *A New English Grammar, logical and historical* (Oxford, 1892), quería presentar la gramática castellana desde el punto de vista de la lingüística general y de la gramática filosófica moderna (2).

RODOLFO LENZ.

(1) Véase WUNDT, *Sprachgeschichte und Sprachpsychologie*, Leipzig, 1901, pág. 20.

(2) Véase *¿Para qué est. Gram?*, págs. 7, 22 y passim.

(Continuará).

NOTAS Y DOCUMENTOS

Después de Concón y la Placilla.—En una interesante biografía de don Julio Bañados Espinosa, que la señorita Ana Gómez Reyes presentó para optar al grado universitario de profesora de historia y geografía, encontramos los siguientes fragmentos de una carta inédita que don Julio Bañados Espinosa dirigió a su señora esposa, desde el buque de guerra norteamericano en que estaba asilado, el 29 de Agosto de 1891.

«Te escribo desde el primer escalón del destierro, envuelto en hondo dolor, en horribles incertidumbres, entre sombras negras como la fatalidad. Estoy a bordo de un buque norteamericano (guarda absoluta reserva).

«¿Por donde principiar? No lo sé.

«Desde que salí a Concepción, ocupé todas mis fuerzas en organizar la división que sucumbió en la batalla de Placilla, horrible hecatombe que me tiene desgarrado el corazón.

«Trabajé día y noche con el empeño que tú me conoces para todo lo que considero un deber para mi patria. He creído, creo, y creeré mientras viva que la revolución nació de la ambición, vivió de la injusticia, se armó de la crueldad y vence por la intriga y el dinero. He creído, creo y creeré mientras viva que, en la hipótesis de que la política de Balmaceda hubiera sido mala, no quedan justificadas la revolución, el mar de sangre derramada, el crédito del país perdido y las desgracias que nos afligen a todos. He creído, creo y creeré, por fin, mientras viva, que el triunfo de la revolución en un país nuevo como Chile, puede ser la fuente de eternas incertidumbres, de motines de cuartel, de nuevas discordias y de inacabables desgracias.

«Convencido de todo esto, con el calor de arraigadas convicciones, con la honradez sincera que tú me conoces y con toda la vehemencia de (mi) acendrado patriotismo, no podía hacer otra cosa que prestar mi concurso personal, hasta el sacrificio y la muerte, en favor del orden público.

«En Concepción pasé muchas trasnochadas e hice largas expediciones, en medio de la lluvia, no obstante mi convalescen-

cia de la grave pulmonía última. Trabajaba catorce y más horas diariamente.

«De repente me llega el telegrama del Presidente en el que me anuncia el desembarco de la escuadra y me ordena avance con toda la división de Concepción.

«El plan de él era el mismo que juntos habíamos estudiado antes de mi ida a Concepción. Para ahorrar sangre, acordamos dar la batalla presentando en línea a lo menos el doble de las fuerzas enemigas. Les calculábamos hasta diez mil hombres; pues bien, nos propusimos concentrar las divisiones de Santiago, Valparaíso y Concepción, o sea un total aproximado de diecinueve mil hombres.

«Para llegar a este fin, embarco la división de Concepción, con más de diez mil hombres, parque, artillería, ambulancia, caballería y demás útiles en menos de doce horas.

«A pesar de que en los puentes entre Concepción y Santiago se habían hecho más de veinte tentativas para volarlos y a pesar de las delaciones que tenía de traiciones en maquinistas, hice la gigantesca hombrada de emprender el viaje durante todo el día y toda la noche para llegar a tiempo al campo de batalla.

«A las 11½ A. M. llegué a Santiago y sin almorzar volé a la Moneda. No tuve tiempo ni de saludarte a ti y a mis hijos. Recibí las instrucciones escritas del Presidente y corrí a la estación. En tren especial me dirigí a Viña del Mar con el plan fijo de no dar batalla mientras no se reunieran las tres divisiones. Mi propósito era embromar en el paso del río Aconcagua y dar la batalla en las alturas de Viña del Mar.

«Al llegar a Quilpué, como a las 5¾ P. M., noto varios jefes, oficiales y soldados a caballo. Me llama la atención y hago detener la máquina. Reconozco a Lopetegui y le pregunto lo que hay y donde están nuestras tropas.

«Señor, me dijo, dimos la batalla en el día de hoy y nos fué mal.

«¡Casi me caigo muerto!»

«Bajo en el acto y encuentro a varios jefes de cuerpo dominados todos por la más horrible tristeza y abatimiento. Todos me hablan que nuestro ejército estaba hecho pedazos, que todo era destrucción, desorganización y desbande. Me agregaron que Valparaíso ya estaría en poder de la oposición y que yo me pusiera en salvo porque el enemigo venía hacia Quilpué.

«Reuno a los jefes en consejo; percibo que vienen muchos soldados nuestros y que Alcérreca y Barboza organizaban la retirada. Supe también que no habían entrado al combate, porque no se les esperó, el 8.º de línea con 650 soldados, el Limache

con 500, el Andes con 500, Cazadores con 300, la Artillería de Fuentes con 450, la Artillería de Costa con 300 de infantería.

«Dejé órdenes escritas a Barboza y Alcérreca para que organizaran como pudieran las tropas, mientras yo me dirigía a Quillota a reunir la división de Concepción y con ella volar en apoyo de las anteriores.

«Llevaba ya cuarenta horas sin dormir y comiendo a lance. Llegué a Quillota a las 10 P. M. con el regimiento Chanco. Me puse al habla con el Presidente y acordamos enviar las tropas a Viña del Mar, todo esto de acuerdo también con Alcérreca y Barboza. Desde las 3 A. M. comenzaron a salir las tropas y a cruzar otras. Estuve de pié en la estación desde las 2½ A. M. hasta las 5½ de ese día apurando el envío de tropas, esperando a estas con rancho y organizándolo todo.

«Esto tenía lugar el 22.

«Después de bajar en Quilpué algún tiempo, para llevarme a Barboza, llegamos a Viña del Mar a las 8 P. M.

«Conferencé con Alcérreca y Barboza y acordamos el plan de batalla para el día siguiente, porque el enemigo estaba a la vista y ocupaba ya sus posiciones frente a las alturas de Viña del Mar.

«Organizado todo, seguí a Valparaíso y pude dormir cuatro horas.

«A las 4½ A. M. del domingo 23 llegué a Viña del Mar a caballo, resuelto a recibir la batalla. La esperaba al amanecer y así me lo habían mandado decir.

«Desde este momento te condensaré rápidamente mi diario.

«Día 23.—Desde las 7.10 A. M. hasta las 10 más o menos gran cañoneo entre el fuerte Callao y la Artillería del Coronel Fuentes contra la Escuadra y la Artillería enemiga. Una bomba de la Esmeralda reventó a cincuenta metros de mí. El resto del día se pasó en observaciones y esperando el combate. La artillería nuestra, espléndida. La del enemigo, bastante mala. Se tuvo que retirar.

«Día 24.—El enemigo procura engañarnos, dándonos a entender que conservaba sus mismas posiciones. Nos dejó luces encendidas. Al amanecer lo observé y comprendí que preparaba un movimiento. Hice en el acto un reconocimiento con Alcérreca hasta cerca del Salto, comprendí el plan de ellos: a Santiago o Valparaíso por camino envolvente. Lo comuniqué a Barboza y le dije que debía alistarse para cruzar al enemigo y evitar que se fuera a entrar a Valparaíso sin combate.

Martes 25.—Salí con Alcérreca y, a pesar de la lluvia, fui a estudiar los caminos que podía tomar el enemigo para caer a Valparaíso. Llegué en mi excursión hasta Valparaíso. Com-

prendí a fondo que la Placilla era la desembocadura de todos y el Alto del Puerto, el punto más estratégico para una batalla. En la noche fui a Viña del Mar y resolví hablar con Barboza para emprender la marcha sobre Placilla, llegando antes que el enemigo.

Día 26.—Siguen llegando datos que demuestran que el enemigo marcha a Valparaíso por Quilpué. A las 12½ P. M., convocó un Consejo y a las 3 P. M. emprendimos la marcha sobre la Placilla. Caminamos paralelamente ambos ejércitos. Anduve a caballo con las tropas hasta las 3½ A. M. del día 27.

«Día 27.—Dormí tres horas y desde las 6½ de la mañana hasta las 12 M. me ocupé en dar colocación a las tropas y estudiar con los generales la situación del terreno. El resto del día observamos al enemigo que descubría sus vanguardias. Comió bien la tropa. A las 3½ P. M. se dispararon unos cuantos cañonazos contra las avanzadas de caballería. Dormí algo en la noche y esperé.

«Día 28.—A las 6½ A. M. observo con mi anteojo que el enemigo ha avanzado sus posiciones y que está a tiro de cañón. Se lo prevengo a Fuentes y a Barboza. Se rompe el fuego de nuestra artillería a las 7½ A. M. y a las 7¾ contestó la artillería enemiga y comienza la batalla.

«No quiero entrarte en detalles, porque me vería obligado a hablarte de jefes que han muerto.

Hijita: he estado en medio de un diluvio de balas desde las 7¾ A. M. hasta las 10½ A. M. Han muerto y herido a mi lado a varios jefes y oficiales. La carga de caballería que asesinó a Alcérreca y Barboza se detuvo a veinticinco metros de tu esposo. Personalmente envié el 2.º de línea al fuego, último cuerpo de la reserva. Personalmente ordené la carga de Cazadores que dieron tremenda lección a los que cargaron a Barboza y a Alcérreca.

A cada cuerpo le hablé y lo animé con mi palabra y mi ejemplo en medio de las balas.

No sé para que me guarda Dios.

Quedé sordo, ronco y como atontado con el silbar de las balas y lo que alenté a los que se retiraban.

Bástete saber que estuve más de una hora a menos de dos cuadras del enemigo, recibiendo un fuego horrible de rifles que dispararon cerca de tres mil metros.

Viéndolo todo perdido, me acordé de Valparaíso y de las tropas que allí había para proteger la retirada. Me acordé también de Claudio Vicuña, Godoy, Pérez Montt y otros que estaban con Viel.

Para venir a Valparaíso tuve que recibir el fuego de flanco del enemigo por más de cinco cuadras. Seguí y llegué.

Dejé en el acto a Viel que se pusiera al habla con Almirantes extranjeros para salvar la ciudad de un saqueo. Se llamó a éstos y acordaron desembarcar tropas.

Me embarqué con Godoy, Pérez Montt, José Ramón Sánchez, Ruperto Ovalle, Daniel Balmaceda, Mardones y otros.

Claudio y Viel se quedaron en tierra un poco más.

Llegaron luego de parlamentarios Walker Martínez, con Alfredo Irarrázaval, de Secretario.

Estaban discutiendo cuando asaltaron los opositores a Valparaíso por la Intendencia. Vicuña y Viel se embarcaron en medio de las balas.

Una vez en el muelle, los revolucionarios se dirigen a la «Lynch» que estaba cerca del malecón y se ve obligada a rendirse, por no estar a su bordo ni Fuentes ni Salvá.

Desde la cubierta del buque pude ver en la noche tres grandes incendios y oír el tiroteo por las calles. Me eché a la cama entre lágrimas. Lloraba por Chile, por mis hijos y por mis amigos. Me dió como un ataque al corazón y el médico del buque me curó con cariño. ¡Qué horrible noche! ¡Te aseguro que no he pasado otra peor en mi vida! En la ciudad un tiroteo incesante y las llamaradas de tres grandes incendios. Más grandes eran los que ardían en mi alma por el dolor que me producían el porvenir de este pobre Chile, su crédito exterior empañado y tanto jefe amigo muerto o herido. ¡Pobre Barboza! ¡Pobre Alcérrecá! ¡Pobres tantos caballerosos amigos! ¡Pobres los millares de soldados que quedaron en la ladera y gemían en las ambulancias! Demos vuelta la hoja.

Mi conciencia de chileno, de ciudadano y de hombre honrado está triste, pero tranquila. He hecho por salvar las instituciones, el principio de autoridad y el orden público cuanto puede hacer un hombre de honor. Se podrá hacer lo mismo, jamás se podrá hacer más. He sido aplastado por los acontecimientos; pero no por falta de energía, de actividad, de abnegación personal y de audacia. ¡No he podido más!

La historia dirá quienes—nosotros o ellos—han servido mejor los intereses de Chile. Lo que sé decirte, poniendo a Dios por testigo de mis acciones y evocando el recuerdo de mi madre idolatrada, es que si he podido equivocarme, nada he hecho en la convicción de estar obrando mal. Podrá haber error; pero no falta de honradez y sinceridad de convicciones.

El porvenir y la posteridad darán su fallo justiciero acerca de la utilidad nacional de mis actos; pero desde luego nadie en

Chile ni en el mundo entero tiene ni un asomo de razón o de prueba para dudar de mi lealtad, de mi honradez y de mi patriotismo.

¿Qué irá a ser de tu pobre esposo? ¿Qué harán de mí y de los míos mis adversarios? Temo, hijita, que no se comporten conmigo con la bondad, espíritu generoso, tolerancia y falta de crueldad que usé con ellos durante mi Ministerio del Interior. ¡Qué hacerle! Estoy resuelto a sufrirlo todo en silencio y con estoica resignación. Sólo me acuerdo de tí, de mis hijos, de mis pobres hermanos, de mis padres políticos y de los deudos míos. Llevo dos noches de lágrimas acordándome de lo que se espera, no a mí, sino a los míos. Casi todos mis hermanos son pobres, lo mismo que mis cuñados. Viven de empleos que, perderán. No se han mezclado en política, pero son hermanos míos. ¿Perseguirán a mi querido suegro? ¿Llegarán hasta mi padre? ¡Quiera Dios que las persecuciones, los sufrimientos, las amenazas, todo, todo lo malo termine en mí, no salga de mí, esté reservado sólo a mí! Este es un grito del alma que brota de todo mi ser.

Estaré embarcado algunos días, mientras se desarrollan y desenlazan definitivamente los acontecimientos. ¿Habrá nuevas batallas y más sangre? ¿Habrá transacción? Esperemos. Ya nada puedo hacer ni de obra ni de consejo. Estoy sin comunicaciones con Santiago y con mis amigos. Te escribo largo, muy largo por si no tengo otra oportunidad para hacerlo tan luego. Te hablaré algo de mí.

.....

Agotados los recursos que pediré a mis amigos, talvez algo pida para ir al destierro, porque si me quedo estoy seguro de que la crueldad de mis adversarios me arrojará o a la Penitenciaría y al patíbulo. Como deseo estar cerca de tí y de los míos, no puedo ir sino al Perú o a la República Argentina. En el Perú no tendría ni que comer. Prefiero la Argentina, donde soy muy conocido y donde podré ganar con que comer. En Buenos Aires y Montevideo hay mucho movimiento intelectual, y podré vivir en la prensa, en el profesorado y hasta en el foro. Si, como lo espero, me abro una situación pasadera, te mandaré a buscar con mis hijitos. Ten la paciencia y la resignación que tiene tu esposo. Te ha cabido la desgracia de casarte con un hombre que ama demasiado a su patria y que ha sacrificado por ella sus intereses personales y hasta el pan de sus hijos. Dios te tomará en cuenta estos sacrificios. Me cabe el consuelo de tener un nombre honrado y de haberte dado muy poco que sufrir. Hemos sido muy felices y siendo jóvenes volveremos a serlo hasta la muerte.

En el destierro viviré como pueda. Un hombre sólo, sin vicios y con facultades y carácter, todo lo soporta y sobrelleva. Ya sabes que tengo una alma de acero y que nada me abate ni abatirá. Lucharé mientras tenga una chispa de fuego en el cerebro y en el corazón. Vuelto del destierro ganaré lo que quiera con mi profesión y pensaré en mis hijos y en su porvenir pecuniario. Tengo sólo treinta y dos años y con esto lo digo todo. No tengo odio a nadie, he creído obrar bien, he servido a mi familia en lo que he podido y todo lo he hecho por mi patria. Esto basta para mi conciencia.

Si mis adversarios suben al poder, como creo, por estimar difícil, aunque posible, que Balmaceda pueda contrarrestar la situación que se precipita, no seré yo quien les haga revolución y deseo de corazón que en Chile no se repitan más las calamidades que hoy lo afligen. ¿Se conseguirá esto? La puja del poder, ¿no renovará las revoluciones? La victoria militar de la escuadra y del ejército ¿no abrirá la puerta a motines y revoluciones como pasaba antes de Prieto y de Montt y como pasa en el Perú? ¿Qué no se cumplan mis dolorosos presentimientos y qué Dios se apiade de Chile!

.....

A tí y a mis hijos sólo les doy mi amor, mis lágrimas y mis bendiciones.

Tuyo

JULIO BAÑADOS ESPINOSA.

La afición a la moda de las santiaguinas en la primera década del siglo XVII.—Señor Director de REVISTA CHILENA, muy hermoso el artículo de don V. Grez publicado en el N.º XL de su Revista. Y no solamente hermoso, sino también original. ¿Cuál, en efecto, entre nuestros numerosísimos historiadores o aspirantes a tales, con excepción tal vez del más chileno de todos ellos, Vicuña Mackenna, ha prestado la menor atención a la historia social? Han investigado con paciencia de benedictino los ápices más insignificante de nuestra historia política y militar y han dejado en las tinieblas más espesas todo lo concerniente a la formación y desarrollo de nuestra sociedad. No incurrierán, por lo general, en tales errores los cronistas primitivos. En casi toda ellos encontramos observaciones y datos que a las claras revelan que se daban cuenta cabal de la importancia que tiene la historia social.

Así, por ejemplo, Alonso González de Nájera, que estuvo en Chile sólo ocho años (1600-1608) dejó en su libro *Desengaño y*

Repaso de la guerra del Reino de Chile curiosas observaciones, de que don V. Grez había sacado gran partido, sobre las mujeres chilenas, particularmente sobre su afición al lujo y a la moda.

Como creemos que los lectores de REVISTA CHILENA leerán con interés estas observaciones, las copiamos a continuación:

«Las españolas criollas de aquella tierra son dotadas de particular hermosura, gracia y donaire calificado de discreción y cortesía, mucho más de lo que parece se puede hallar en pueblos tan abreviados o poco populosos, como tengo mostrado, y de lo que pudiera prometer tierra tan apartada de cortes, donde es más propio el hallarse la urbanidad, discreción y policía. Son ejemplo de toda honestidad, de noble y señorial trato, de varoniles ánimos y de gran gobierno. Administran el de sus casas y haciendas del campo con esfuerzo y paciencia, supliendo las largas ausencias de sus maridos en los tiempos de más cuidado, que son en los que van a asistir en el ejercicio de la guerra. Son muy trabajadoras y en ocupaciones de varias labores y recamos muy ejercitadas y maestras, agraciadas en el vestir, los trajes de que usan tan conformes a los de las mujeres de estos reinos (España), especialmente sus modas de tocador, que los que en ellos (España) se innovan, se ponen tan presto allá (Chile) en uso, como si los penetrasen con la vista; y así en eso como en todos sus ejercicios se conforman con las mujeres de España, excediendo a muchas en el valor, gobierno, arreo y compostura de sus casas, cuyas familias son mayores que las destas partes, por hacerse en ellas todas las domésticas obras que en España se hallan hechas en tiendas y plazas, por no estar en uso venderlas en tales partes allá».

Saluda al Señor Director.

T. H. A.

Pedro Lira.—Aquí veo levantarse en medio del esplendor de una apoteosis la figura de Eugenio Fromentin y allá veo irse perdiendo entre las sombras de un olvido ingrato otra figura que Fromentin hace recordar. Es la figura de Pedro Lira que era como él un pintor notable y un escritor distinguido, que nos ha dejado telas para nosotros de un valor incomparable y una obra literaria laboriosa, seria y de una elegante y sobria sencillez, y que al lado de todo eso nos ha dejado un admirable ejemplo de consagración al arte, de esa vocación artística que toca al límite conmovedor del heroísmo, que acepta sonriendo los más grandes sacrificios para servir el arte que profesa; ejemplo de obstinada perseverancia al través de todas las dificultades y de todos los obstáculos. Renuncia a su profesión

de abogado para seguir su arte de pintor; renuncia a la vida tranquila y segura que llevaba en Santiago al lado de su padre para ir a llevar en París una vida incierta y estrecha al lado de los grandes maestros de Francia; vuelve a Chile después de largos años consagrados al estudio, a encerrarse en su taller y llevar exclusivamente la vida de un artista, a que consigue dar las consideraciones sociales de una honorable profesión.

A él le debemos las primeras exposiciones de pintura que hubo en Chile, exposiciones en que al lado de escasas pinturas nacionales, se exhibían las telas de pintores extranjeros, que adornaban los grandes salones de Santiago. El prestigio de los grandes pintores extranjeros atraía a esas exposiciones en que principiaron a asomar las figuras de los pintores desconocidos del arte nacional menospreciado. Más todavía, a Pedro Lira le debemos ese elegante pabellón de la Quinta Normal, que fué la cuna, y durante largos años el albergue de nuestro Museo de Pintura. Ese pabellón fué el generoso obsequio de un pintor al arte y a la cultura artística de Chile. Pero más que esa dádiva de gran señor, vale, a nuestro juicio, la atmósfera de arte que consiguió crear en torno suyo, que han desarrollado más tarde sus discípulos y que ahora se difunde sin que nos demos cuenta en toda la vida de nuestra sociedad.

Es esa una figura hermosa y noble, que aquí se levantaría envuelta en grandes y ruidosos homenajes y que allá esperará en silencio, cubierta con el polvo del olvido, reparaciones tardías.

Y pensar, que cuando haya pasado todo lo que ahora nos rodea; cuando se haya desvanecido el esplendor del poder y la fortuna, lo único que sobrevivirá, si algo sobrevive, son esos representantes de la cultura intelectual, que ahora apenas se pueden entrever entre las sombras. Y pensar que de la altura intelectual a que se eleven esos hombres dependerá el rango y el aprecio que tenga nuestra patria en la Sociedad de las Naciones.

A. ORREGO LUCO.

Una carta del general San Martín.—Señor don Pedro Palazuelos.—Grand Bourg, 25 de Agosto de 1844.—Mi querido amigo: Su muy apreciable del 24 de Diciembre del año anterior me fué entregada por el señor Pulling, y la del 28 de Enero del presente año por el señor don Manuel Antonio Tocornal. Ambas no han sido contestadas con más antelación esperando la segura proporción de la ida a Chile de mi antiguo amigo el general Borgoño, que saldrá definitivamente de Bordeaux en los primeros días del próximo mes.

He tenido una verdadera satisfacción en haber conocido al señor Tocornal: instruido, moderado y amable, no se le puede

tratar sin desear ser su amigo; yo estoy muy seguro que su residencia en Europa le será ventajosa, no solo por el caudal de conocimientos que adquirirá en su carrera, si no también que poseyendo un carácter observador, no se dejará deslumbrar por las apariencias de una civilización avanzada y solo adoptará las que sean más apropiadas a su Patria.

En cuanto a la *Comedia* que me dice Vd. se representa en el Perú por la concurrencia de diferentes mandones, permítame rectifique la expresión marcada: creo que en lugar de Comedia, es un Drama espantoso el que se ejecuta: Yo no concibo la degradación de un estado que sufre después de tantos años la más espantosa anarquía por la sola ambición de seis u ocho miserables, sin prestigio, sin talento, y sin moralidad, creyéndose cada uno de ellos con derechos hereditarios a regir sus destinos, y sacrificando su Patria a la más desenfrenada y ridícula ambición: Dios haga terminen los males de este desgraciado país, que visto su estado y falta de energía creo que Vd. ni yo lo veremos tranquilo.

Me dice Vd. que su País marcha bien, pero con mucha lentitud. No olvide Vd. mi buen amigo el proverbio italiano, piano, piano, se va sano.—La marcha de todo estado es muy lenta; si se precipita, sus consecuencias son funestas: si yo viese a su afortunada Patria dar oídos a los visionarios y precipitar las reformas, confieso a Vd. que me alarmaría por su futura suerte; tenga Vd. presente lo que se siguió en Buenos Aires por el célebre Rivadavia, que empleó en solo madera para hacer los andamios para componer la fachada de lo que llaman Catedral 60 mil duros, que se gastaron ingentes sumas para contratar ingenieros en Francia, y comprar útiles para la construcción de un Canal de *Mendoza a Buenos Aires*, que estableció un banco en donde apenas había descuentos, que gastó 100 mil pesos para la construcción de un Pozo Artesiano al lado de un río y en medio de un Cementerio Público —y todo esto se hacía cuando no había un muelle para embarcar ni desembarcar los efectos, y por el contrario, deshizo y destruyó el que existía de piedra, y que había costado 600 mil pesetas en tiempo de los Españoles, que el Ejército estaba sin pagar y en tal miseria que pedían limosna los soldados públicamente—en fin que estableció el papel moneda que ha sido la ruina del crédito de aquella República y la de los particulares: sería no acabar si se enumeracen las locuras de aquel visionario, y la admiración de un país. Uno de mis compatriotas creyendo, improvisar en Buenos Aires la Civilización Europea con solo los decretos que diariamente llenaban lo que se llamaba Archivo Oficial. Yo

espero que Chile seguirá la marcha sólida que ha emprendido, y que sus reformas las hará con paso de tortuga.

Siguen gruñendo la Francia e Inglaterra sobre los acontecimientos de Otayti—que ya sabrá Vd. por los papeles públicos; sin embargo, como Vd. sabe, que para que riñan dos personas es necesario que ambas lo quieran, y convencidas que ninguna de las dos les acomoda en el día darse de moquetes, creo que la diplomacia intervendrá en la querella, y todo se concluirá por lo mejor.

Mis hijos lo saludan cordialmente igualmente que este su Capellan, que le desea todo bien, así como el que me crea es su antiguo amigo

JOSÉ DE SAN MARTÍN.

BIBLIOGRAFIA

Mariano Latorre.—*Zurzulita*.
—Santiago 1920.

Esta novela es un vasto arsenal de «documentos», recogidos directa y prolijamente del natural, sobre la naturaleza física, el lenguaje y las costumbres de la región denominada «Huerta del Maule», en el extremo poniente del departamento de Loncomilla. Los lingüistas y los amigos del folk-lore pueden allí regodearse y deducir las analogías o antítesis que deseen entre el idioma popular y el castellano puro o entre aquél y las demás jergas vulgares del continente o entre el araucano y el chileno, y hacer pronósticos sobre el porvenir del castellano en América. Los aficionados a rastrear los usos y costumbres humanas encontrarán una mina más abundante aun, y, desde luego, les ofrece este libro una base para el estudio del velorio comparado, si se me permite la expresión, esto es, de las diversas formas del velorio, según se practique en Filipinas, pongo por caso, o en Chile, y talvez para el esclarecimiento del disputado origen de esta pintoresca costumbre. Los naturalistas, ¡oh! los naturalistas, se restregarán las manos: se ofrecerá a su vista una descripción zoológica, botánica y aún geológica de la región, como no podían soñar encontrarla en un libro al parecer ajeno a estas cuestiones; Latorre no ha omitido un animal ni un árbol, desde la zurzulita misma, que da su título a la obra, hasta la lloica, desde el litre hasta el maqui. Por fin, los pintores, harán también su agosto: el amanecer y el atardecer, la media noche y el medio día, el cielo y la tierra, el sol y el nublado, el invierno y el verano, todo cuanto es descriptible y además lo indescriptible está allí descrito en sus diversas fa-

ses. No he visto libro más sustancioso y lleno de noticias.

Los únicos que no hallarán qué hacer de esta novela son los que deseen leer una novela.

Yo he llegado, (como el prologuista del libro, señor Silva Vildósola) en materia de relatos novelescos, a una conclusión harto simple: una novela es para entretener. Sin duda que el entretenimiento o el interés que se busca en esta clase de obras admite grados: habrá quien pueda contentarse con la manera de divertir de Ramón Pacheco; habrá quien necesite subir un poco más y alcanzar hasta Blest Gana; y habrá otros, en fin, que no queden bien satisfechos sino con algo superior aun, algo en que se aunen la perfección de la forma y la hondura en el análisis del corazón humano, y éstos llegarán hasta Flaubert y Tolstoy. Pero lo que todos piden a la novela, y con mucho derecho, es que los absorba, los abstraiga, les haga insensibles las horas. Es lo que nadie conseguirá con «Zurzulita». Si alguien puede decir que la ha leído con otra preocupación que la de saltarse páginas enteras en busca de un interés que no aparece, venga y dígallo.

Cuanto pueda decirse del estilo de Latorre no basta para explicar que un escritor de tan brillantes cualidades y de tan alta conciencia literaria pueda haber hecho una novela tan plena y uniformemente fastidiosa. Se puede escribir mal y ser interesante. La causa está en la escuela del autor, en su modo de concebir la novela y la vida. Esa escuela es el naturalismo francés llevado hasta su última consecuencia. Latorre es el naturalista lógico, el naturalista absoluto, el naturalista en sí.

Los novelistas franceses de la segunda mitad del siglo pasado, saturados de literatura científica y de teorías deterministas, dieron al medio, al ambiente, una importancia que hasta entonces no se le había concedido. El Hombre, para ellos, era un ser condicionado por influencias que reducen o anulan por completo su voluntad o la ilusión que se designa con este nombre. Dados ciertos antecedentes, ciertas circunstancias, cierto medio físico y moral, se es y se obra necesariamente de tal o cual modo. Sin embargo, estimaban que, al fin y al cabo, la novela es una representación de actos y sentimientos humanos, que el ambiente no es sino una mejor explicación de esos actos y sentimientos, un accesorio y no lo principal. Así, sus personajes están siempre en primer término, viven, se mueven, son alguien, quedan en el recuerdo.

Prolonguen ustedes la teoría, sean conscientes, hagan del individuo, que es el producto, lo accesorio, y del medio, que es el factor, lo principal, sumerjan en éste al hombre de tal modo que no se vea más grande que una piedrecilla en el fondo de un río, y tendrán un cuento o una novela de Latorre. ¿Quién es el protagonista de los cuentos de «Cuna de Cóndores?» La Cordillera. ¿Quién de «Zurzulita?» El Campo y la aldea. Milla. Samuelón, don Carmen, el cura Olguin son simples pedruzcos o matas de los cerros costinos y no cuentan ante éstos. El Campo, el gran personaje, con su material y los hábitos de la gente ocupa mucho más de la mitad del libro. Ahora bien, ¿cómo podríamos interesarnos en una descripción eterna. No alcanza uno de los individuos, en la novela, a decir dos palabras, cuando vienen dos páginas de paisaje o un capítulo entero sobre usos colectivos (procesión, vendimia, etc.) Allí no se come, no se duerme, no se riñe, no se hace el amor, sin que se nos dé cuenta exacta del aspecto de las cosas en ese momento. Los ojos se ciegan con tanto color y tanto objeto, la

memoria se aniquila, la atención desfallece.

Cuando se tiene paciencia para llegar hasta el fin, imposible negar que una construcción novelesca de esta especie suscita, en conjunto, cierta impresión de fuerza y de grandeza: hay ahí una concepción robusta, un punto de vista amplio y audaz, que no está vulgarmente sostenido, que exige no ser un cualquiera para realizarlo con vigor. Tenemos a nuestra vista un enorme personaje abstracto — la vida del campo — bien estudiado, con sus pequeñeces y sus grandezas. Yo no escatimo mi admiración al esfuerzo y al talento que aquí se revelan. Pero me pregunto: ¿se han hecho las novelas para la descripción o la descripción para las novelas? ¿Se hacen las novelas para entretener o se hacen para bostezar? Yo concedo que Latorre nos aburre brillantemente, pero el hecho es que nos aburre.

Los graves inconvenientes que para el arte de la novela tiene el temperamento de Latorre no aparecen tan visibles en su libro anterior «Cuna de Cóndores». Es que se trataba de cuentos. Había abuso descriptivo, pero las dimensiones del cuento lo hacían sentir menos. En cambio, en la novela la inconcistencia paisajista del autor se muestra en toda su terrible pesadez.

Siento una gran curiosidad de saber qué rumbos tomará en el futuro éste, después de todo, admirable escritor: si se resolverá a ser novelista, (para lo cual le bastaría penetrarse de algunas ideas elementales sobre la novela), o si continuará escribiendo, con el nombre de novelas, poemas de la naturaleza.

ELIODORO ASTORQUIZA.

Gustavo Labatut Gienja.—*Juicio de imprenta seguido a don Benjamín Vicuña Mackenna con motivo de la publicación del «Ostracismo del General O'Higgins.*—Santiago.—1921.—1 vol de 74 págs.

Para optar al título de profesor en la asignatura de Historia y Geografía, el estudioso jóven don Gus-

tavo Labatut Gléna ha compuesto un interesantísimo folleto con el título de «Juicio de imprenta seguido a don Benjamín Vicuña Mackenna, con motivo de la publicación del «Ostracismo del general O'Higgins».

Cuando el infatigable don Benjamín, inició en «El Mercurio» de Valparaíso la publicación del «Ostracismo», don Francisco de Paula Rodríguez Velasco publicó en el mismo diario un airado suelto contra el escritor, por considerar que había lastimado gravemente la honra de su señor padre, don José Antonio Rodríguez Aldea, Ministro que fué del Director Supremo de Chile.

Vicuña Mackenna, que no era hombre que se amedrentaba ante unas cuantas líneas virulentas, contestó en una extensa y violenta carta, que apareció en «El Mercurio» del 12 de Marzo de 1861. El asunto provocó el más vivo interés público. El señor Rodríguez Velasco, invocando la disposición contenida en el artículo 24 de la ley sobre abusos de la libertad de imprenta de 1846, acusó no la obra compuesta, sino un párrafo aparecido en el número 10,030 de «El Mercurio».

Antes de constituirse el jurado, aún se hicieron otras publicaciones, que no hicieron más que avivar el interés público.

La audiencia tuvo lugar el 24 de Junio de 1861, y alegó, como abogado patrocinante de la parte acusadora, don José Eduardo Cáceres.

Don Benjamín se defendió con facilidad, energía y brillo, procurando llevar la acusación al terreno puramente histórico y tratando de probar sus tres acusaciones fundamentales:

1.^a Que Rodríguez Aldea, escalo el poder en Chile por la adulación, las intrigas y el denuncia de una conspiración forjada por él mismo.

2.^a Que durante su administración se cometieron ingentes fraudes y se practicaron contrabandos escandalosos, que dejaron el país en una bancarrota de más de un millón de pesos.

3.^a Que aconsejó e instigó siempre la traición a la patria y la puso por obra.

Vicuña Mackenna, contaba para probar sus afirmaciones con el rico archivo del general O'Higgins, y que en su mayor parte estaba inédito. Vicuña Mackenna fué absuelto por el jurado; pero no terminó aquí su incidente con el señor Rodríguez Velasco. Se siguieron algunas gestiones privadas para solucionar amistosamente el asunto, que obtuvieron el más feliz éxito. Don Benjamín proporcionó al señor Rodríguez Velasco toda la documentación que poseía para que compusiera su «Biografía del doctor don José Antonio Rodríguez Aldea» y refutación documentada de los cargos que se le hacen en la obra titulada «Ostracismo del general O'Higgins», obra de piedad filial y de escaso mérito histórico.

Con frío criterio de historiador y desapasionamiento de estudioso, analiza prolijamente el señor Labatut los cargos que Vicuña Mackenna formulara contra Rodríguez Aldea, llegando a conclusiones que la crítica ha de aceptar por justas y acertadas.

Una liviana y amena erudición campea en todo el folleto, haciendo su lectura fácil, grata e interesantísima. Con razón nos observaba un profesor en días pasados que la memoria del señor Labatut es una de las mejores que se han compuesto para optar al grado.

Ojalá este su primer éxito le sirva de estímulo en su carrera de maestro y escritor que inicia con tanta felicidad.

R. D.

José Salgado.—*El derecho de huelga.*—Montevideo.—1920.—1 vol. de 239 págs.

Obra completísima que manifiesta que su autor tiene el dominio completo del tema que desarrolla.

Da más importancia a los efectos jurídicos de la huelga que a la faz netamente económica de la misma, por cierto sin abandonar por entero

el estudio de este último aspecto del problema.

Dará una idea aproximada de la extensión e importancia del libro del doctor Salgado la reproducción del título de sus capítulos: ¿Qué es la huelga? ¿Existe el derecho de huelga?; El derecho de huelga y los plazos de prevención; La huelga considerada como caso de fuerza mayor; Si la huelga rompe o suspende el contrato de trabajo; El derecho de huelga y las funciones públicas; La renuncia al derecho de huelga.

En un apéndice publica el doctor Salgado dos proyectos de ley—sobre huelga el uno y sobre el contrato de trabajo el último—que años atrás sometió a la consideración del Congreso de su patria. Son obras bien meditadas que merecen ser seriamente estudiadas.

H.

J. G. Prod 'homme.—*La jeunesse de Beethoven.* (1770-1800).—1 vol. de 336 págs.—París.—1921.

Es un monumento esta suntuosísima obra. Reune los innumerables trabajos anteriores publicados en todas las lenguas, y los completa en más de un punto. Parece agotar la materia. Casi no se comprende qué podrán los musicólogos del porvenir averiguar sobre Beethoven antes de que cumpliera la treintena que no esté dicho ya en este libro.

Sería de desear que Mr. Prod'homme continuara el estudio de la vida y de las obras de Beethoven hasta en muerte. Tendríamos así la suma de los conocimientos adquiridos hasta el día sobre el particular. Tarea ciertamente formidable; pero que no debe arredrar a un trabajador tan esforzado.

La jeunesse de Beethoven es una de las obras publicadas en los últimos veinte años que hace más honor a la ciencia musicológica francesa. Es digna de figurar al lado, salvo en su aspecto literario, del admirable *Mozart* de Wyzewa y G. de Sain-Foix.

H. P.

Julián M. Rubio.—*La infanta Carlota Joaquina y la política de España en América (1808-1812).*—Biblioteca de Historia Hispano-Americana.—Madrid, MCMXX.

Huída la corte portuguesa al Brasil, después de la invasión del reino por ejércitos franceses de Junot, su entrada produjo en aquella colonia un entusiasmo exagerado. «En las colonias americanas, tanto españolas como portuguesas, se tenía una elevadísima idea de la realeza, fundada sin duda en el valor representativo, y sentían por ella la veneración que se experimenta por lo desconocido y misterioso».

Este espejismo bien pronto había de disiparse. La corte portuguesa, degenerada y ruin, minada por ambiciones y por intrigas, corrompida y llena de vicios, no tardó en revelarse a los brasileños tal como era en realidad, y al entusiasmo desbordante sucedió una frialdad que bien pudiera llamarse desprecio.

El príncipe regente Juan VI, atacado por accesos de melancolía, era el prototipo de la mediocridad. Don Pedro Carlos de Borbón y de Beira sobrino de Carlos IV, débil, irresoluto y pusilánime. El Infante D. Pedro de Braganza, que luego fué primer Emperador del Brasil, más bien parecía, dice Saviné, un ayuda de cámara que un infante, por su propensión al trato con gentes de baja estofa, pareciéndose en estos detalles a nuestro plebeyo Fernando VII. «De obscura inteligencia, díscolo y refractario a la cultura, se cuenta de él que a los catorce o diez y seis años aún no sabía leer ni escribir».

Entre los ministros y favoritos se destacan el Conde de Linhares, enemigo resuelto de España, Francisco Lobato, que comenzó desempeñando bajos oficios de servidumbre y llegó a ser privado de la Princesa Doña Carlota.

En el cuerpo diplomático, lord Strangford, embajador de Inglaterra, era el personaje principal. Toda su política tendió constantemente a favorecer la insurrección

de las antiguas colonias españolas, siendo uno de los principales promotores de la sublevación de Buenos Aires. El Marqués de Casa Irujo, embajador español en cuya correspondencia, estudiada detenidamente por el autor de esta obra, hay interesantísimas noticias, representó en aquel país un papel digno, por sus excelentes prendas personales y por su cultura. Sus éxitos como diplomático dejan bastante que desear. Sin embargo, fué diligente y activo.

Doña Carlota Joaquina, la hija de Carlos IV, tan calumniada en su moralidad, aparece en esta obra como una mujer inteligente, de extraordinarias condiciones para la política, española de corazón y dispuesta siempre a todo aquello que redundase en beneficio de su patria.

Velando por la integridad de los dominios españoles, lanzó la famosa proclama del 19 de Agosto de 1808, en la cual invitaba a los vasallos de España a someterse a su autoridad, advirtiendo que sólo sería una simple depositaria del poder hasta tanto que su padre y sus hermanos recobrasen la libertad.

El efecto de este manifiesto y la aceptación que tuvo en el elemento criollo de la colonia del Río de la Plata, los planes de Manuel Belgrano, aceptados por los demás prohombres de la revolución, Castelli, los hermanos Passo, Vieytes, Alberti, Irigoyen, etc., sus relaciones con la Infanta y las de ésta con la Junta Central Suprema y con la Regencia de España son objeto de un estudio detenido en los capítulos VIII y IX.

La génesis de la revolución bonaerense, la labor de los elementos adictos a Inglaterra, capitaneados por Rodríguez Peña y Puyrradón, la intervención, de lord Strangford en estos manejos de la logia revolucionaria y los esfuerzos desesperado de doña Carlota y de Casa Irujo para cortar el mal de raíz están admirablemente descritos en las páginas 81 a 84.

El conmovedor episodio de la cesión que de sus joyas hizo la Infan-

ta para ayudar a Montevideo y evitar la propagación de la revolución de Buenos Aires, la política desarrollada posteriormente, la intervención portuguesa en el Río de la Plata, el primer Tratado de pacificación entre el Virrey Elío y la Junta Revolucionaria de Buenos Aires, el convencimiento de la Infanta de la esterilidad de su labor en Beneficio de España, el triunfo definitivo los planes de lord Strangford y como consecuencia el de la revolución argentina, constituyen la materia de los últimos capítulos de esta obra interesantísima, avallorada con un apéndice de 60 documentos inéditos, con una selecta bibliografía y con un prólogo brillante y lleno de optimismo del profesor Ballesteros, alma de estos trabajos de investigación, iniciados en su cátedra de Historia de América en la Universidad Central.

C. PÉREZ BUSTAMANTE.

Agustín Edwards.— *Observaciones sobre Suecia.*— Santiago. — 1920.— 1 vol. de 94 págs.

Los escritores de raza española no se distinguen generalmente ni por la precisión en el fondo, ni por la sencillez y la consición en el lenguaje.

Se diría que nuestro idioma es menos adecuado que otros para exponer hechos concretos en forma inteligible y rápida. Aún los trabajos de índole científica o informativa que suelen aparecer en la Madre Patria o en la América tropical y transandina, asombran por la abundancia de palabras y la riqueza de giros que se emplean para decir nada o muy poco, sin que este desequilibrio pueda atribuirse a simple escasez de conocimientos efectivos en los autores.

Esta superabundancia oriental no afecta a los chilenos en igual grado que a sus hermanos de raza. En la prensa, en el parlamento, en la redacción de las leyes, en la oratoria tribunicia o forense y hasta en la literatura amena, domina aquí un estilo llano, breve, distinguido.

Entre los giros del idioma, da-

mos casi siempre la preferencia al más sencillo, y entre las palabras que expresan el mismo concepto, a la menos sonora y pretenciosa.

Estas cualidades brillan muy especialmente en el pequeño libro que motiva estas líneas. Es una memoria presentada al Ministerio de Relaciones Exteriores por nuestro laborioso Ministro en Gran Bretaña y Suecia, como fruto de sus estudios y observaciones durante una permanencia de cuatro meses en este último país.

Contiene sólo 90 páginas impresas en gruesos caracteres, pero no hay en ellas una palabra inútil ni un concepto ocioso. La obra puede leerse con comodidad en un par de horas, pero es tal su riqueza de datos e informaciones precisas, que el lector al concluirla, sabe más sobre Suecia de lo que habría podido aprender en un grueso volumen.

Se conoce que el autor ha seleccionado cuidadosamente su material, no diciendo sino lo que valía la pena de ser dicho, y sobre materias que domina a fondo.

He leído en alguna parte que la gran superioridad de los pequeños manuales de vulgarización científica que se publican en Inglaterra, consiste en que sus autores son eminencias en el ramo de que tratan, y, por tanto, no sólo saben lo que escriben sino mucho más de lo que escriben, de modo que esas obritas son como extractos preciosos y quintaescenciados de la sabiduría humana.

Pero esa selección no es posible al que sólo conoce los rudimientos del tema que desarrolla; éste último no tiene donde escoger: para llenar sus páginas, no sólo ha de vaciar cuanto sabe sino también lo que simplemente sospecha.

Cualquier hombre culto puede escribir un corto folleto sobre Suecia después de residir una semana en Stockolmo con el auxilio de una sinopsis estadística, de un pequeño manual de historia y geografía y de un guía del viajero; pero para llenar 90 páginas como lo ha hecho el señor Edwards, para producir un li-

bro verdaderamente útil, o mucho me equivoco, es necesario informarse y observar como si se tratara de emprender una obra extensa y de fondo.

La literatura informativa, estadística, política y geográfica, se ha enriquecido considerablemente en los últimos años, porque los gobiernos estiman con razón que tales libros son el mejor medio de dar a conocer al extranjero los recursos y posibilidades del propio país.

Pero dichas obras, como hechas de encargo, con precipitación y no siempre por las personas más competentes (dolencia común a casi todas las producciones de carácter oficial), valen más por su tamaño y lujo tipográfico que por su eficiencia práctica. Abundan en ellas la paja picada y los detalles inútiles o redundantes y faltan, por lo regular, los datos precisos y concretos que busca la persona que desea informarse. Barajar los hechos y los números de modo que el lector los aprenda sin fastidio no es cosa fácil ni al alcance de la mayoría de los hombres de letras; por eso las obras de propaganda a que aludimos, suelen presentar las más extravagante mezcla de desnudos cuadros estadísticos compuestos sin arte, ni utilidad, ni proporción, al lado de las vagas generalidades de una literatura sin sustancia.

Apesar de que el librito del señor Edwards no es de propaganda sueca, puede en nuestro concepto servir de modelo a una obra de esas que «para darnos a conocer» suele editar nuestro gobierno. Las «Observaciones sobre Suecia» prueban que no es imposible escribir cuanto sea de interés sobre un país en muy pocas páginas, siempre que el autor domine la materia. Preciosa verdad cuando de propaganda se trata, porque los extranjeros leerán más fácilmente cien páginas sobre Chile que ochocientas o mil, y si se quiere dar volumen y lujo a una obra, ello puede conseguirse prodigando los gráficos estadísticos, los mapas y las ilustraciones, que

enseñan, adornan, y no fastidian ni aburren a nadie.

E. M.

Andrés Lichtenberger.—El reyecito.—Versión castellana de R. Blanco Belmonte.—París.—Ediciones Literarias.—7, rue de Lille, 7.—(1920).—8.º, 256 p.

Panonia es un reino de la Europa oriental en el que gobierna la familia Kainof desde tiempos prehistóricos. El primer monarca fué el único superviviente de la raza de Cain. Por su valor y por su ferocidad, llegó a ser el caudillo de sus contemporáneos y fundó la dinastía que al través de las centurias conservó siempre su fiereza selvática. De esa cosa real es descendiente Miguel VIII. Reyecito de nueve años, interrumpe sus juegos sus sueños infantiles para presidir serios i fastidiosos Consejos de la Corona. Vive en pleno sacrificio desde el día en que un nihilista mató a su padre el Rey Bogus y lo convirtió a él en la víctima del Ministerio y del Parlamento. «Once maestros escogidos están encargados de inculcar a Miguel la ciencia universal». El coronel Krenof inspecciona esos estudios. Y el padre Krinski le infiltra cristianamente el santo temor a Dios. Un rey debe creer en Dios. Son personajes que se comprenden, se completan. Pero Miguel pasa en la capilla momentos encantadores mirando los perfiles de los santos, pintados en los vidrios, que el sol ilumina fantasmagóricamente. Y las graves sesiones son interrumpidas por la entrada en la habitación de algún libre pajarillo o por la presencia de alguna mosca en los cabellos largos y escasos del señor Ledda, profesor de ciencias.

Miguel se va explicando la vida por las observaciones que su inteligencia hace en derredor suyo. La madre huyó hace años de la barbarie del rey Bogus. En el castillo feudal, convertido en palacio, está prohibido hablar de aquella linda dama que fué reina. Una multitud de cosas oscuras flota en el ambien-

te. Miguel desconfía de todos: del regente, el tío Pablo, que heredaría la corona en caso de fallecimiento del monarca; de Bárbara, su ama de llaves; del doctor Yacklou, que le examina diariamente y tasa su comida; del Presidente del Consejo. Sólo tiene afecto por su perrita, Nelly, su compañera de juegos.

Ultimo representante de una dinastía de terribles capitanes, Miguel odia la guerra. Detesta el olor de la sangre. No comprende que haya hombres dispuestos a lanzarse sobre otros hombre, y que los reyes afiancen su poderío en esas luchas carniceras. El gabinete partidario de la guerra, cae. Miguel respira satisfecho.

El día de San Esventilo, héroe nacional, los nihilistas tratan de aprovechar la gran manifestación cívica para asesinar al rey. Lanzan una bomba desde un balcon, y sólo matan al coronel y a muchas otras personas. El rey se salva. Logra salir de aquella masa informe de hombres y caballos mutilados. Miguel tiene, días después, la visión horrible de que los asesinos habian sido ejecutados. ¡Es por él que han matado aquellos hombres! La fiebre lo domina, lo mata, pierde el conocimiento. Durante muchos días Panonia sufre con la agonía de su rey. Pero poco a poco se inicia la reacción. Consulta de médicos. El especialista francés Bonnard, prescribe un viaje a Cannes, en el Mediterráneo. En una casa en que hay mucha gente, en el hotel, el rey de Panonia es un huésped más. Tiene una parte del jardín exclusivamente suya. Respira aire. Ve el sol. Juega. Hace amistad con una anciana que le presenta a Lillie Waze, linda americanita millonaria de nueve años, con la que juega puerilmente. Miguel se repone: está alegre, fuerte, robusto. Ya no es aquel niño endeble. Pero esto lo acerca a la tortura de volver a presidir los Consejos de la Corona y a vivir en el ambiente pesado y triste de su reino. El doctor Bonnard certifica la curación, y es preciso partir: en Panonia se teme que es-

tén ocultando la muerte del rey. Miguel teme la sucesión de los días en la capital de su país. Tiene la esperanza de volver todos los años a la costa del Mediterráneo. Pero no le basta. Piensa en el suicidio, para librarse definitivamente. El tren corre, y es muy fácil abrir la puerta que cae sobre la vía y tirarse entre las ruedas para que el convoy destroce su cuerpecito... Es demasiado fácil. Pero Miguel es un Kainof. Los Kainof no se matan. Luchan hasta el último momento. Miguel acepta la lucha: se batirá contra todo lo que le amenaza en su pueblo. El reyecito se lleva un poco de vida, de sol, de luz. La alegría de Lillie está en su alma. Miguel se yergue. «Luchará hasta el último aliento para intentar vivir y ser rey».

ENRIQUE GOY COLBÓ

Sir Clements R. Markham.

—*The lands of silence*.—Cambridge University Press.—1921.

Trabajaba en esta obra Markham con singular cariño y con esa su característica pujanza cuando lo sorprendió la muerte. Felizmente alcanzó a dejarla definitivamente redactada en su mayor y principal parte. Apenas si sus tres capítulos finales quedaron inconclusos; pero el doctor F. H. H. Guillemard, que tan estrechas relaciones tuvo con Markham, guiándose por los apuntes de éste y por los datos que tenía acumulados, los terminó.

Contiene el libro la relación completa de las diferentes tentativas que desde remotos tiempos se han hecho para descubrir los polos árticos y antártico, muy atinadas observaciones sobre la importancia científica, psicológica y material de esas tentativas, una bibliografía completa sobre tales materias, índices detallados y muy buenas ilustraciones. Será, a no dudarlo, sabe Dios por cuanto tiempo, la obra capital sobre la materia.

James Bryce.—*Modern democracies*.—Two volume.—Macmillan.—Londres.—1921.

Lord Bryce empieza por unas 200 páginas de introducción general para determinar el significado del término o expresión *democracia*, su evolución histórica, fundamentos teóricos, sus relaciones con la libertad, igualdad, religión, educación. Después estudia a Atenas, que es apenas una democracia moderna y dos o tres de las repúblicas hispano-americanas, entre las cuales sólo dos o tres son verdaderas democracias. Después viene un estudio en nueve capítulos sobre la democracia francesa, después cien páginas sobre Suiza y unas cincuenta sobre el Canadá. Los Estados Unidos los ha reservado para el segundo volumen. Siguen Australia y Nueva Zelandia; la última mitad del volumen se consagra a un exámen general de las instituciones democráticas en presencia de los hechos y datos expuestos en el curso de la obra. Cree Lord Bryce que el advenimiento del régimen democrático ha traído más bienes que males a pesar de sus notorios defectos que enumera, entre los cuales, el principal es el alejamiento de los hombres de mérito de las funciones públicas; establece que las instituciones libres nacen y crecen naturalmente, pero, no son artículos manufacturados y por eso Rusia, Turquía, China, Prusia y Méjico carecen de las condiciones para que funcione y prospere el sistema democrático. La democracia Norteamericana tiene 140 años de existencia únicamente y las democracias del Canadá, Australia y Nueva Zelandia, se ejercitan en un ambiente de prosperidad material y libres de todo peligro exterior; de manera, que estas condiciones y la juventud de la otra impiden verificar, si sobrevivirán o serán víctimas de sus defectos.

Hace hincapié en la circunstancia del predominio de los intereses económicos en los últimos tiempos y que el atractivo de los negocios ha sido una de las principales causas de la mediocridad que se ob-

T. L. S.

serva en todas partes en los elementos políticos. La carrera del Presidente de un ferrocarril en Norte América es más interesante que la de un Senador; afirma la tendencia hacia los bienes y goces materiales, es decir, la tendencia materialista de las izquierdas; que el comunismo no aumentará la producción y que el sistema de vivir de impuestos y contribuciones dejará de ser popular cuando no sea capaz de proveer a la bien puesta mesa que promete.

A. C.

Agustin Marchant S.—*Recopilación sobre caminos*.—1 vol. de XXII + 1034 páginas. —Imprenta Santiago.—1921.

Don Agustín Marchant S., ha publicado una obra, cuyo título es «Recopilación sobre caminos», que cuenta más de 1,000 páginas de texto.

Hacemos esta advertencia para que se pueda apreciar debidamente el esfuerzo y el sacrificio que en estos tiempos de general indiferencia por la aplicación de nuestras leyes y de angustiosa crisis de la industria papelera, significa echarse a caza de todas las disposiciones vigentes en materia de caminos, ordenándolas por materias y por fe-

chas, y disponiéndolas con acierto en un grueso volumen, nada más que con el laudable propósito de que las oficinas públicas, las municipalidades y los particulares puedan servirse en sus consultas, de una obra práctica y completa. Y en realidad, la «Recopilación sobre caminos» del señor Marchant lo es en forma absoluta.

Figuran en la obra de que damos esta ligera reseña, la ley de caminos y como complemento necesario, las actas de las sesiones del Congreso en que fué discutida y aprobada, que sirven para determinar el recto espíritu de sus disposiciones y el reglamento dictado por el Presidente de la República. Además el autor ha tenido la paciencia de incluir todas aquellas materias, y al decir esto hablamos de las contenidas en códigos, en leyes, decretos y hasta oficios, que directa o indirectamente se relacionan con la de su obra o con los servicios públicos, catalogándolas en índices por orden de fechas o de asuntos.

Todo esto hace de la «Recopilación de caminos», un libro bien dispuesto y completo, digno del favor del público que, seguramente sabrá corresponder al trabajo y al esfuerzo que importan su publicación.

F.

INDICE DEL TOMO XII

	PÁG.
Javier Vial Solar.—Los planes de Napoleón I para subyugar primero y luego para independizar la América.....	5
Antonio Gómez Restrepo.—Un poeta humanista: don Julio Vicuña Cifuentes.....	23
Félix Lorenzo.—Fabre y sus recuerdos entomológicos.....	28
Oswaldo Marín.—Estudios criminológicos.....	33
Guillermo Muñoz Medina.—La opereta francesa.....	50
Manuel J. Othon.—El perro	62
B. Vicuña Mackenna.—¿Intentó Lord Cochrane rescatar a Napoleón, arrebatándole de la isla de Santa Elena con la escuadra de Chile?.....	63
R. Blanco Fombona.—Psicología del conquistador español del siglo XVI. (Conclusión).....	69
Rodolfo Lenz.—La enseñanza del castellano y la reforma de la Gramática.....	88
NOTAS Y DOCUMENTOS.—Julio Bañados Espinosa, Después de Concón y la Placilla (Fragmentos de una carta íntima).—F. H. A., La afición a la moda de las santiaguinas en la primera década del siglo XVII.—Augusto Orrego Luco, Pedro Lira.—Una carta del general San Martín.....	93
BIBLIOGRAFÍA.—Mariano Latorre, Zurzulita.—Gustavo Labatut, Juicio de imprenta seguido a don B. Vicuña Mackenna.—José Salgado, El derecho de huelga.—J. G. Prud'homme La jeunesse de Beethoven.—J. M. Rubio, La infanta Carlota Joaquina y la política de España en América (1808-1812).—Agustín Edwards, Observaciones sobre Suecia.—Andrés Lichtenberger, El reyecito.—Sir Clements R. Markham, The lands of silence.—James Bryce, Modern democracies.—Agustín Marchants S., Recopilación sobre caminos.....	104
Luis Barros Borgoño.—Discurso de incorporación a la Academia Chilena Correspondiente de la Real Academia Española.....	113
Domingo Amunátegui.—Discurso en respuesta al anterior.....	149
C. Silva Vildósola.—El Centenario de la muerte de Napoleón.....	160
Marcial A. Martínez de F.—El maximalismo juzgado por un reformador checo-eslovaco.....	178
Ricardo Donoso.—Una excursión a la sierra.....	188
J. Rafael Maya.—Fatum.....	192
Guillermo Feliú Cruz.—La estancia de Mitre en Chile.....	193
Rodolfo Lenz.—La enseñanza del castellano y la reforma de la Gramática.....	202
NOTAS Y DOCUMENTOS.—Enrique Mac-Iver, El 9 de Enero de 1886 y el 7 de Enero de 1891.—Justin Godart, La Cruz Roja contra el cáncer.—Federico Calvo, La Imprenta Nacional de	

	PÁG.
Washington.—Eduardo Benes, La psicología del partido político.—Francisco Araya Bennet, La ley de aumento de sueldos al personal de la enseñanza secundaria, superior y especial.—X. X., Obras completas de Verlaine.....	206
BIBLIOGRAFÍA. —W. B. Scott, La teoría de la evolución.—Infante don Juan Manuel, El Conde Lucanor.—W. H. Dunning, Historia de las teorías políticas desde Rousseau hasta Spencer.—E. W. Dickinson, The equality of States in international law. J. H. Latané, The United States and Latin America.—Real Academia Española, Gramática de la Lengua Castellana.....	220
Ricardo Montaner Bello.—La labor diplomática de don Alberto Blest Gana.....	225
Antón Checkoff.—La dormilona.....	235
Francisco A. Encina, Guillermo Subercaseaux, Enrique Zañartu, Alejo Lira y Raimundo Larraín.—La subdivisión de la propiedad rural.....	243
B. Hall.—La entrada del General San Martín a Lima el 10 de Julio de 1821.....	259
R. Martínez V.—Carnaval.....	264
Un precursor del comunismo en Chile.—Carta de Santiago Arcos a Francisco Bilbao.....	267
Rodolfo Lenz.—La enseñanza del Castellano y la Reforma de la Gramática.....	302
NOTAS Y DOCUMENTOS. —Mauricio Arthus, La alimentación insuficiente y sus consecuencias.—Una tentativa para reglamentar las procesiones.—Carlos Silva Vildósola, El Almirante Silva Palma.....	321
BIBLIOGRAFÍA —Raymond Poincaré, Les origines de la guerre.—Albert Thibaudet, La vie de Maurice Barrès.—Tomás Thayer Ojeda, La Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Chile.—Victor Domingo Silva, La Pampa Trágica.—Miguel Angel Carbonell, Los parias.—Jorge Aldunate E., El problema de la prostitución.—Guillermo Subercaseaux, El sistema monetario y la organización bancaria en Chile.—Rvdo. P. Pablo Pastells, El descubrimiento del Estrecho de Magallanes en conmemoración del cuarto centenario.—Charles Gide, ¿Es deseable la vuelta del franco a la par?—Les démocraties modernes.—Benjamín Orrego Vicuña, Obras literarias.....	328
Guillermo Pérez de Arce.—Una gloria de la ciencia y la caridad: Concepción Arenal.....	337
Juan R. Salas Errázuriz.—El primer canto de la Divina Comedia...	345
Luis Araquistáin.—El niño gigante.....	359
Monna Lissa.—No Campito.....	366
Juan de Hinojosa.—Pablo Verlaine.....	370
José María de la Cruz y Antonio Varas.—Cartas inéditas del General don José María de la Cruz y don Antonio Varas sobre la lucha presidencial de 1851.....	387
J. Marchena.—Vuelo Supremo.....	401
L. Dugas.—Las ideas de Alfredo Fouillée sobre la educación.....	402
Rodolfo Lenz.—La enseñanza del Castellano y la Reforma de la Gramática.....	415
NOTAS Y DOCUMENTOS. —Carlos Silva Vildósola, Don Juan Salas Errázuriz.—Gustavo Le Bon, Nuestras ilusiones financieras.—N. N., Un libro chileno en Estados Unidos.—Pedro Henríquez	

	PÁG.
Ureña, La cultura y los peligros de la especialidad.—Una carta de Bolívar.....	420
BIBLIOGRAFIA. —Luis Araquistáin, El peligro yanqui.—Jorge Solís de Ovando, Los derechos de la mujer.—J. E. Rodó, Epistolario.—Steinach, El rejuvenecimiento biológico y las funciones glandulares.—Sara Wanbaugh, A monography of plebiscites with a collection of official documents.—Edmond Laskine, Le socialisme suivant les peuples.....	440
Emilio Rodríguez Mendoza.—José Miguel Carrera.....	249
Yates.—Los últimos días del General Carrera.....	453
Robinson Hermansen.—Concepto moderno del socialismo.....	468
Horacio Quiroga.—La gallina degollada.....	480
Carlos Ledgard.—Caracteres de la crisis económica actual del Perú.....	488
Pompeyo Gener.—Carta en trovas de arte mayor a la usanza del siglo XV.....	499
Domingo Santa María.—La política en 1850 y 1851.....	501
L. Dugas.—Las ideas de Alfredo Fouillée sobre la educación.....	508
Julio Vicuña Cifuentes.—Joaquín Díaz Garcés.....	514
André Fontainas.—Paul Fort, príncipe de los poetas.....	518
Joaquín Díaz Garcés.—La Trilla.....	520
Fernando Márquez de la Plata y Echenique, Los fueguinos, estudiados por antiguos navegantes españoles.....	531
B. Sanin Cano.—El descubrimiento de América.....	536
NOTAS Y DOCUMENTOS. —Augusto Orrego Luco, El Dieciocho de Septiembre a bordo.—Beltrán Mathieu, Discurso pronunciado en la inauguración del monumento a Bolívar en Nueva York.—Rafael Font de Mora, La huerta-jardín del obrero.—Alberto Edwards, El Censo de 1920.—W. H. Koevel, Nueva luz sobre el Inca Garcilaso. A propósito del reciente libro de Julia Fitz Maurice Kelly.....	538
BIBLIOGRAFIA. —Santiago Ramón y Cajal, Charlas de Café.—Isidro Fabela, Los Estados Unidos contra la libertad.—Victoria Gucovsky, Tierra adentro.—Rodolfo Rivarola, Mitre. Una década de su vida política.—Chile y la Independencia del Perú.....	552
Índice del Tomo XII.....	558

